

TELA S

703

6001

L  
56



BIBLIOTECA POPULAR

Estante..... 6

Tabla..... 4

Número..... 987









A.2282

# BOCETOS HISTÓRICOS.

POR

C. CARABIAS.

L. 86

(CASA DE BORBON)



**VALLADOLID:**  
IMPRESA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACION DE  
**LEONARDO MIÑON.**  
1886.





**Excmo. Sr. D. German Gamazo.**

*Siempre me ha gustado r ndir homenaje   la virtud y al talento; por eso dedico   V. este modesto libro que espero hojear  con benevolencia.*

**C. Carabias.**



## PROLEGÓMENOS.

---

No hay, seguramente, un periodo histórico que mejor esboce los caracteres de los diversos pueblos de Europa, que este que dá comienzo con el siglo XVIII, despues de la paz de Ryswick. La más altiva de las naciones es objeto de universal codicia, y procuran hacer en ella presa otras que, una centuria antes, se conmovían con solo vislumbrar los flamíjeros ondéos de su pabellon glorioso. España, la opulenta y bizarra, maltrecha y decadente, semeja al leon de las selvas, exánime, enfermo y rodeado de parásitos que esperan su postrimeria para cebarse en los despojos.

La corona de San Fernando, abriollantada por las proezas de Isabel I y recamada por el heróico esfuerzo de Cárlos V, no puede mantenerse sobre el enjuto cráneo del último austriaco, cuya dinastía, obedeciendo á la ley mis-

teriosa de los tiempos, decaía gradualmente llegando á un estado tan rayano al idiotismo, que el rubor enciende las mejillas españolas con solo recordar aquella nefasta y vergonzosa postrimería. Jamás grandeza tanta se redujo á tan precario estado; nunca pueblo alguno descendió tan rápido desde tamaña altura á más hondosa sima. El fanatismo, la supersticion y la pobreza, merman la poblacion y atróflan el progreso; seis millones escasos de habitantes yacen en el marasmo, contemplando la pérdida total de la marina y del comercio, mientras existen más de nueve mil conventos de frailes y cerca de mil de monjas, en cuyos recintos se recluyen 46.000 hombres y 13.000 mujeres, los cuales unidos á 298.000 eclesiásticos, componen una cifra de más de 350.000 españoles en estado célibe. El trabajo se reputa como ejercicio vil, y la industria sometida al desprecio y á la voracidad del fisco, muere. Véndense los arbitrios del Estado; el monopolio se erije en único sistema de aquella hacienda; la deuda pública que durante el reinado del emperador Cárlos, no llegaba á 35.000,000 de ducados, pasa ahora de 162.000,000 y—¡oh vergüenza!—no hallando recursos en la ciencia para salvar de la penúria á semejante situa-

cion, los monjes apelan á la caridad pública. Aquella España que cincuenta años antes cargaba sus galeras con lastre de oro y plata, está ahora pidiendo limosna.....

Por eso, las potencias árbítras de la Europa soñaron con repartirse los harapos de aquella que fué espléndida púrpura. Y la Gran Bretaña, egoísta y pérfida, yá prepotente merced á sus empresas marítimas y á su poder naval; y el Austria, presuntuosa, pagada de un derecho no bien discutido ni bien puntualizado; y Francia, cuyo Estado personalizábase en uno de los reyes mas hábiles y ambiciosos de la tierra, corrian en inteligencias, con anhelos diversos, mas con objetivo idéntico. La política de todos, se encaminaba: á atraerse las córtés de Italia, de los Países Bajos y de las pequeñas naciones que habrían de engranar en la conflagracion avocada, y sacar la mejor parte de la abatida España

Los manejos del sagáz Portocarrero lograron dar al traste con los antojos de las potencias marítimas, haciendo que el último de los Habsburgos testára sus derechos en favor de la nacion continental que á la sazón disponia de mas influjo y poderío.

Luego que vió Luis XIV la favorable solu-

cion que el ministro español le deparaba; luego que Cárlos II pasó á vida mejor y hallóse el francés súbitamente poseedor del cetro mas augusto de la tierra, ensanchó su orgullo, y, aflojando su estudiada modestia, dió comienzo á la obra suspirada eternamente por todos los grandes dominadores. Pensó en el gran imperio continental.

Jugábanse intereses incomensurables. Las pequeñas córtés iban á ser descuajadas por segúr potente; el porvenir de las más grandes quedaria á merced del rey francés y, naturalmente, inacabables guerras tenian que ser encendidas por la activa Inglaterra, dispuesta á vaciar su repleto Erario antes que achicar su poder, que ya habia celebrado bodas con la suerte. El Austria, azuzada por la Gran Bretaña, comenzó la sangrienta partida alzando el pendon de guerra contra la casa de Borbon y á favor del archiduque Cárlos, pretendiente á la corona de España. Los reyezuelos italianos permitiéronse tambien inquietar á su antigua soberana, no de otra suerte que los falderillos cuando ladran á la valerosa fiera que se vé acosada por sus propias desventuras.

Y el desconcierto estalló rugiente y espantoso, siendo como centro de la general catástrofe

esta noble y desventurada pátria nuestra.

En tal momento dió principio el reinado en España de la Casa de Borbon.

Ardía la guerra por do quier; Francia mantenía con entereza su tradicion, y España, sin ejército, apenas con marina, desunida por diversos fanatismos engendrados laboriosamente, se batía sin cesar, y tal vez sin darse cuenta del objeto, ni razon segura de su porvenir.

Mientras tanto, el nieto de Luis XIV, animoso y bizarro, se mostraba digno monarca del heróico pueblo cuyos destinos le confirió la suerte; pero su córte, manejada por extranjeros y domeñada por la severa etiqueta castellana, mal avenida con las licencias de las costumbres francesas, era un semillero de intrigas y perfidias que parecian conjurarse para evitar el renacimiento de un pueblo grave, valeroso y digno.

He aquí el momento histórico que hemos elegido para estudiar someramente los personajes que más influyeron en su trascurso, cuyo trabajo, realizado periódicamente, adolece sin duda de unidad, amen de los naturales defectos por los cuales hemos menester la benevolencia del lector.





## LA PRINCESA DE LOS URSINOS.

---

Comenzaba el siglo XVIII grabando en la historia páginas de la mas refinada galanteria política, lo cual equivale á la éra de intrigas y amoríos palaciegos que tanto caracterizan el periodo del gran Luis XIV. El duque de Anjou acababa de heredar la corona de San Fernando, y bajo la tutela de su formidable abuelo, inauguró en el pais mas sério de la tierra un órden de cosas de todo en todo distinto al conocido. Habian casado á Felipe con Maria Luisa, siendo él muy mozo, y élla casi una niña de alma purísima y de encantos angelicales.

Mas era élla descendiente de la córte de Turin, córte asáz, sutil ambiciosa é intrigante y él descendia de la córte de Versalles, que en nada desdecia de la de Turin, teniendo, por añadidura, más fortaleza y un poder por en-

tonces casi incontrastable. Siendo semejantes los temperamentos, claro és que habrían de inspirarse recelos mutuamente, y hé aquí á los dos cónyuges, jóvenes, inocentes y de suavísimo carácter, siendo el blanco de suspicacias y recelos de parte de sus antecesores.

Como era ardoroso hasta un punto excepcional Felipe V, y cómo su abuelo, diestro en achaques de vehemencias, sabia cuánto influye en semejantes temperamentos una mujer pequeña, fina como una gacela, y por ende cariñosa, que bien podría departir sobre negocios en el tálamo nupcial, dióse á la tarea de poner broche á las pasiones de Felipe, valiéndose de una mujer también, que, émula de su favorita la Maintenon, sirviera á la córte de Versalles de embajador secreto; que és, como si dijéramos, un puesto de policía linajudo.

Necesitaba el rey de Francia para el de España una figura distinguida, dotada de todas las condiciones de un hombre y de todos los encantos de una hembra. No habia de ser española, porque magüer que bellas y adiestradas, no esperaba dár con una que le fuera adicta; ni ser francesa, porque aunque adictas, como le eran á Luis XIV todas las mujeres de Francia, podia inspirar recelos á Italia y sus-

picacias á la córte de Felipe. Este negocio dió mucho en que pensar á la almibarada caterva que disponia de la confianza del gran rey, y no poco al femenil cortejo de madame de Maintenon. Más hé aquí que con sutileza imponderable ofrécese para el asunto la dama que es objeto de este artículo, que por una caprichosa singularidad, reunía todas las condiciones apetecidas. Sin ser francesa, mostrábase apasionada por Luis XIV; y, maestra en el arte de la intriga, supo atraerse la amistad de la Maintenon. Sin ser española, conocia la etiqueta y costumbres de la córte de Madrid y hablaba el español á maravilla; y, finalmente, sin ser orgullosa ni potentada, pertenecia á una familia ilustre, siendo hija del duque de Noir-Montiers, esposa primero del príncipe de Chalais y despues de Flabio di Orsini, grande España, duque de Bracciano, deudo del pontifice Inocencio XII, y señora muy del gusto de los cardenales Bouillon, Estrees y Portocarrero. Era, segun San Simon, más bien alta que baja; de ojos azules que decian lo que ella queria; con una cintura hecha á torno, hermosa garganta, un rostro encantador, aunque no bello, y aspecto noble. Tenia un *no sé qué* en su porte, y tanta gracia hasta en la cosa mas insignifi-

cante, que nadie se la parecía en cuerpo ni en entendimiento. Atractiva, agasajadora, cariñosa, comedida, irresistible, seducía cual si poseyera algún hechizo de que usaba con destreza. Esa era la princesa de los Ursinos; esa era la creada por Dios para Luis XIV y la elegida de Luis XIV para contener los ardorosos instintos de su nieto; para impedir que la corte de Turín predominara en Madrid, aminorando el influjo de la candorosa María Luisa, que muy distante de tales asechanzas, como niña, lloraba el abandono de su patria; y como mujer, se disponía á ser esposa digna de un rey bueno, guiador de nacion tan grande como mal trecha.

Prontamente fué Louville á Francia á decir á su amo que la princesa de los Ursinos habíase embarcado con la nueva reina, casada por poder, y que todo marchaba á pedir de boca; y prontamente la nueva camarista hechizó á Maria Luisa fascinándola con su secreto sortilegio.

Felipe V, preocupado con el nuevo destino que le habia confiado el cielo, y anheloso de recibir en sus brazos á su dulce compañera, ni se fijó en el lazo que su abuelo le tendía ni, á fijarse, hubiérale importado un ardite, por

que sabía bien que *aunque era español, había nacido francés*.. En tal estado las cosas, uniéronse los desposados en Figueras el 3 de Octubre de 1701, quedando trasportados de felicidad, así como Luis XIV tranquilo respecto á la dobléz y astucia de Victor Amadeo, contrastadas por la perspícua princesa que representaba las aspiraciones del rey de Francia.

---

## II.

Los ambiciosos vulgares descubren su burda hilaza luego que alcanzan su primer deseo; mas los ambiciosos excepcionales, esos que á su ambicion casan con un gran talento, saben que, siendo el primer deseo enjendrador de otros infinitos, deben darse trazas acomodadas al recato con que velan sus propósitos; estudian y rectifican con perseverancia y método los resortes que han de tocar con mano firme, y antes que descubrirse, procuran compenetrarse en ellos. Como la princesa de los Ursinos no era una ambiciosa vulgar, no abusó de lo supérfluo para no carecer algun dia de lo necesario; jugó varias teclas, no manoseó ninguna; vió en la reina, su inmediata dueña, un corazon apasionado y tierno, é hizose tierna y apasionada; vió en el rey un marido casto y vehemente, y cuidóse de alabarle con respeto y

facilitarle largas horas en las cuales se arrullára á placer; vió en Luis XIV el cerebro de aquellas existencias, y cuidábase de él más que de nadie, mostrándose propicia á sus indicaciones que, aunque someras, servíanla de encaje á su conducta; vió en la Maintenon una aliada poderosa que podia trocarse en implacable enemiga, si no guardaba en su correspondencia toda la circunspeccion que se debe á una favorita recelosa, que dominaba en Versailles como potencia incontrastable; vió en el duque de Noailles un compasivo consejero con el cual podia afectar inocencia; vió en el duque de Orleans una hoguera que podia abrazarla; vió en Torcy un excelente buzón por donde arrojar las cartas que debia conocer Luis XIV sin que á él se dirigieran; y vió, finalmente, en Portocarrero, la representacion oficial de España; y en España, un país desven- cijado pero brioso todavia, del cual podia élla obtener—¡quién sabe!—tal vez una corona de las muchas que nuestra nacion tenia arrinconadas.

Así és que su conducta descansaba en estas máximas: Corresponder con todos humildemente; respetar al rey sobre todas las cosas y considerar los deseos de Luis XIV como mandatos del cielo. Conocedora del corazon huma-

no, sabía que todo corazón es accesible como pieza de comercio; que la dificultad estriba en la oportunidad en que se cotiza, la equidad del precio y la moneda que debe manejarse. En palacio mostrábase dichosa y enamorada de la dicha y amores de los jóvenes monarcas; ante Luis XIV, afectaba admiración por su saber; ante la Maintenon, á quien menudamente contaba ridiculeces de la etiqueta española, regocijó por el honor de cartearse con élla; ante Noailles, rendimiento por imaginaria gratitud; ante el duque de Orleans, miedo; ante Torcy, expansion calculada; ante Portocarrero, celos de la magestad de España; y ante España, modesta, austera y desprendida.

Con tales estudios, una mujer ilustre, dotada de prendas personales tan relevantes, claro és, habia de abrir estenso campo á su laboreo, y poco tardó en ser el alma y vida de la política española; poco tardaron los diplomáticos en comprender que seria el mejor servicio á sus respectivas córtes, lisonjear á la princesa y granjearse sus favores; poco tardó Luis XIV en admirarla, Felipe V en seguirla y Maria Luisa en amarla con toda la fuerza de su candoroso corazón. Por consecuencia del excesivo prestigio que iba recabando, los embajadores



franceses recelaban, dudando si debían obedecer sus impulsos ó las inspiraciones de la princesa, y alguno hubo que sin vacilar, ni oír la voz de la dignidad, entregóse á ella abiertamente.

Ocurrió por entonces el desasosiego de nuestras posesiones de Italia, manifestado por conspiraciones formidables, alentadas por el archiduque contra la casa de Borbon. La princesa entonces, llevó á cabo una campaña donde la astucia y la habilidad jugaban de suerte nunca vista. Halagando la bizzarria de Felipe V, procuraba aconsejarle una escursion para que al frente de las tropas, se mostrara en Italia rey capaz de blandir la espada en defensa de sus posesiones. Felipe sentíase lisonjeado realizando tal empresa, y así escribía á su ilustre abuelo: «Cada dia conozco mejor la necesidad de ir á Italia y ponerme al frente del ejército.

No perdiera Felipe II sus estados de Holanda si á ellos se hubiese trasladado cuando convenia; por lo que á mi toca, os respondo que si llego á perder alguno de mis estados, no será jamás por igual falta» (1) La de Ursinos

(1) Noailles, tom. II.

tenia que luchar con Portocarrero, quien se oponia al viaje del rey, por que todavia no estaba asáz firme en el trono y por que la nación no se hallaba en momento de hacer gastos ni de soportar regencia; tenia que halagar á la reina, que se oponia enérgicamente á abandonar á su marido, y tenia que contradecir la voluntad de Luis XIV, quien no queria que Felipe fuera á Italia con su esposa, cosa que resintió á los reyes de España, pues los tocaba en lo más vivo.—No tengo voluntad contraria á mi deber—decia la astuta cortesana que ya veia próximo el desprestigio de Portocarrero, cuya caida había de depositar en ella un omnimodo poder; y llorando con la reina y pidiendo á los ministros que respetáran al rey sobre todas las cosas, dejaba que la autoridad de Luis XIV resolviera el asunto, haciendo ella como que se lavaba las manos.

---

### III.

Partió Felipe V á Italia quedando España al cuidado de la reina, y la reina al cuidado de la de Ursinos, cumpliéndose asi, como por encanto, los deseos de Luis XIV, y constituyóse el gobierno con Portocarrero, Arias, el marqués de Villafranca, el duque de Montalto, el de Medinaceli y el conde de Monterey. Estos magnates procuraban á porfía caminar de acuerdo con la princesa, mas hé aqui que la impopularidad de Portocarrero surge de súbito, justamente cuando el famoso cardenal comenzó á mirar á la de Ursinos con recelo; surgen tambien intrigas palaciegas movidas por resorte misterioso, y la princesa recoge el fruto, personalizando en élla, no yá todo el valimento de palacio, si que además todo el poder político-administrativo. Entonces yá

parece satisfecha; yá la etiqueta española no la aburre; yá sus cartas á Francia van inspiradas en sentido menos quejumbroso, yá, en fin, dice á Torcy: «Mi favor con la reina aumenta á cada paso y no sé cual de sus majestades me dispensa la honra de amarme más. Todo me parece sosegado y espero que el cardenal Estrées, con su habilidad, acabará de ganar el afecto de los grandes, haciendo valer mejor todavía las razones que he empleado para destruir la desconfianza de estos señores. He aquí á Dios gracias *mi ministerio*, si es lícito usar de esta palabra, terminado por lo que á la reina toca.»

Mas ¡ay! el cardenal Estrées embajador de Francia, á quien esperaba la de Ursinos no sin cierto temor, no éra un personaje maneable; al revés, el *ministerio* de que la princesa hablaba, habia de hacer puntillas en el carácter sério y un tanto orgulloso del viejo diplomático, adiestrado en Roma y Venecia, que eran por aquel entonces las córtes mas intrigantes y sutiles del mundo. Volvió Felipe V de Italia cuando yá el sábio Cardenal de Estrées se hallaba en Madrid, cuando yá unido con el jesuita Daubeton, confesor del rey, habia puesto la proa contra la favorita. Con la venida de Felipe,

amenguóse el poder discreccional de la princesa, aunque no el favor de que gozaba, y desde luego comenzó la lucha titánica contra el cardenal. Logra que Felipe V despáche solo con su secretario y que Estrées sufra ataques á su amor propio, hasta hacerle decir.—Esa diabólica mujer gobierna y cansa á S. M.—Palabras semejantes corrieron por palacio, luego por Madrid, por España, y á la postre ganaron el Pirineo. Luis XIV tércia, deseoso de apagar las discordias que tanto dañaban á su política personal; pero en vano, que la mala voluntad estaba yá arraigada en los corazones, y es la mala voluntad sinapismo constante puesto en el alma; así es que aumentaban los furores, y las cartas del cardenal y de la princesa á París, no contenian sinó insultos y ataques de uno para otro. Decia el primero que élla era la causa de tanto desbarajuste como existia en el gobierno, y decia la segunda que la presencia del cardenal ofendia á los españoles que, naturalmente orgullosos, no veian en él á un consejero, sinó un *gobernador absoluto*, y que ella luchaba contra Estrées por amor que profesaba á los españoles.

Felipe V y María Luisa enamorados de la princesa, aborrecian sin disimulo al cardenal.

nal (1) y cuando supieron que Luis XIV estaba dispuesto á destituirla, interpusieron su real influencia, manifestando la reina tal pesar ante la idea de verse apartada de la de Ursinos, que cayó enferma de dolor, lo cual hizo que su enamorado esposo se ocupara de los intereses de la favorita mas de lo que los suyos propios aconsejaban. Por entonces se publicó un *memorial* en favor de la princesa, comparándola con las mujeres ilustres de la Biblia, y por fin Luis XIV escribió una cariñosa carta á nuestra heroína concediéndola sus favores.

El cardenal estaba derrotado. La Nueva Judiht triunfante, lánzase abiertamente contra sus enemigos; persuadida de que la victoria debe aprovecharse sin dilacion, dió al traste con Estrées, Portocarrero, Arias y otros que la habian vuelto la espalda cuando la creyeron próxima al eclipse, y levantó á sus amigos y protejidos, Montellano, Orri y Canales

Mas no era el cardenal de Estrées hombre que se rinde al enemigo; por el contrario, dotado de grande astucia, de superior talento y de considerable influjo, movióse sin descanso

(1) Decia la reina: «Mi marido y yó le detestamos, á tal punto, que si no nos quedase mas alternativa que abdicar la corona ó tolerar que siga en Madrid, no se lo que escogeríamos.

hasta lograrse una reparacion; y la obtuvo, porque semejantes cualidades no funcionan nunca estérilmente.

La princesa de los Ursinos tenía un amor oculto, muy oculto, por lo mismo que éra el más vivo de su alma. Era este amor consagrado á D'Aubigny su secretario particular; el cardenal de Estrées logró interceptar algunas comunicaciones de las cuales dedujo que la favorita habíase casado secretamente, y faltóle el tiempo para noticiárselo á Luis XIV por medio de un memorial plagado de falsedades.

Cuando lo supo la camarera, su furor rayó en delirio, á tal extremo, que segun leemos en las *Memorias de Berwick*, al márgen de una copia donde se hablaba de D'Aubigny y de élla, escribió con su propio puño, presa de exaltacion—*Nò, casada nò.*—

Por fin Luis XIV hizo separar á la de Ursinos del lado de los reyes de España con gran pesar de estos, que, segun escribían «no se consolarían jamás de semejante agravio» y el cardenal de Estrées fué recompensado con la rica abadía de San German.

El 1704 la de Ursinos salió para Paris segura de justificarse. Los jóvenes reyes sus protectores, acudieron á Luis XIV con cartas asáz

enérgicas pidiendo su reposicion; los negocios públicos se paralizaron y los partidarios del pretendiente arreciaron, colocando el trono de Felipe en el más grave riesgo.

Toda la accion de la política concretóse á intrigas y reproches de córte á córte, entre tanto que se perdia Gibraltar; el archiduque hacía proclamar rey de España en las provincias del Este y se escapaban los dominios de Lombardia.

Tal influencia ejercia en los destinos de España la célebre princesa.

---



## IV.

Luis XIV, comprendiendo que el poder de la princesa por él mismo fabricado era formidable, y temiendo que las desgracias eslabonadas constituyeran sin la favorita cadena que aprisionase á Felipe V, cambió súbitamente de política; y cuando aquella, una vez llegada á París solicitó audiencia, hizo que la visitáran Torcy y otros magnates, concediéndola en Versalles una acogida que, ciertamente, debió sorprender á la de Ursinos.

El cambio operado en la opinion de Luis XIV fuéla tan favorable, que colmáronla todos de lisonjas, mostrándose la corte francesa encantada ante élla, y el rey tan galante, que la Maintenon llegó á fruncir las cejas.

Era sobrado diestra la de Ursinos para no comprender que aquellas satisfacciones no debia saborearlas mucho tiempo; asi és que pla-

namente fué á su objeto, que consistia: en la vuelta al lado de Felipe V y su esposa, sin los cuales— decia—la vida la era insoportable.

Grammont, embajador entonces en Madrid, fué reemplazado por Tessé adicto á la favorita; cayó Daubeton por enemigo de esta, y el 1705 volvió á España nuestra heroína siendo recibida por los reyes con trasportes de alegría, y dejando en Versalles la impresion que pudiera dejar una santa.

Sabido és que en 1706 las tropas del archiduque Cárlos ocuparon Madrid y que á no ser por la tenáz bizzarria de Castilla la Vieja, Felipe V hubiera perdido su corona.

Pues bien, en este agitadisimo período (verano de 1706) la princesa de los Ursinos demostró un talento tal, un tacto tan exquisito, que podemos creer contribuyó poderosamente á sostener el ánimo de las Castillas, en las cuales se jugaba el último trance para Felipe V. La favorita mostrábase apasionada de los castellanos—«Son tan apuestos ante la lucha—decia—que en nada se diferencian de los soldados y bien merecen la particular ternura del rey.»

Los negocios de la guerra trocaron su aspecto; sometiése Valencia y Aragon perdiendo sus privilegios, y la nueva fáz de los aconteci-

mientos, y la habilidad de la de Ursinos, siempre del brazo con la fortuna, hiciéronla pensar en el ducado de Simburgo, cuyo señorío gustosos la ofrecían los reyes como recompensa á sus buenos oficios. Logró que Felipe se entregara á la lealtad de Castilla, rompiendo aparentemente con la corte de Versalles, para de esta suerte escitar más y más la hidalguía de la nación; inspiró la formación de un ministerio, todo compuesto de españoles, é hizo fijar la corte y los tribunales del reino en Valladolid. Por entonces Noailles comprendió que la protección dada á la princesa habíala servido á ésta para alentar la hoguera de sus ambiciones; y viéndola ya sin antifáz, dispuesta á remontarse sobre todos, trocóse en su enemigo. No obstante, élla no había menester ya otra cosa que la pacificación de España para enseguida arreglar sus particulares asuntos.

Después de armonizarse de nuevo Francia y España, gracias á las gestiones de nuestra heroína; después de muerto el emperador de Austria y heredar el pretendiente archiduque la imperial corona; después de muerto el delfín de Francia dejando á Felipe V en disposición de heredar el trono de San Luis; después de los tratados de Utrech, Rastadt y Ba-

den, yá la de Ursinos no se contentaba con el ducado de Simburgo, aspiraba á más; pero un acaecimiento infausto vino á determinar distintos derroteros á sus ambiciones, á relampaguear estrañamente en el horizonte de su porvenir, y á producirla despues del más atrevido de sus sueños, la mas ejemplar de las caidas. La virtuosa reina Maria Luisa murió en 1714, dejando á Felipe en un estado de atonía que modificó su caracter para siempre.

Tan rudo golpe hirió en lo profundo las mas delicadas fibras de su corazon apasionado, y á tal extremo llegó su pena, que se sustrajo á todo asunto, á todo negocio, queriendo sustraerse en el parosismo del dolor, á la existencia. Confióse el gobierno de la nacion al Cardenal Giudice; el rey buscó un retiro en el palacio de Medinaceli, y la de Ursinos, cuidándole como madre cariñosa, siguióle, viviendo, *por decencia*, en un convento inmediato que al efecto se desalojó. En vano Luis XIV, yá en sus postrimerias, amonestaba á su nieto para que empuñase las riendas del Estado; Felipe V no podia armonizar su dolor con los negocios, y encerrado en su nueva morada solo se relacionaba con la princesa, quien habia hecho abrir una puerta que la pusiera en comunicacion con las

habitaciones interiores del palacio de Medina-  
celi. . . . .

¿Qué uso hizo la princesa de sus hechizos? Nadie lo sabe, pero es cierto que durante la viudéz del rey, élla despachaba con los ministros y embajadores; élla asumia todas las prerogativas del monarca; élla, en fin, apesar de la diferencia de edad, de linaje y de condicion, dió lugar á que se digera como muy cierto, que el rey pensaba en elevarla al trono, elevándola al tálamo nupcial, especie que Duclós acoge sin recelo.

En esta situacion las cosas, iba haciéndose lugar en la córte, patrocinado por Vendome, el hombre mas sutil y extraordinario que sirvió á Felipe V. Este hombre es el cardenal Alberoni. Alberoni comenzó por introducirse en la confianza de la de Ursinos, y haciendo en élla lo que élla habia hecho en los monarcas, no tardó en darla el golpe, único mortal para el increíble poder de la princesa. El astuto clérigo hizo que la córte de Versalles viera en la favorita una potencia perniciosa, y á esta, engañóla procurando que élla misma eligiera como esposa de Felipe á Isabel Farnesio, princesa Italiana, con la cual se puso en secreta corresponden-

cia. El rey, que segun Alberoni no necesitaba yá mas que un reclinatorio *é le cosice di una dona*, muy amante en efecto de los placeres conyugales, anhelaba por momentos contraer segundas nupcias, y solo cuando estas se celebraron, supo la de Ursinos que habia sido victima de la dobléz de Alberoni. Todavía envió un embajador para impedir el matrimonio, mas, prevenida la córte de Parma por el hábil cardenal, llevó á cabo la ceremonia no permitiendo que se diera cuenta de la embajada hasta despues de celebrado el enlace.

Apercibida Isabel Farnesio, vino á España dispuesta á sacudir la vergonzosa tutela de la favorita; y, en efecto, tan luego como esta salió al camino á saludar á su nueva ama, recibió el mas tremendo golpe que haya recibido privado alguno. No habia cruzado apenas corrientes palabras de cortesia con Isabel Farnesio, cuando está exclamò:—Esa mujer está loca;—y dirigiéndose á los guardias—arrojadla de aquí, continuó, llenándola del más soberano espanto. Algunas horas despues, y antes de ponerse la reina en camino para Madrid, la princesa de los Ursinos era escoltada por varios oficiales con órden terminante de no detenerse hasta la frontera pirenáica.

De tan inesperada suerte cayó para siempre el poder formidable de nuestra heroína, la cual mendigando en extranjeras tierras de córte encórte, siquiera una sombra del influjo á que se habia avezado, y despues de defecciones mil, despues de servir al pretendiente rival de Felipe V, despues de padecer todo linage de amarguras, murió en Roma casi abandonada, casi pobre y en edad provecta.

---





## ALBERONI.

---

### I.

Al finalizar el siglo XVII. las tropas franco-españolas enviadas á la campaña de Italia recibieron un mensajero del duque de Parma, á fin de procurar que los guerreros huéspedes no esquilmaran el pais con tan fuertes contribuciones como desde algun tiempo acostumbraban. En calidad de interprete iba con el embajador un abate italiano, locuáz y decidor, que poseía el francés á maravilla. Frisaba este abate en los cuarenta años, y era bajo de cuerpo, ancho de cara, de color cetrino y de mirada viva y penetrante que de cuando en cuando envolvía con una expresion arrobadora y dulce; su cabeza, desmesuradamente grande, al

par que provocaba burlas, infundia algo semejante al respeto y á la veneracion, y su conjunto, nada bello, atraia, no obstante, por su movilidad y la finura de sus ademanes.

Nunca le faltaba anecdotia que contar, chiste que entretuviere, y alguna vez tambien tal cual doble frase de picaresco saborcillo que á la tropa encantaba por extremo; y de esta suerte gozó el abate de influjo y de ascendiente tanto entre aquellos bravos, que al poco tiempo llamábanle el *querido abate*. Hombre sagáz, de mundo y avisado, ninguno de sus actos carecia de intencion, siendo, finalmente, entre las tropas, todo menos lo que parecia.

El mariscal Vendome, conquistado por el *querido abate*, no se apartaba de él, y el duque de Parma, noticioso de seducion, para él tan importante, revistió al intérprete de mayor categoría, y de acuerdo con el comisionado, á quien no gustaba la compañía de los turbulentos militares, dejóle encargado de la misiva. Fundiéronse de tal suerte el mariscal y el abate, que parecian cuerpo y sombra, impulso y golpe; así és que, pasado algun tiempo, cuando la campaña de Italia terminó, propúsole Vendome entrar á su servicio, favor que el astuto italiano aceptó al

momento, pues á alcanzarle habia encaminado sus trabajos.

Naturalmente; hasta los doce años habia sido campanero de un barrio de Plasencia (Fiorenzuola), hijo de un jardinero, cuya estrechéz, mal avenida con su gigante espíritu, horriblemente le oprimia; hiciéronle sacristan de la aldea luego, y mas tarde hizose él cura en fuerza de trabajos y de raro aprovechamiento.

Cuéntase que al padre de Sixto V, pastor de cerdos, dijole una aventurera: «Tu hijo será papa;» y si otra tal adivina hubiérase encontrado con el jardinero de Fiorenzuola, algo semejante le habria dicho, que así lo pensaba el *querido abate* de Vendome, á quien llamaremos yá Julio Alberoni.

Llegado el mariscal á Versalles, apresuróse á besar la mano de Luis XIV, y departiendo sobre Italia, Vendome describió el carácter de su nuevo secretario con la viveza de color que le proporcionara la simpatía que Alberoni engendró en su varonil corazón. Quiso verle el monarca, y Alberoni, que en sus mocedades soñó con honra semejante, fué presentado á Luis, quien, con su mirada penetrante, descubrió en el clérigo un hombre de intriga y diplomacia, asáz útil para engranarle en la vas-

ta malla que el monarca francés había tejido.

Por entonces el trono español habíase desvencijado bajo la extraña figura del último de los Habsburgos, y el duque de Anjou, nieto de Luis XIV, había ceñido por herencia la corona de San Fernando. Las guerras de sucesion humeaban todavía, y todavía en palacio sacudían las intrigas y laboreos que surgen de todo cambio de dinastía. Para aplacar unas y otras; para afirmar á su nieto, llamando hácia él el amor y respeto de los españoles, y también para que el duque de Anjou *no se olvidára de que había nacido francés*, trataba su egregio abuelo de enviarle fuerzas é inteligencias que al joven Felipe V no venían mal, dado que elementos tales nunca vienen mal á ninguna monarquía. Por eso destinó el rey de Francia á Vendome á Madrid, y con él acompañado fue-se Alberoni, á quien despues de agasajar y señalarle una pensión de 600 libras tornesas, advirtió el gran Luis XIV detalladamente de las personas que mas jugaban en el palacio español.

Bien se vé que al abate italiano soplabá favorable el viento de la fortuna, y siempre aprovechándole, como diestro aereonauta, sentó en Madrid sus reales, empleando todo

su entendimiento superior y toda su astucia para hacerse agradable, conducta que, ayudada por los elogios de su protector Vendome, recabóle rápido y gustosísimo prestigio.

Alberoni procuraba ascender, pero cubierto por modestia artificiosa á fin de no cobrarse émulos, que en Palacio truécense luego en envidiosos y á la postre en enemigos.

A la sazón imperaba grandemente en el ánimo del rey la princesa de los Ursinos, maravillosa dama que era jóven desde largos años, á pesar de los cuales, dícese que el mozo rey la amaba y aún que ella soñó con el tálamo régio á la muerte de la virtuosísima reina Maria Luisa.

Sea lo que fuere, es lo cierto que la de Ursinos dominaba el ardoroso corazon de Felipe V, y como Alberoni no era de esos hombres, pocos en verdad, que limitan sus ambiciones, y como su poderosa inteligencia hizole aspirar á ser el consejero áulico del rey, vió desde luego que era menester derrocar á la princesa, para lo cual comenzó por lisonjearla y recabar su confianza lentamente.

El extraordinario talento de Alberoni, sus finos modales, su agradable trato y los encómios de su protector, abriéronle expedito ca-

mino cerca del rey; y la de Ursinos hubiérale mirado con recelo si el astuto italiano no se reservára escrupulosamente, hasta hallar ocasion en que el golpe de gracia viniérale á las manos sin esfuerzos.

No tardó la fortuna, compañera inseparable de sus planes, en deparársele decisivo con el segundo matrimonio del monarca. Tratábase de proporcionarle una esposa que, colmando las aficiones conyugales de Felipe, fuera tambien agradable á la princesa de los Ursinos, es decir; maneable, de carácter dulce y no avezada á la política. ¿Dónde hallarla?

—¡Ah, señora!—dijo Alberoni á la princesa, como si de súbito le asaltase una opinion: —viene á mi recuerdo la ilustre paisana mia Isabel Farnesio, jóven y santa, robusta é inocente, que solo piensa en las labores de aguja.» Cayeron estas estudiadas frases en los oidos de la de Ursinos como bálsamo consolador en la herida del paciente, y en el lazo cayó la astuta dama. Una jóven así queria ella para esposa de Felipe V; asi, que, siendo inocente, sólo pensára en las labores de aguja; y ayudada de Alberoni, concertó rápidamente las bodas; puso en juego toda su habilidad, toda su privanza, y el matrimonio se realizó por po-



der en Parma el 16 de Setiembre de 1714.

Mas ¡ay! por desdicha de la de Ursinos, la nueva reina entendia algo más que de labores de aguja. Versada en idiomas, dotada de vastos conocimientos y de talento excepcional, conocia bien las intrigas y manejos de las córtes. Educada en la modesta de Parma, con una altísima idea de su dignidad como señora y de la que acababa de obtener como reina de una gran nacion, ni habia de tolerar que mujer alguna se acercase á su marido, ni que en los consejos del rey influyese ninguna cortesana. Asi es que, aleccionada por sus instintos y por las secretas advertencias de Alberoni, antes de casarse conoció á la de Ursinos, é impúsose como primer negocio, el separar de Madrid, y aun de España, á la favorita princesa.

Solemne chasco sufrió ésta cuando al salir al camino para recibir á Isabel Farnesio se permitió confianzas acerca de la forma de su tocado, pues la reina atajóla con majestad, haciéndola ver la distancia que á entrambas separaba, y ordenando al jefe de su escolta que llevase *aquella insensata* fuera de los dominios españoles. Atónita la princesa, obedeció, esperando en vano la revocacion de tan inopinada providencia, y comprendiendo, aunque tarde,

que Isabel no era lo que el astuto Alberoni la habia dicho, desapareció de la política española corrida, así como cazador mañero que se enreda en los lazos que tendió su propia mano.

Acogido Alberoni lisonjeramente por su egregia compatriota, erigido por ella á la dignidad de conde, é íntimo confidente de sus miras, echó á un lado el disfráz de mansedumbre, alzóse con arrogancia y comenzó su vida pública.

---



## II.

Pocos grandes hombres habrán sido juzgados en la historia de tan diversa suerte como Alberoni. Si nos inspiramos en su *Apologia* ó en las *Memorias* de Poggiali, y algunas veces en Duclós, le colocamos á la altura de Cisneros ó de Richelieu; si nos inspiramos en Macanáz y en Orri, aparece como un ambicioso sin freno, pronto á hundir á España por lograr la satisfaccion de sus apetitos, y algun cronista deja caer sobre su frente manchas mas oscuras todavía. En unos, espíritu grandioso de vastas concepciones; en otros, malévolo intrigante, de audáz talento y alma estrecha.

Ni lo uno ni lo otro creemos nosotros, meditando friamente sobre los manuscritos de Walpole y Malcombe, y sobre las correspondencias del embajador Doddington al secretario lord Stanhope. Ni lo uno ni lo otro, dirá,

seguramente, aquel que, sin prevencion, estudie los actos de Alberoni en los documentos oficiales, donde claramente se reflejan.

Hasta el periodo que acabamos de perfilar, que concluye donde comienza su poder efectivo, se vé que ambicionaba emplear sus colosales aptitudes en mas árduas empresas que aquellas que le ofreció su nacimiento. ¿Y qué hombre de superior inteligencia y de modesta cuna no ambicionó lo mismo que Alberoni?

Se le vé hasta ahora agradecido y leal al duque de Parma, su soberano, y cuando la muerte de Vendome, acaecida en sus brazos, su solicitud y el dolor intenso que tal desgracia le produjo, demuestran que no era un hombre de vulgares sentimientos.

Que fué ambicioso, no hay duda; más ¿qué és la criatura humana sino un compuesto de inteligencia y ambicion? ¿Quién es el que se aviene y colma con las venturas de su presente?

Sigamos ahora la huella de sus actos como hombre público.

Muerto, el 1.º de Setiembre de 1715 el gran rey Luis XIV, recayó la corona de Francia en un niño de seis años, cuya naturaleza débil y enfermiza hizo que las potencias marítimas

adoptasen una política reservada, precaviendo el caso de que el rey de España pudiera, á pesar de sus renunciaciones, invocar derechos de primogenitura al trono de San Luis.

La especie de sortilegio con que Luis XIV tenia encadenada la política de Felipe V habia desaparecido, y la regencia del duque de Orleans, durante la minoridad de Luis XV, era un motivo mas que suficiente para que el gabinete de Madrid entibiase sus correspondencias con el de Versalles. El rey de España veía en el regente un antiguo rival, así como el regente veía en el rey de España el poderoso adversario de sus ambiciones.

El archiduque, yá emperador de Austria, seguia llamándose rey de los españoles, y tenia su mirada fija en los Estados italianos, aunque hallábase, así como la Holanda, malquistado con la Gran Bretaña. Esta nacion, guiada por su nuevo rey, Jorge I, queria granjearse amistades en las grandes potencias, y como Alberoni era partidario de la Italia Española, y como este partido era del agrado de Isabel Farnesio, la reina depositó en manos de Alberoni un poder invencible, mientras élla, con sus tiernas caricias se apoderaba del corazon de su régio esposo. El inteligente abate,

estudiando la situación política de Europa, prontamente advirtió que la de España debía tender á amistar-se con la inglesa; á grangear-se el afecto de Italia; á sostener viva la animosidad de Austria y no perder de vista los derechos eventuales sobre Francia, cuya nobleza manifestó predilecciones no embozadas hácia Felipe V.

Entonces, como siempre, Inglaterra ofrecia una amistad poderosa y lucrativa, pero á costa del dominio colonial en favor de su bandera, y Alberoni entretúvola con habilidades, procurando ganar tiempo hasta vér si convendria á España sacrificar tratados á trueque del poder continental con que el favorito italiano queria enaltecerla.

Lo que mas procuraba era los beneficios de la páz, fiando á laboreos diplomáticos las grandes cuestiones, para que el fomento público no tropezára con estorbos.

Así es que, desplegando una actividad desconocida en la Administracion del país, en la construccion de barcos y en el desarrollo de la industria, decia al rey, entusiasmado de su obra.

—«Si V. M. consiente en conservar á su reino en páz durante cinco años, tomo á mi car-

go el hacer á España la mas poderosa monarquía de Europa» (1).

Corria España amistosamente con la Gran Bretaña, mas esta nación, asáz suspicáz y recelosa, veía por do quiera sutilezas de Alberoni y temia que los atrevidos proyectos que le achacaban, sorprendieran en fecha no remota á las potencias europeas con alguna empresa colosal. Lo mismo pensaba el emperador de Austria, siempre celoso de Felipe V, é iguales suspicacias atormentaban al regente de Francia, cuya conducta privada le alejaba cada dia nuevos elementos que en favor del rey de España llegaron á conjurarse.

De pronto, un cambio inesperado operóse en la politica de Jorge I, y Alberoni pudo adivinar que ese cambio tendía en derechura á bienquistarse con Austria, lo cual, de suceder, sería á trueque de garantías sobre las posesiones italianas, de conciertos con Holanda y de probable enemiga con España. Ante semejantes recelos. puso en juego toda su fina astucia y sutileza y mezclando cierta buena fé con cierto disimulo, que algun diplomático inglés califica con dureza, dió márgen á que germinasen

(1) *Hist. de Europa.* -Defensa de Alberoni, fól 201.

contra él las iras que más tarde le acosaron implacablemente.

Lo cierto es que las inquietudes extranjeras provenían del engrandecimiento á que España hubiérase elevado de seguir por la senda que entonces Alberoni la marcó. Recientes todavía las intenciones de repartir á España, no podían las grandes potencias acomodarse á que, unida y próspera, con sus derechos en Italia, su importancia colonial, su favor entre los franceses, que anhelaban á Felipe V, y unos cuantos años de sosiego, recobrára el poder del emperador Cárlos, para ellos de triste recordación.

Estos temores borraron diferencias entre Inglaterra y Austria, hicieron que mediasen preliminares de arreglo con Holanda y aún alianzas formales con el gabinete de Versalles.

• La Gran Bretaña, por medio de su embajador, estrechaba á Alberoni para úncir á España á sus intentos, y entonces el privado desplegó todas las galas de su ingenio, disculpándose, por último, con su impotencia; porque su poder—según decía—no era mas que nominal, y que la falta de carácter le impedía acentuar seriamente una política. Si fuera primer

ministro; si el Papa le significára con la púrpora romana para que ella le diera acceso á las alturas del poder efectivo, Inglaterra se persuadiría en breve de sus leales y buenas disposiciones. Estos recursos valiéronle tiempo y que el embajador Doddington recomendara al gabinete de Lóndres sus oficios cerca de la Santa Sede para lograr el capelo que tanto deseaba.

Alberoni, en tanto, empleaba inauditos esfuerzos por separar á Inglaterra de Austria y de Francia; y su correspondencia con lord Stanhope, secretario de Estado y antiguo amigo de Alberoni, dá lugar á creer que lo hubiera conseguido á no surgir un incidente inesperado que dió por tierra todos los trabajos.

El gabinete de Viena cometió un acto incalificable reduciendo á prision al embajador de España en Roma D. José Molinés cuando por Italia, y prévio pasaporte, se dirigía á Madrid.

Felipe V vió en semejante violacion una ofensa de honor, y, caballeroso y bizarro como era, quiso castigar al emperador de Austria con las armas en la mano.

Aquí principia el ódio con que Europa distinguió á Alberoni, á quien todas las potencias acusaron, creyendo que habia arrojado el pre-

tendido disfráz y que comenzaba sus grandiosos planes; y aquí tambien quiere nuestra humilde pluma justificarle, que no es bien ocultar sinceras opiniones por rendir vasallaje á las ajenas, por ilustre que su origen sea.

La expedicion á Italia contra el emperador de Austria realizóse por la justa indignacion del rey; por el empeño de Isabel Farnesio, cuya dama manifestó sin disimulo que el ardimiento belicoso de su consorte la alborozaba el alma; no por Alberoni, que, al revés de lo que algunos dicen, opúsose tenazmente á toda solucion guerrera. A la vista tenemos una carta que dirigió al duque de Popoli, confidente italiano de Felipe V y partidario de la guerra. Está fechada el 10 de junio de 1717, y tratando de persuadir al duque en favor de la páz, dice entre otras cosas:

«La guerra sería la ruina de este pobre país, tan exhausto yá á causa de las precedentes, y que no puede recobrase de sus desgracias y curar sus hondas llagas sino con el bálsamo de una páz duradera, de que tiene mas necesidad que nunca.....

.....  
 »Antes de la declaracion de guerra contra los turcos, había alcanzado el emperador, por la



mediacion del Papa, la seguridad de que el rey de España no atacaría sus Estados de Italia....

.....»  
 «Segun la garantia de las potencias marítimas y Francia, no debe haber guerra en Italia ni debe verificarse cambio alguno en las posesiones existentes. Es así que represalias, fundadas ó nó, no pueden confundirse con actos de hostilidad entre dos potencias ya enemigas.

.....»Pero, ¿qué dirían los holandeses si viesen semejante agresion precisamente cuando parecen dispuestos á unirse á España y reconciliar al rey con el archiduque? ¿Qué diría Francia, que ofrece decidir á las potencias marítimas á asegurar á D. Carlos los Estados de Parma, Plasencia y Toscana? ¿Qué diría tambien Inglaterra, que conoce y apoya tambien este arreglo? ¿Y qué pensamiento horroso, señor duque, seria el sumir á sabiendas á dos soberanos jóvenes y candorosos en tan terrible conflicto? Seamos francos; seria dar ocasion á toda Europa para que creyese y dijera que varios *locos italianos* por amor á su país, han incitado al rey á consumir la asolacion y total ruina de España.»

Los párrafos trascritos no han menester re-

flexiones de nuestra parte, ellas surgirán del lector, y seguramente favorables á Alberoni.

Cinco años de páz por lo menos; cinco años, durante los cuales él se proponia correr en acomodados diplomáticos; evitar el ensanche de las políticas desafectas, y desorientarlas, procurando que no establecieran entre sí pactos que turbáran el público sosiego, mientras se construian buques en la Habana con maderas americanas, mas á propósito para flotar por aquellas latitudes, se fomentaba el comercio y se levantaba la industria del marasmó en que yacía. Hé ahí la aspiracion de Alberoni deducida de sus actos.

Para lograrla, veíase obligado á emplear la sutileza, habilidad que en tan alto grado poseen los italianos; la intriga algunas veces, y tal cual otra el disimulo y el engaño. Empero ideas de perturbacion profunda, amor á la guerra y afán de alterar el equilibrio europeo, de que tanto hablan siempre las naciones que menos le respetan, no pueden atribuirse á este magnate, sinó es con esfuerzos de suspicacia é inmediatas deducciones.

Decidido el espíritu público por la guerra contra el Austria, no tuvo Alberoni otro recurso que poner su actividad prodigiosa al servi-

cio del rey; y aunque á su pesar se hacia, dióse á constituir ejércitos é improvisar marina, cuyas escuadras, dice un autor, surgian de sus manos *como de las entrañas de la tierra*.

No solamente tuvo la habilidad de aprestar fuerzas y vituallas, á fin de que la guerra, ya que se hacia, se hiciese en las mejores condiciones para el honor de España, sino que, disimulando sus incesantes faenas, engañando á la diplomacia, aparecia indeterminado el objeto de tanto movimiento.

Europa se inquietó.

Temia Inglaterra un golpe en favor del pretendiente Stuardo; Austria temblaba por Nápoles; Víctor Amadeo por Sicilia, y el Papa, que acababa de conceder á Alberoni la púrpura romana (julio 1717), soñó que el nuevo cardinal, agradecido, se aprestaba á dar un golpe á los infieles.

En tanto Alberoni, solo se cuidaba de montar baterias y equipar soldados; de hacer esperar á Inglaterra que, ayudado de D. José Patiño, empezaria pronto á tratar de negocios comerciales; y cuando vió sus afanes coronados, cuando en el muelle de Barcelona un bosque de mástiles y de velas gallardeaba, cuando los fuertes y arsenales estaban bien provistos de

útiles guerreros, exclamó satisfecho de su obra y admirado del país que gobernaba.

—¿Qué sería si hubiera seguido el rey de España mis consejos de permanecer tranquilo algunos años, sin ocuparse de otra cosa que del restablecimiento de su hacienda?

---

### III.

Hemos visto que Alberoni, cumpliendo su deber, yá que no pudo arrancar al monarca la idea de la expedicion á Italia, desplegó sobre-humanos esfuerzos á fin de que se hiciera en buenas condiciones. Comprendemos que esto desagradase á las potencias rivales, pero no nos explicamos que por eso se le tache de falsía. Por que si fué reprochable su entereza en servicio de su rey, quién con razon hallábase ofendido, ¿qué reproche no merece la Gran Bretaña, que sin prévio aviso ni razon asentada atacó y destruyó nuestra escuadra en las aguas de Siracusa? (11 de Agosto) ¿Qué reproche no merece el gabinete de Versailles, cuya política, despues de la muerte de Luis XIV, ni descansó en la lealtad ni en los comunes intereses de dos pueblos hermanos, pendientes de una dinastia cuya sangre y tradicion así mismo debiera de hermanarles? Política personal hacia

el regente; política de encono el archiduque, y política egoísta Jorge I. ¿Con qué títulos, pues, exigían á Alberoni una sencillez rayana de la simpleza, y una generosidad frontera al quijotismo? Nó; esto se avenía mal con el talento de Alberoni y con el deseo mil veces demostrado de ser útil á la pátria, que, adoptándole, le alzó al primer puesto del gobierno.

En tanto que nuestras armas blandíanse en Cerdeña victoriosamente, y nuestras banderas tremolaban en Sicilia, la triple alianza robusteciése y España fué el blanco de sus dardos. La conducta de Inglaterra contra nuestra escuadra, deshecha merced á la superioridad numérica de la inglesa y á lo inopinado del ataque, habia sobrescitado á Felipe V hasta un punto que rayó en locura. Alberoni temblaba ante los rugidos del rey de las Españas, porque preveía nuevas y más graves complicaciones, y, lo repetimos, toda acción guerrera era contraria á los planes del cardenal; pero sumiso á aquellas decisiones que el jóven monarca calificaba de obligaciones de honra, y que nadie era fuerte á desviar, seguía su deber acaparando recursos y preparando el terreno. Volvió nuevamente á usar de su astucia incomparable, y procuró negociar un acomodo

con Cárlos XII de Suecia y Pedro el Grande de Rusia; acomodo que, de haber cuajado, el éxito, ese justificador de todos los magnates, coronaría hoy la historia de Alberoni con inmarcesibles lauros; pero la indiscrecion de un diplomático español y el fracaso por élla de la conjuracion francesa á favor de Felipe V, dieron al traste con sus maquinaciones.

Descubierta la conspiracion que allende el Pirineo se fraguaba, afirmáronse los enemigos de Alberoni en sus sospechas, culpándole de todo. El regente rompió con España, y la guerra era inevitable ahora contra el gobierno de Versalles. El rey Felipe, exaltado de furor y engañado por las esperanzas que le hizo concebir un mensaje de varios nobles franceses, compuso una expedicion á la frontera, y hé aquí otra empresa más llevada á cabo contra el gusto y parecer de Alberoni, quien no obstante, procuró, como siempre, poner á la mano del monarca el mayor número de elementos para precaver un descalabro.

Amenazado por la *cuádruple alianza*, vióse forzado á negociar con los turcos para que inquietasen á Austria; avinose con los reformistas y aún enfrió con Roma sus miramientos, motivo por el cual le acusan de haber hecho

causa comun con los enemigos de la Iglesia. Acusacion es esta no desprovista de cimientos, pero, ¿es que otras potencias católicas, la de la Santa Sede incluso, no imitaron nunca en caso extremo la conducta del ministro español? Si así fuera, como creémos, no tienen censura de buena ley que lanzar sobre Alberoni.

La expedicion á Francia, de todo en todo desgraciada, fué compuesta por órden del rey, de tres cuerpos de ejército; á la cabeza del primero iba Felipe V; á la del segundo Isabel Farnesio, y á la del último Alberoni; y de aquí sacaron las potencias europeas que el cardenal quería semejar ridiculamente á Cisneros; pero nosotros vemos en este detalle un servicio más hecho por Alberoni á las exigencias de su rey, que entonces, mas que nunca, era la personificacion del Estado.

El Austria prometió á la *cuádruple alianza* renunciar para siempre sus locas ambiciones hácia la corona de Carlos II, pero lisonjeábase esperando que un formidable golpe en la Península, había de alejar sus temores acerca de los Estados italianos. La alianza acordó destruir á Alberoni, que habíase trocado en comun pretesto para atacar la política de Isabel Farnesio; é Inglaterra aguardaba que España concertase



más ciegamente con sus apetitos comerciales, prestando un ensañamiento implacable contra el cardenal.

Yá lo habia previsto Alberoni, y bien se desprende de las siguientes frases ante el sitio de Fuenterrabia, dirigiéndose al rey.

—¡Hasta hoy me han acusado todos de ser autor de la guerra y he ganado solamente el ódio universal! Acepto este sacrificio, si es preciso; pero no puedo ver con frialdad que V. M. se proponga hacer levantar el sitio de Fuenterrabia al frente de un puñado de hombres...»

Llegó el momento de los reveses para España; los franceses ganaron el Pirineo y ocuparon en su empuje plazas españolas; los austriacos se desquitaban en Sicilia apoyados por la Gran Bretaña, y la marina inglesa apoderábase de Vigo y Pontevedra, destruyendo con ciego furor astilleros y almacenes. El peso de Europa agobió las fuerzas de la Península y el desastre general atribuyóse á Alberoni. Si la victoria hubiera coronado la empresa, el rey se hubiera trocado en héroe de leyenda; dada la desgracia, Alberoni pasó á ser el intrigante y ambicioso motor, contra quien no en vano la Europa entera se volvía.

Tál es siempre la ley de la opinión.

Impuesta la páz por las armas vencedoras, la *cuádruple alianza* exigió como requisito indispensable, la caída y expatriación del cardenal conde de Alberoni; y á tal punto llevaron contra él su enañamiento, que trabajaron cerca del Papa para que le despojase de la púrpura cardenalicia, y cerca de Isabel Farnesio para que trocarse en menosprecio su confianza. Consiguieron lo último, pero á lo primero opúsose tenazmente el Sacro Colegio, que más tarde confirmó en el caído magnate las dignidades eclesiásticas que en vano los coaligados quisieron arrebatarle.

Por fin, el 4 de diciembre de 1719, recibió Alberoni la órden de abandonar Madrid antes de ocho días y España antes de tres semanas. Inútilmente quiso el cardenal despedirse de los reyes; las puertas del Palacio habíansele cerrado para siempre.

Alberoni, fuerte como las rocas combatidas por los rigores del tiempo, sufrió con resignación su desgracia y vagó por Europa errante y solo, sin hallar hospitalidad en pueblo alguno. Perseguido, rechazado y pobre, acudió á Suiza en demanda de albergue, y esta nación, mas altiva que las otras, sin temor á las iras de los poderosos enemigos de Alberoni, admitióle,

ofreciéndole un modesto asilo en la aldea de Lugano, que el infeliz aceptó con lágrimas de reconocimiento. Allí entregóse á la lectura de los clásicos, á comentar y anotar un libro de oraciones y á instruir con sus consejos á los pobres, mostrándoles con qué poca extrañeza habia renunciado tan de súbito á su rango y poderío.

Después, yá octogenario, como si el último destello de su vida quisiera templar los rigores de tantas amarguras, le abrió Roma sus puertas, ventura que el cardenal aprovechó para hacer su notable defensa y publicar las *Cartas de un hidalgo romano á un amigo suyo*. Mas tarde, cuando el infante D. Cárlos fué á Italia á ceñir la corona, que soportó hasta que volviera á España para ser Cárlos III, Alberoni disfrutó benévola acogida, y entonces, el antiguo campañero de Florenzueta, tornó á su pátria; tornó á la modesta vida que allí empezó, como arrepentido de las vanidades que tal véz un tiempo le halagaron, y el 26 de Junio de 1752, á la edad de ochenta y ocho años, y treinta despues de su caída, lanzó el postrimer suspiro, all'i donde el primer rayo de luz iluminó su frente.



## RIPERDÁ.

---

Enfermo Luis XV, el trono de Francia continuaba siendo objeto de los dorados sueños de Felipe V, quien no acababa de acendrar sus simpatías en el pueblo Español. Despues de su segundo matrimonio, el carácter de este rey comenzó á variar considerablemente, tornándose, de animoso y activo, en hipocondriaco y negligente, apesar de sus 39 años. Con una especie de complacencia íntima tendia á abandonar el trono Español y halagábase con las plácidas quietudes de San Ildefonso, mientras los rescoldos de su ambicion, mal apagados todavia y aventados por el duque de Borbón, hacíanle codiciar el sόlio de sus ilustres progenitores, próximo á vacar, y sobre el cual infatigablemente flotaba, yá que no el derecho, la codicia de la familia de Orleans. Asi las cosas, fuerte el Erario y floreciente la marina, gracias

á la administracion de Alberoni, Felipe V é Isabel Farnesio proyectaron la abdicacion en favor de Luis, príncipe de Asturias é hijo primogénito del rey y de Maria de Saboya, y prepararon las cosas para un viaje á Francia que bajo capciosos pretextos habian de emprender. Era en la mejor sazón (1725) por que en Febrero de este año, Luis XV hubiera muerto, á no haberle salvado, por corto trecho ciertamente, una oportuna sangria hecha en el pié.

Luis I, segundo monarca de la casa de Borbon, comenzó su breve reinado bajo medianos auspicios. Tanto á él como á su hermano Fernando — que luego fué, en nuestra humilde opinion, uno de los reyes mas dignos de la pátria—miraba Isabel Farnesio sinó con desamor, con indiferencia al menos, por que es ley de madrastra mirar así á los hermanos mayores de sus propios hijos. Tal indiferencia dió lugar á que la ilustracion de Luis no fuera tan copiosa y acabada como su talento y rango merecian, y que la de Fernando se elaborase en el fondo de una emulacion angustiosa aunque nobilísima, yá que tomaba revelacion en un espiritu de superioridad incomparable. Casaron á Luis con Isabel de Orleans, tercera hija del duque de este nombre y tal matrimo-

nio, contrario á los gustos del jóven monarca, fué semillero fecundo de discordias y desventuras conyugales, que, á la postre, acabaron de manera desastrosa. (1) Puede decirse que en aquel breve periodo, España tenia dos reyes: Luis, por derecho de la abdicacion de su padre, y su padre, por el hecho á que los acaecimientos dieron márgen. La Europa redoblabá sus recelos, temiendo siempre que la nobleza de Francia llevara al trono de San Luis á Felipe V, reuniendo de esta suerte, en una misma línea, los dos cetros mas grandes del continente. Mas tal sueño no llegó á realizarse, por que el 31 de Agosto murió Luis I víctima de unas malignas viruelas. Apenas ocho meses duró este efímero reinado y Felipe V volvió á ocupar el trono, viéndose obligado á renunciar á sus queridos proyectos.

En este momento, dos hombres eran los llamados al gobierno de los negocios públicos; dos hombres antitéticos de todo en todo; Riperdá y Patiño. Uno y otro eran hechura del gran Alberoni, y uno y otro representan las dos

(1) Era la esposa de Luis I, aunque linda, contrahecha, y aunque solo contaba 12 años, se resentia su educacion de las licencias que por entonces empañaron tan profundamente á la córte de Francia.

distintas cualidades que en los palacios suelen preferirse. El primero fué una arrogante figura, elocuente, osado y de ilustre prosapia. Nació en el señorío de Groningal (Paises Bajos) y se distinguió en el Congreso de Utrech por sus conocimientos en asuntos comerciales y por un aparente amor hácia España; era el segundo, activo, laborioso, inteligente, organizador y discreto, y ambos ayudaron con afán al cardenal Alberoni. Créese que el baron de Riperdá recibió espléndidos regalos de la Gran Bretaña en tiempos del cardenal, cuyas dádivas menoscabaron indebidamente la reputacion de éste y fueron causa principal del separamiento del baron de la superintendencia general de las fábricas de España, que se le habia confiado tal véz con harta ligereza.

Lo cierto és que á la caida de Alberoni, el aparatoso baron de Riperdá triunfó sobre el modesto Patiño, y en fuerza de intrigas y con la ayuda de los diplomáticos de Lóndres, Viena y Holanda, á quienes sirvió con más celo del que á su decoro convenia, logró hacer caer en los oidos de la reina proyectos y combinaciones que halagaban á su maternal ambicion. Desde entonces Riperdá fué el íntimo confidente de Isabel Farnesio, asi como el secreto amigo de



la diplomacia extranjera con la que jugaba no en buena ni decorosa lid, salvo con la francesa, de la cual habíase mostrado sin rebozo implacable adversario. Sus contactos con Austria y sus favorables proyectos en favor del infante D. Carlos, primer hijo de Isabel Farnesio, valiéronle una comision secreta cerca de la córte de Viena, que tendía á negociar el matrimonio del infante con Maria Teresa, hija mayor del emperador. Mientras evacuó esta diligencia, presentó á Felipe V un memorial completo de administracion, lleno de proyectos fecundos, alguno de los cuales se aprovechó después por otros ministros. Este memorial delineaba la forma de privar al comercio inglés de más de veinte millones de escudos que sacaba cada año de España, y de organizar una escuadra considerable, dejando, no obstante en el tesoro, un remanente de mas de dos millones de escudos. El rey leyó con indescriptible encanto aquellos proyectos que provenian de un hombre de apariencias tan halagüeñas, de tan grandilocuente palabra, de tan vasta penetracion, de tan estensas relaciones, de tantos atractivos personales, y pensó en confiarle el gobierno supremo luego que despachase la mision que llevó á Viena. En tal estado se ha-

llaba el predicamento de Riperdá, cuando sobrevino como regalo del azár, en pró del fervoroso converso, (1) un acontecimiento que cambió por breve espácio la fáz de la política. Yá hemos dicho que el duque de Borbon habia alentado las ambiciones de Felipe al trono de Francia, por aversion al duque de Orleans, y agregamos ahora, que esas ambiciones cambiaron de rumbo entablado negociaciones para casar á la infanta, hija mayor de Isabel Farnesio, con el monarca francés; pues bien; el duque de Borbón que deseaba asegurar sucesión á la Francia; que veia harto enfermizo á Luis XV y que no podia contar con próxima descendencia si la boda se hacia, puesto que la infanta no habia cumplido siquiera ocho años, se decidió á la audáz medida de romper la promesa hecha á los reyes de España y negoció secretamente, de acuerdo con Luis XV, el matrimonio con Maria de Leczinski, hermosa hija de Estanislao, rey de Polonia.

Calculen nuestros lectores á qué punto llevaria su enojo Felipe V luego que tuvo noticia de semejante agravio, y más particularmen-

(1) Riperdá fué protestante y abjuró con grandes trasportes de hipocresia, haciendo creer que le habia iluminado en el catolicismo la piedad religicsa del monarca español.

te Isabel Farnesio, cuya vehemencia é irratibilidad eran desmesuradas. El famoso Macanáz, que vivia en Francia, impuso á sus reyes del nuevo giro que el duque de Borbón dió al matrimonio, y cuando llegó el embajador especial á Madrid con cartas del ministro Francés escusándose humildemente, cuenta St. Simon (1) que se le arrojó con ignominia; la reina pisoteó un retrato de Luis XV que tenia en un medallon, diciendo en el colmo de la ira: «Los Borbones son una raza de diablos»—y dirigiéndose á su marido, agregó:—«escepto V. M.»

La inquina contra Francia desatóse en el vértigo mas apasionado, y el ministro y altos funcionarios de esa nacion, que vivian en Madrid, fueron expulsados por Felipe V, cuya indignacion subió de puntó luego que se hizo público el rompimiento, y hasta llegó á amenazar á Francia con una guerra implacable, «porque —decia—no le bastaba toda la sangre del mundo para lavar semejante mancha.» Tan inopinado rumbo quebrantó la armonia de dos naciones intimamente unidas como Francia y España; ajustó arreglos entre ésta y su implaca-

ble rival, la Alemania, y fué la causa principal que valió á Riperdá el colmo de su fortuna. Diéronsele órdenes para que ultimára sus negociaciones, para que las ampliára en sentido de política general, y en premio á sus servicios creósele duque, grande de España y se le llamó apresuradamente á Madrid para investirle con el ministerio universal.

---

## II.

Indecible fué la impresion que causó en Europa el pacto entre España y Austria, y luego que se conocieron las bases de tan descabellada alianza, los hombres de sano juicio comenzaron á fulminar sordas anatemas contra el audáz y presuntuoso Riperdá. No obstante, este contaba con el favor de la reina, con el entusiasmo del rey, y con la cooperacion del emperador de Austria, todo lo cual reunido, háciale presumir que seria eterna é incontrastable garantia de sus fantásticas concepciones. Contenia el tratado todos los artículos de la *cuádruple alianza* y la contra garantia de la pragmática-sanción por Felipe; aprobaba el rey de España la compañía de Ostende, lo cual tenia que irritar á Holanda, y concedia á los austriacos privilegios comerciales, con lo cual se atrajo prontamente los ódios de las potencias mas activas. Empero no descansaba ahi

solamente el audáz y desdichado trabajo del ex-protestante. Firmóse además un tratado secreto que es un modelo de indiscrecion y desemplanza. Referíase este á una alianza ofensiva y defensiva de entrambas potencias, en el cual se presuponian consecuencias lógicas dadas ciertas premisas, y donde parecia provocarse todo poder y todo influjo en contra de España. Uno de los artículos de ese tratado decia asi:

«Sus magestades imperial y católica, presumiendo que se opondría Inglaterra á la ejecucion de estos planes, tanto á causa de sus intereses particulares como por que no ha de querer renunciar á su preponderancia en Europa, y que por esta causa ocurrirá infaliblemente que la nacion inglesa, los holandeses y los demás príncipes formarán una liga comun, se obligan á procurar del mejor modo que sea posible, el restablecimiento del pretendiente Jacobo Stuardo en el trono de la Gran Bretaña. Para esto, tendrá S. M. C. un pretesto plausible en la restitution de Gibraltar, que debe pedir tan luego como se publique la páz de Viena.»

Se advierte que Riperdá llevaba su imaginacion pintoresca hasta el extremo de creer que Austria y España reunidas, podian afrontar una guerra con todas las demas naciones, yá que á todas provocaba con vejámenes y depresiones. A tal punto alzaba sus presun-

tuosos vuelos, que haciéndole observar el emperador de Austria cuán considerables caudales habrían de ser menester para realizar los proyectos que entablaban, contestóle con su énfasis habitual—«El rey mi amo és tan rico, que su erario equivale al conjunto de todos los erarios de las demás potencias.»—

Fanfarronada de que se persuadió el emperador luego que se intentó llevar á la práctica aquel conjunto de acuerdos disparatados. Claro és que ante semejante embajador y promesas semejantes, el emperador ofreció casar á dos de sus hijas con los infantes Carlos y Felipe; acometer á Gibraltar para restituirle á España y poner á las órdenes del rey católico un ejército hasta de 150.000 hombres con el príncipe Eugenio á la cabeza. Con tales ilusiones regresó á Madrid Riperdá, henchido de orgullo, y bajo impresiones tales fué recibido por Felipe é Isabel. Inmediatamente se hizo cargo del poder y Grimaldo, cayó del ministerio de Estado que, como todos los restantes, se unieron bajo el atrevido aventurero objeto de este artículo; é inmediatamente se concertaron Francia é Inglaterra para acordarse con Holanda y ponerse á la mira de lo que pudieran dár de si los tratados de Viena, traídos y

llevados por los descompuestos alardeos de Riperdá. Pareciale á este, sin duda, que se hallaba en los tiempos de Felipe II y que impunemente podia soltar sus baladronadas, pero muy pronto pudo probar el amargor del desengaño. Austria comenzó á pedir fuertes sumas de dinero para dar comienzo al contrato y las arcas *mas ricas que todas las de la cristiandad reunidas*, viéronse luego mal paradas. Francia retiró sus créditos comerciales de España y los negocios fueron de mal en peor. Inglaterra envió una formidable escuadra al Báltico, otra á las costas de España y otra á las de América para impedir el envio de valores metálicos. Riperdá apeló entonces á recursos extremos esquilmando al país con el aumento de tributos y hasta elevando el valor de las monedas de oro; pero, en vano, el emperador seguia apurando, y los españoles iban persuadiéndose de que el gran Riperdá era un solemnísimo farsante. Patiño que era el llamado á sustituirle, intrigaba sin descanso ayudado por su hermano, el marqués de Castelar, y Grimaldo, quienes más que por recabar el poder, hacíanle guerra por que le conocian suficientemente.

Riperdá aturdido é impotente, despues de



gastar algunos meses en frívolos desahogos de vanidad, trató de bienquistarse con Francia, pero el ministro Fleury, que á la sazón se ocupaba de los negocios de Estado en aquel país, era hartó honrado y sério para entenderse con el ex-protestante; acudió á la diplomácia de Inglaterra, pero ésta solo se ocupó de aprovecharse de sus indiscrecciones; y acudió, por último, á la de Holanda, la cual le volvió la espalda con desprecio.

Pronto se convencieron los reyes de la ligereza con que obraron al entregarse tan abiertamente á Riperdá, y prévio consejo solicitado á expertos y leales personajes, pusieronse al habla con Grimaldo y decidieron su caída. Tan luego como vislumbró su desgracia el ex-protestante, huyó á la embajada inglesa y el ministro Stanhope, acogióle no tanto por cumplir el derecho de gentes como por aprovecharse de la indiscreccion de Riperdá, quién dado su carácter poco elevado y no muy leal, habia de descubrir en semejante sazón los mas íntimos secretos de la política Española y aún exagerarlos como lo hizo. Esto aconteció á mediados de Marzo de 1726. Despechado Riperdá y temeroso de la actitud que las turbas manifestaron en su contra, imploró con bajeza á Stanhope el amparo

del pabellon inglés, en cambio de lo cual, dijole que España y Austria propendian á la destruccion de la Gran-Bretaña; á la restauracion de los Stuardos; á la reconquista de Gibraltar, y que todo esto trataba de llevarse á cabo con los planes guerreros que mas tarde revelaría. Descubrió todos los artículos secretos del tratado de Viena; los proyectos de matrimonio de las dos archiduquesas con los dos infantes; dijo que existian entre sus majestades imperial y católica proyectos de arrebatarse á Francia la Alsacia, el Franco Condado, la Borgoña, Navarra y el Rosellon, y, por último, afirmó que Felipe V abrigaba propósitos relativos á la sucesion del trono de Francia.

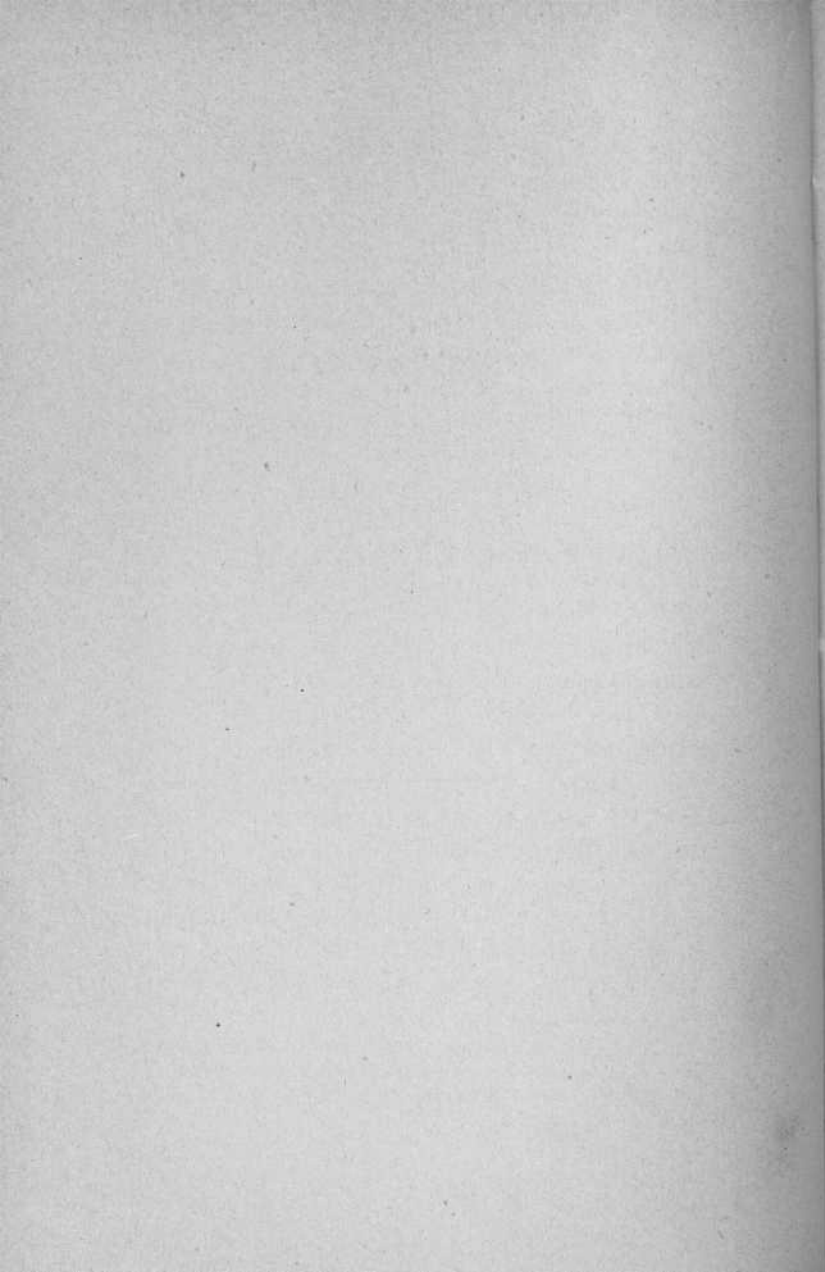
Crúje la pluma avergonzada al relatar bajeza tanta, impropia de un hombre que no carecia de ilustracion y de linaje. Así el pueblo de Madrid, noticioso de semejante perfidia, acudió indignado en demanda de ejemplar castigo, y el rey pidió al ministro inglés que entregara al punto al miserable delator. Negóse Stanhope, atrincherado por sus franquicias como embajador, pero la corte de España estaba dispuesta á todo antes que dejar impune indignidad tamaña, y envió á la embajada inglesa un destacamento de tropas con orden de apoderarse de Riperdá,

si era preciso, á viva fuerza, y conducirlo al Alcázar de Segovia en calidad de reo de Estado.

Así concluyó el poder de ese hombre incalificable, que se hizo merecedor de la abominacion pública y de la reprobacion solemne de la historia.

Felizmente para España, el laberinto creado por Riperdá fué trillado con pujanza saludable por su sucesor D. José Patiño, honrado personaje, digno de la confianza que seguidamente depositaron en él los soberanos.

---



## ENSENADA. (1)

---

La mayor parte de los historiadores que se han ocupado del insigne marqués de la Ensenada han confundido el día y lugar de su nacimiento. Nosotros que habíamos seguido á ilustres biógrafos en no lejana época, hemos rectificado ese detalle merced á los apuntes que han caído despues en nuestras manos y que evidencian por medio irrecusable el punto donde nació ese egregio castellano. En efecto, el Sr. D. Juan Alonso ha publicado la partida de bautismo de Cenón Somodevilla y Bengochea, en una monografía digna del mayor encomio (2) y gracias á ella podemos afirmar que Ensenada nació en Hervías (Logroño) el 12 de Abril de 1702. Sus padres eran pobres de for-

---

(1) Este modesto estudio fué premiado por el ministerio de Fomento en el Certámen científico-literario de Valladolid (1883.)

(2) Estudio crítico de Ensenada. Valladolid 1883.

tuna y no alcanzamos por qué algunos narradores hacen prodigios de ingenio para asentar lo contrario; no será en verdad por enaltecerle, que más brillante es la posición que el genio se conquista cuanto más oscuro haya sido el punto de su partida. Pobres éran, y por serlo, después de dar á su hijo la primera enseñanza en Santo Domingo de la Calzada, confiáronle á las influencias de un su tío, virtuoso clérigo, quien colocóle en Cádiz en una casa de comercio. Este particular trátase también de oscurecer por vários autores, que ni quieren que el padre de Cenón fuera maestro ni que Cenón fuera dependiente de Comercio; más es vano oponerse á los sucesos; ellos son invencibles y ellos condujeron por tan modesta senda al que fué marqués de la Ensenada; y á fé que más le honran que le deprimen por que más á las claras justifican sus merecimientos.

En 1720, el célebre Intendente D. José Patiño, fué á Cádiz para activar la expedición libertadora de Ceuta, cuya plaza, asediada por los moros yá de largo, yacía en el abandono. Estableciéronse en Cádiz oficinas de administración para que nada faltase á los expedicionarios, y ganoso Patiño de empleados prácti-

cos y laboriosos, buscó en el comercio alguno, dando, por ventura, con Cenón Somodevilla, cuyas personales prendas prontamente cautivaron al ministro de Felipe V. Segun palabras de Patiño, halló en Cenón *muy rara habilidad para las cuentas* y nombróle oficial supernumerario del Ministerio de Marina.

Era Cenón Somodevilla un arrogante mancebo de alta y esbelta figura, nariz aguileña y ojos vivos y penetrantes. Sus distinguidas maneras y la elegancia con que gustaba ataviarse, han dado pueril motivo á un distinguidísimo estadista contemporáneo para motejarle de fastuoso; parecíalo, en efecto, mas cooperaban á su buen porte, su bizarro continente y sus correctos modales. Poseia en alto grado amor al trabajo, al que, diariamente y sin fatiga, consagraba diez y seis y diez y ocho horas, y estaba dotado de una vivacidad tan poco comun, que él mismo la señala como cualidad esencial de su caracter, en una carta al marqués de Scotti. Como no tenia otros títulos que los que nacieran de su aplicacion y de su laboriosidad, cifraba su orgullo todo en el perfecto cumplimiento del deber; y visto por el perspicaz Patiño la «perfeccion con que escribia, la facilidad y exactitud con que reglaba estados, y el celo

con que atendía á todos los asuntos que se le confiaban» chocóle aprovechamiento tál, é hizo que se le enviase al Astillero de Guarnizo, con una más halagüeña posicion que la de supernumerario. A partir de este periodo, ya no es posible, segun dice Don Francisco Javier de Salas, revistar los cargos de administracion que se la confiaron.—«Los cuadros estadísticos—continua dicho autor—los millares de documentos del mayor interés, y sus luminosas memorias, revelan su prevision y su cordura »y ponen de relieve un profundo estudio sobre »la ciencia de establecer y organizar un vastísimo ramo asáz complicado y difícil.»

En 1728 propúsole Campillo para el cargo de Comisario real de Marina con destino á Cádiz (6 de Noviembre) donde ordenó la contabilidad, un tanto desarreglada. Con la mision especial de organizar cuentas, marchó luego á Cartagena, cumpliendo su mision de tal suerte, que su fama llegó á noticia del rey, quien premió sus servicios nombrándole contador general del departamento (1730 )

No tardó Somodevilla en organizar la administracion de su cargo logrando en breve plazo desbrozarla de abusos, é imprimiendo en todos los empleados la exactitud y activi-



dad características del nuevo Contador general.

Pronto el rey le distinguió con nuevas confianzas, y en 1731 nombróle Comisario del puerto del Ferrol á las órdenes de D. Bernardino Freire. A este funcionario le decia el ministro en carta particular:—«Para cualquier »dificultad aconsejese de D. Cenón, que es »agudo como pocos.»

Algunos meses despues, le fué confiada una mision delicadísima. Al mando del duque de Montemar habia de darse á la vela una numerosa flota para batir y guarnecer la plaza de Orán. Bien vino allí el talento organizador de Somodevilla para que nada faltase y para que, apesar de un fuerte temporal que les obligó á fondear en la ensenada de Palos, arribase todo á su destino, y los 30.000 hombres de desembarco con trenes de batir y municiones, no echasen de menos absolutamente nada (1732).

El 29 de Setiembre, Felipe V, en recompensa á sus servicios, nombróle Comisario ordenador de marina, y tan lisonjero acogimiento halló en palacio, esta, la primera vez que le pisó, que los más avisados cortesanos vieron en el jóven riojano un nuevo sol que rebordeaba en el horizonte de la política.

En 25 de Mayo de 1733, se embarcó en el Ferrol con destino á Cádiz, como Ministro principal de la armada, que al mando del marqués de Montemar, llevaba la difícil misión de conquistar para el infante D. Carlos los reinos de Nápoles y Sicilia; y tal debió ser su conducta, que el rey le concedió cien escudos de vellon al mes sobre todos sus sueldos; gracia otorgada por Felipe V «en consideracion á las campañas que há executado y á las que vá continuando en Italia, y á su aplicacion, celo y acierto.»

El 1734 continuó en Italia al lado de Don Carlos, con el título de *Ministro principal del armamento naval de la expedicion española*, y entonces, además de sus talentos administrativos, mostró su perspicacia política y sus delicadas formas diplomáticas; de tal suerte, que el infante, una vez sentado en el trono de Nápoles, premióle con largueza colmándole de halagüeñas distinciones, recomendándole al rey su padre (carta 26 Junio) y, finalmente, concediéndole *in perpetuum* el título de marqués de la Ensenada (8 de Diciembre 1736.)

Honrosos por demas son los documentos que con motivo de su exaltacion á la nobleza dirigiéronle el conde de Santiestevan, el mar-

qués de Scotti y otros elevados personajes. Como seria prolija tarea reseñarlos y como esto no cuadra á la forma ligera y narrativa que queremos dár á este trabajo, para despues deducir lo que mayormente exige el tema, nos limitaremos á señalar que se hallan en el archivo particular del actual marqués, heredero de su nombre,

Hé aqui ya á Ensenada; hé aquí al modesto hijo del pueblo, ennoblecido, elevado hasta las gradas del trono de su rey, subido en hombros de sus propias obras; ¡oh! cuanta grandeza descúbrese en su frente al pensar que el nuevo rango no ha sido conquistado por miramientos de cuna, ni por intrigas palaciegas, ni aun siquiera por actos de bravura personal, gloriosos, sí, pero sangrientos.

Creado el Almirantazgo para rodear de prestigio al infante D. Felipe, á quien yá la ambicion maternal preparaba una corona, confiése á Ensenada la secretaria, posicion que aprovechó nuestro marqués para imprimir en la marina un impulso jamás hasta entonces conocido.

Nómbresele luego Intendente y se le asignan trescientos escudos de vellon sobre todos sus sueldos (Junio 1737.)

Inmediatamente dió comienzo á la reforma de todos los cuerpos de la armada, subsanando las faltas que desde sus cargos subalternos habia notado su espíritu juicioso.

España le debe en esta época la *Cédula de formacion de las matriculas de mar, de sus privilegios y obligaciones* (18 Octubre) la *Ordenanza general de arsenales* (17 Diciembre) el *Reglamento de sueldos y raciones de la armada* (3 Febrero 1738) y el proyecto del Arsenal de Cartagena, la institucion de inválidos, el fomento de la fábrica de buques en América y un plan de *Ordenanzas generales para el régimen de los diversos cuerpos de la armada*.

Engolfado se hallaba en sus reformas el nuevo marqués cuando acaeció en palacio un suceso de familia tan secreto como importante, que hizole complicar en la política palaciega. Isabel Farnesio, segunda esposa de Felipe V, ambicionaba ceñir sobre las sienes de sus hijos diademas reales, sin advertir que estas son háрто más pesadas, cuanto más esfuerzo se realice por conquistarlas; no lo advertia, por que educada en política por el famoso Alberoni, libre de los prudentes consejos de Patiño, á quien ya la muerte habia arrebatado, y ayudada por Campillo, á la sazón secretario

universal, se precipitaba ciega en p6s de sus concepciones ambiciosas, sin reflexion ni freno. Asi es que instigando tenazmente 6 su r6gio esposo, que empezaba 6 caer en la amarga melancolia que le llev6 al sepulcro, hizole firmar secreta renuncia de los Estados de Milan en favor del infante D. Felipe (7 de Marzo 1742.)

Ensenada, amante de la p6z; conocedor de la violacion que este grave paso imprimia en el tratado de Utrech; y, m6s que nada, escarmentado de las prolongadas luchas de sucesion que tanto habian mermado las fuerzas de la p6tria, debi6 aconsejar al rey en contra de los deseos de Isabel Farnesio, para evitar complicaciones y aventuras sangrientas que ninguna ventaja podian reportar 6 la nacion.

La coronacion del infante Felipe solo servia para halagar la pueril satisfaccion de su augusta madre y para colmar 6 la Francia en sus miras sobre Flandes, 6 ignoramos por qu6 Ensenada no emple6 toda su fina diplomacia en este tan gravisimo negocio. Tal v6z proyectos contra Inglaterra, que 6 pesar de los alardeos de neutralidad hervian en su cerebro; quiz6s el apasionado amor que por su reina sentia, 6 la consideracion con que miraba las decisio-

nes de Campillo, fueron parte á que como testigo firmara la renuncia que se hace en tan importante como secreto documento (1)

Balanceábase la política europea entre los gabinetes de Londres y Versalles, y nada mas cuerdo para España que la neutralidad entre una y otra córte. El tratado secreto de que hemos dado cuenta, apartaba de las fronteras de Flandes á los eternos enemigos de Francia, y esta quedaba grandemente esperanzada para lograr sus añejos designios; asi es, que la Gran Bretaña habia de sacudir con su altivéz acostumbrada la secreta renuncia de Felipe V. ¿Debió Ensenada preveer las consecuencias de una nueva ruptura y oponerse á la cesion?

La contestacion á esta pregunta ha de amoldarse al particular criterio de nuestros lectores que profundamente respetamos. Empero séanos lícito recordar, que la conservacion de los Países Bajos para los habsburgos, costó á España sangre á torrentes derramada, y que la conservacion de dos Estados para los infantes

(1) Hállase en el archivo del actual Ensenada, y le firman como notario, Campillo; como testigos, Attrí, Scotti y nuestro protagonista.

Cárlos y Felipe, Estados que ningun beneficio reportaban, podia costar, como en efecto costaron, nuevos sangrientos sacrificios; viéndose España, de esta suerte, obligada á pelear por todos y contra todos; á gastar sus fuerzas, de las que estaba sediento el progreso material de aquella época.

Alteróse el concierto de Europa nuevamente, y nuevamente las armas españolas blandiéronse allénde el Apenino.

Ensenada marchó al lado del infante como espíritu organizador que habian menester tan difíciles y graves circunstancias.

En esto acaeció la muerte de Campillo, y los complejos cargos de Guerra, Marina, Hacienda é Indias que asumia, fueron destinados por el rey á las robustas fuerzas de Ensenada. El marqués de Scotti, grande amigo suyo, escribiólo á Chamberí, donde residia D. Cenón, y la noticia, tanto en éste como en el infante D. Felipe, produjo triste efecto, (Abril 1743.)

Los detractores de nuestro personaje; los que se empeñan en atribuir su encumbramiento á intrigas palaciegas del P. Rábago, confesor del rey, y del privado Farinelli, destinado á disipar con sus endechas las melancolias de pa-

lacio, deben rectificar sus juicios leyendo las cartas que escribió Ensenada á Scotti (1) pidiéndole el favor de que gozaba para conseguir del rey contrario acuerdo; entre otras razones, opone la necesidad que el infante tiene de sus servicios en el Milanesado, necesidad que el mismo principe menciona en carta particular al rey su padre. Dice Ensenada en otra carta: «Yo debo á Dios la dicha de conocerme, hay en mi un poco de viveza y resolucion, pero nada mas. Cualquiera de las cuatro dependencias pide un hombre y yó soy un muchacho sin esperiencia ni principios, lo cual solo se tarda en conocerse lo que en tratarme.»

A todas las excusas Felipe V opuso su real voluntad y contestó al infante, que Ensenada podia influir en el Milanesado desde Madrid tan eficazmente como desde Chamberí (13 Abril) y que debia ponerse en camino tan pronto como fuera remplazado por persona de su propia elección.

Para que el viaje del marqués fuera mas breve, se enviaron diez y siete tiros de mulas de las caballerizas reales al camino de Zaragoza; y para el resto, hasta Perpiñan, man-

(1) Archivo de Simancas, 13, 22 y 23 de Abril 1743.



dóse proveer por la real intendencia de Cataluña.

Regocijase el ánimo admirado al vér como Ensenada aprovechaba el tiempo antes de abandonar al infante, para precaver todas las necesidades de la campaña. Al marqués de Mina le escribía alentando su arrojo y prometiéndole dár impulso al ejército al llegar á Madrid. A De Gajes ofrecia enviarle socorros antes de abandonar el Milanesado. A Scotti le reclamaba un estado de las tropas existentes en España; pidiendo á todas partes noticias y detalles de guerra y administracion y dando á todos el itinerario de su viaje para que le contestáran á los puntos del tránsito. A su paso por Barcelona revistó y arengó las tropas; dispuso embarques y examinó la contabilidad del departamento. A su paso por los pueblos del camino, se informaba de las necesidades; pedia pormenores de la administracion; tomaba providencias y daba órdenes con incansable celo. De esta suerte, su viaje fué provechoso, no solo para el ejército de Italia, sinó además para los pueblos por donde pasaba, en todos los cuales difundia su aliento este hombre singular.

Llegó por fin á Madrid; el 10 de Mayo juró

el cargo de Secretario de Estado; el 18 le fué expedido el título de Superintendente general de millones, é hizose cargo de los ministerios de Marina, Hacienda é Indias.

El 31 de Junio fué nombrado Notario de los reinos de España; más tarde Consejero de Estado (Octubre 1745) y por último, á la muerte de Felipe V, secretario de la reina, concediéndole honores de Capitan General por mar y por tierra (1746.)

Durante este periodo de guerra constante, asombra ver á Ensenada poner mano en todo con profundo estudio, sin olvidar el comercio de la India, que tanto le importaba para sus cálculos políticos, ni descuidar el fomento de la nación.

Veámosle en el siguiente, que es en el cual se destacan más vigorosamente sus prodigiosas aptitudes.

En Julio de 1746 murió el primer rey de la rama Borbónica de España, victima de la melancolía que acibaró su existencia, y despues de un reinado turbulento, por las contiendas de sucesion y por las complicaciones á que dieron márgen, el pretendiente á la Corona archiduque Carlos; las miras de engrandecimiento de Francia, y los molestos recelos de nglan-

terra, enderezados á aniquilar la alianza franco-española, para pensar en dominar las Indias á su antojo.

Antes de seguir nuestra esposicion por el nuevo derrotero á que la historia nos conduce, séanos permitido hacer alguna apreciacion pertinente al tema en lo que toca al periodo de gestion de nuestro protagonista, durante los negocios de Felipe V, sin perjuicio del resumen crítico general con que daremos fin á esta memoria

Ya hemos visto que D. Cenón Somodevilla alcanzó elevado rango tan solo merced á su talento, su actividad y sus prodijiosas aptitudes. En los asuntos de contabilidad y administracion, su carácter metódico, exacto y laborioso, conquistóle la prioridad entre todos los hombres de su época.

Ni Alberoni, Patiño y Macanáz, antes, ni Aranda, Florida Blanca y Campomanes despues, ni jamás hombre público alguno, consiguió en esos ramos de gobierno tan pronta y general popularidad. Ningun país de la tierra presenta en su historia un funcionario mas laborioso ni entendido que el marqués de la Ensenada, segun probaremos mas adelante. Sus ideas en lo tocante al fomento de la marina,

inspiraban sérios temores á la Gran Bretaña; y no sin motivo, pues de las mal trechas reliquias de nuestros barcos al principiar la dinastía de Borbón, véase lo que Ensenada realizó.

#### Bajeles artillados en 1746.

1.	de	114	cañones.	. . . . .	114
5.	de	70	id.	. . . . .	350
16.	de	60	id.	. . . . .	960
1.	de	52	id.	. . . . .	52
6.	de	50	id.	. . . . .	300
1.	de	30	id.	. . . . .	30

Total 30 barcos artillados con 1.806 cañones, y á más cuatro bombardas excelentes que eran entonces poco conocidas.

No en vano miraba Inglaterra con inquietud creciente el espíritu reformador de nuestro héroe, que se proponía recabar para su pátria la pasada grandeza que en los mares causó terror al mundo. La altiva Albión recordaba al pueblo que un dia fué dueño de la política europea; al que en todos los continentes dominaba sin rival y en todos los mares tremolaba su pabellon glorioso; vióle despues, al finalizar la dinastía austriaca, caer inerme y se aprestó á engrosar á sus espensas: por eso temía ahora la favorable reaccion que en España

se operaba y por eso abominaba sin disimulo al ilustre patricio de quien provenia la mudanza.

El advenimiento de los Borbones marca una éra de renacimiento, y hay que aplaudirle sin rebozo. Felipe V llegó á España ganoso de reconquistar su pasada grandeza y, rompiendo con las tradiciones, buscó en el pueblo la energia ya estinta en otras clases. Por eso empezó su política de reorganizacion con un plebeyo, hijo de un jardinero que se llamó Alberoni y concluyó con otro plebeyo, hijo de un maestro de escuelas que se llamó Ensenada, logrando gobernar de tal suerte, que sus defectos políticos desaparecen merced al brillo de sus hazañas.

Así Ensenada, fiel trasunto del último y fructífero reinado de Felipe V, obliganos á disimular las sombras de su política (que pecó de un tanto osada y un cuanto complaciente con Isabel Farnesio) en gracia á los beneficios inmensos que reportó á la patria su talento esclarecido.

Si el marqués hubiera alejado de palacio las influencias traspirenáicas; si hubiera moderado la sed que abrasaba á la ambiciosa Isabel; si se hubiera opuesto á la protección

del pretendiente Stuardo, llamado el Caballero de San Jorge; y, finalmente, si, fiel á la política práctica que tanto proclamó, hubiera observado la más absoluta neutralidad en las inveteradas contiendas de Francia é Inglaterra, ni se ensangrentára el Milanesado con sangre española, ni Inglaterra le hubiera combatido tanto, ni la piratería hubiera acosado nuestras costas.

Pero es condición humana la de precipitarse en aquello de que el constante rumor nos hace responsables. Así como del yerto pederrial el perseverante roce obtiene fuego, así del hombre más prudente y moderado el continuo murmurar consigue precipitarle en sus propósitos. Tachóse á Ensenada de amigo de la Francia; el rumor escaló nuestras fronteras, y su antagonista, la Inglaterra, encargóse, con impertinentes desconfianzas, de engendrar en el marqués simpatías que tal vez, sin semejante laboreo no se hubieran jamás desarrollado.

El apoyo que prestó al caballero de San Jorge, pretendiente á la Corona de Inglaterra; el complaciente esmero con que acogía las pretensiones de la reina, y su mancomunidad con el P. Rábago y Farinelli, son, en nuestro

juicio, los lunares de un tan grande estadista á quien la pátria es deudora de inmensos beneficios.

Veamos ahora el siguiente reinado, nuevo y espléndido palenque donde nuestro héroe há de probar el temple de sus armas.

---

## II.

Fernando VI subió al trono desprovisto de rencores; su corazón magnánimo no anhelaba otros goces que dar á su nación progreso, del que era apasionado tanto como enemigo de la guerra. Apesar del abandono con que su madrastra le distinguió mientras fué príncipe de Astúrias, colmóla de beneficios, no viendo en ella sinó á la mujer que tanto amó su egréjio padre. Apesar del parentesco que con Luis XV le unía, manifestó su irrevocable política neutral á todo aquello que no correspondiera á la dignidad y bienestar de sus amados pueblos, y su indiferencia y enojo á los amaños y abusivas intrigas del gabinete francés. A despecho de la preponderancia ultramontana, quiso que los rigores de la Inquisición, ya un tanto moderados por su padre, fuéranlo aun más poniendo coto á las intransigencias y furores de secta, ora partiesen de los entonces apodados *filósofos*, ora de sus rivales.



La pintura que del estado de la monarquía hizo Ensenada al nuevo rey, es de mano maestra. Quisiéramos copiar tal documento que por lo notable, basta él solo para hacer la reputación de un hombre, pero creemos que nuestra misión no descansa en copiar textos sinó en deducir consecuencias.

Ensenada recomienda al nuevo monarca un sistema fijo de política que debe inspirarse en la paz para alcanzar el fomento público, pero, dice: «cuando una nación tiene las armas en la mano, debe mantenerlas con tesón.» Piensa que las ventajas de Inglaterra son el exterminio de nuestras Indias; y discurrendo sobre la paz, dice que no la hay segura cuando se compra con el descrédito del que la ajusta; «que el rey debe hacer conocer á las potencias extranjeras, que así sirve para empuñar la espada como para ceñir las sienes con oliva.»

Hace grandes esfuerzos porque se conserve en el trono al infante D. Felipe, mas hemos de confesar que en este negocio no alega ninguna razón de Estado, sinó puramente consideraciones de sentimiento. Al ocuparse de la amistad de Francia y de sus tentativas para redoblarla con el nuevo rey, hace una descripción brillante y levantada en la cual se descubre

al patriota ardiente y fervoroso. «Los Ingleses—dice despues,—no se negarán á un ajuste, pero con ventaja suya y exigiendo menos estrechéz nuestra en nuestras relaciones con Francia. V. M. debe disimular con la Francia y hasta mantenerse amigo, aunque independiente; buscar á Inglaterra sin humillarse y correr de buena fé con esta corona, y proseguir del propio modo la conversacion con los austriacos, hasta reglar prudentemente las diferencias que nos tienen contrarios.» Descúbrense sus vivas simpatias por Isabel Farnesio en un período en el cual recomienda asegurar para esta dama los ducados de Parma y de Plasencia, y para no pararse en dificultades que podrian surgir de otras naciones, esclama: «que elequilibrio europeo eselcomun pretexto de todas las disputas.»

Como el propósito de Inglaterra, una vez empuñadas las armas, era conseguir la libre navegacion; y como esto redoblaría el enorme contrabando que con grave daño de España se hacia en América, buscaba Ensenada un término medio para evitarlo, sin restringir la navegacion inglesa, cosa que, segun el hábil diplomático, «era impracticable aunque fuera justo.»

Entre las cuestiones pendientes con la Gran Bretaña, las capitales consistian: en los

limites de la Florida; pesqueria de Terranova; reválida de los antiguos tratados y restitucion de Gibraltar.

Para todos estos particulares halla traza de arreglo el marqués; más para el último, recomendación cautela y silencio á fin de que al abrigo de la páz, España logre fortalecerse y «poder pedir mas tarde con probabilidades de éxito.»

Francia, con egoismo que mal correspondía al generoso trato que de España recibiera, habíanos lesionado con usurpaciones en Ultramar, usurpaciones jamás legitimadas, y en este punto pedía Ensenada tambien mucha cautela, por que convenia no argüir «hasta tener fuerzas para entrar en disputas.»

Los ministros de la Santa Sede, asáz capciosos, caian tambien bajo el reproche de nuestro protagonista: aconsejaba mucha reverencia para Su Santidad, pero entereza apropiada á su política. Con lucidez y brevedad pasmosas se ocupa asi mismo de Portugal, Holanda y Dinamarca, aconsejando, con atinadas reflexiones, linea de conducta para entablar y suspender varios tratados de comercio. Acerca del estado del Real Erario, fórmase lisonjero juicio al ver que en las épocas anteriores á la de

marqués, faltó siempre un tercio de fondos para cumplir las obligaciones de la monarquía aun en tiempo de páz, y en el ejercicio de 1747, habia un sobrante; «Sobrante--dice Ensenada, siempre que se evite la prodigalidad, vicio tan exercitado en España como ignorada ó desatendida la virtud de la economía.» En la regularizacion de gastos para 1748, consigna las siguientes partidas.

900.000 escudos para la reina viuda.

600.000 id. » el infante D. Carlos.

150.000 id. » » » D. Felipe.

Otras cantidades de menor importancia destina al Cardenal infante D. Luis Antonio y á la república de Génova. Regula las rentas de la península en 28 millones de escudos, y, finalmente, extermina los crecidos intereses que antes se pagaban á los hombres de negocios, diciendo al lisonjearse de haberlo conseguido.—«No he hecho más que lo que veian todos que debia de hacerse.»

Pródigo nos parece en las asignaciones á la real familia, mas no hay que estrañarlo, por que este hombre eminente sostenia acerca de los reyes el criterio que revelan estas palabras dirigidas á Fernando VI: «El tren y el lujo vienen bien con el decoro de la magestad.»

Nosotros, que amamos mucho lo antiguo por que advierte y lo moderno por que prueba, creemos que hombre de un tan vastísimo talento debiera haber limitado esa teoría. Bueno y bello es el esplendor y lujo en los monarcas, pero es justo y conveniente no extralimitar esa bondad y esa belleza fuera del estado de la nación; por que los duros contrastes, en punto á lujos, engendran amarguras que, á la larga y por su mal, cosechan las instituciones. Con el decoro de la magestad viene mejor que el fausto, el amor sincero de los pueblos; que no es el sol tan admirado por el brillo de su disco como por los bienes que reporta. Además, ya lo habia dicho el marqués; preciso era poner coto á «la prodigalidad, vicio tan exercitado en »España, como desatendida la virtud de la »economía »

En hacienda son sus teorías tan elevadas y su vista es tan perspicua, que parece inspirado por el espíritu que informa hoy los planes de los mas esclarecidos pensadores: Su principio era: «aumentar la hacienda con alivio y nó con gravamen del vasallo»; principio que puede practicarse rebajando tributos para que acrecienten los tributarios. En efecto; cuantas más facilidades se presten á las clases produc-

toras, ellas serán más numerosas; siguiéndose de aquí, más dicha para la nacion y más ingresos para su hacienda. Si, por la contraria, las cargas agobian por su peso, las fuentes de produccion disminuirán dejando agostado el campo de la ventura pública.

Acerca del gran número de oficinas y de empleados públicos, dice, «que la multitud de aquellas, más entorpece que ayuda; y que estos, deben formarse capaces de desempeñar plazas, y no crear plazas para colocar empleados.» Se dispone á no cubrir ninguna vacante sin persuadirse él mismo de su necesidad; á introducir en la administracion gran moralidad aun á costa de gran rigor, y nombra un fiscal para evitar la holganza en las oficinas, autorizado grandemente, pero grandemente responsable.

Es acérrimo partidario de la contribucion directa y del severo catástro, cuyo trabajo se propone llevar á cabo para conocer la verdadera riqueza del pais, á fin de que cada uno tribute «con arreglo á lo que gane» axioma más tarde practicado por la Gran Bretaña, y por cuya práctica tanto esta nacion prepondera en materia tributaria. Bien advierte Ensenada que sus teorías han de hallar grandes obstáculos, por que, conocedor de su pátria, compren-

día que sus doctrinas, en lo tocante á esos difíciles ramos de administracion, tardarian en adquirir carta de naturaleza; y, en efecto, hoy, despues de ciento treinta años, es todavia un alimento asáz fuerte con el cual no se atreven los gobiernos, y eso que conocen sus excelencias.

En comercio é industria, muéstrase partidario del justo medio, facilitando libertad á aquel y proteccion á esta, amalgama que los sectarios actuales del libre-cambio y del proteccionismo no pueden comprender, por que con criterio menos práctico que el del ministro de Fernando VI, afectan desconocer que gobernar un pais no es lo mismo que ilustrar una cátedra; aqui son de buena ley los principios absolutos, y allí hay que acomodar el rigor de las escuelas con las necesidades de los tiempos.

Por eso Ensenada desarrolló preferentemente el comercio de cabotaje y facilitó al continental grandes medios de desenvolvimiento, anulando las aduanas interiores y reduciendo las cargas.

Protegió la industria trayendo del extranjero, nó manufacturas, pero sí manufactureros, á los que colmaba de atenciones, para que

arraigaran en esta tierra clásica de la fantasía y de la pereza.

Introdujo un rendimiento importante con el estanco del tabaco, contribucion nada dolorosa por que, segun decia: «el que usa tabaco es por que no carece de lo necesario.»

Dirigida la hacienda por tan esperta mano, conquistó el estado mas floreciente que en ninguna otra época de España, pues siempre alcanzó *déficit* y en la que venimos reseñando tuvo un *superavit* de 300 millones de reales.

De este excedente, asi como de muchas reformas planteadas por Ensenada, gozó mas tarde Carlos III, rey justamente amado, pero no mas digno de serlo que su hermano y antecesor Fernando VI.

En guerra, son tambien asombrosas sus aptitudes y su actividad. Organizó y equipó las tropas por nuevo método un tanto afrancesado, mas no por serlo dejó de responder á las necesidades de su época; fortificó plazas y estirpó infinidad de abusos que existian en los empleos militares.

Era partidario de traer soldados extranjeros (si bien no queria que ascendiesen de las categorias subalternas) por que en el aumento de poblacion cifraba grandes esperanzas; por eso



decía al rey: «el que se pueble y no se despueble España, es la principal atención de la monarquía.»

También estudiaba sin descanso la cría y el fomento de la raza caballar, eligiendo atinadamente las templadas zonas de Andalucía y Extremadura.

Tocante á marina, cuyo ramo con el de hacienda son los que mas notable impulso recibieron, Ensenada trataba de concluir los Arsenales de Ferrol y Cartagena, comenzados por él con verdadero lujo, y de artillar y restaurar las plazas guarnecidas de todo el litoral. Construía gran número de buques de alto bordo que quería dotar de gente diestra, aunque para lograrlo fuera preciso disponer de marinos extranjeros. Con reformas táles y con celo y perseverancia, esperaba Ensenada recabar prestigio marítimo tan necesario á España. Entendía que esta no aseguraba su honor ni su independencia mientras no sostuviese grandes fuerzas navales. Efectivamente, por su posición geográfica; por su disposición hidrogáfica, y por sus posiciones de Ultramar, España fué y sigue siendo una potencia de influjo, tanto continental como marítimo.

Fernando VI comprendió muy pronto cuan

acertadamente obró en conservar á su lado al ilustre marqués, y felicitándole por su mensaje, reiteró sus deseos de lanzar la tutela que Francia parecia ejercer en sus dominios; su propósito de aprovechar una coyuntura mediante la cual pudiera hacer la páz con decoro, y atender luego exclusivamente al fomento de la nación; de rechazar toda política de complicaciones con el exterior; y, en fin, que pues España tenia de todo sin necesitar nada de otros pueblos, era llegado el momento de dotarla de lo que carecia, á saber: de una política neutral de páz y de progreso.

Por fin el año 1748 fué el señalado por la Providencia para dar término al desconcierto europeo. Despues de procurar, en vano, los ingleses apoderarse de la Isla de Cuba, defendida heróicamente por su gobernador Arcos Moreno; despues de rechazar con bizarría en Valtri á los austriacos nuestras tropas, y vencido Nadasti luego en Borgonovo, vinieron treinta y cinco mil rusos en auxilio de Austria é Inglaterra, á cuyas armas la fortuna iba ya volviéndolas la espalda. Destruida la marina francesa y perdidas sus colonias, el gabinete de Versalles inclinóse á dar tregua á la pelea; y cansados unos y otros de un tan prolongado

derramamiento de sangre, comenzaron secretamente los preliminares de páz.

El duque de Huescar marchó á París, con instrucciones reservadas y minuciosamente escritas por Somodevilla, para proponer y alcanzar la páz; instrucciones escritas de tan hábil suerte, que quisiéramos copiar aquí, pero nos lo veda el estar ya publicadas y el propósito de no dár una extension á este trabajo mayor de la que cumple á nuestro objeto.

No halagaba el gobierno francés que los preliminares de páz partiesen de España y procuró dilatar las negociaciones; pero Fernando VI valióse de los buenos oficios de la córte de Portugal; y, á despecho de Francia, á despecho de la reina viuda Isabel Farnesio, las negociaciones no se suspendieron, dando por resultado los preliminares de una transaccion entre España é Inglaterra.

Llegando las cosas á este extremo, se celebraron las conferencias de Breda á las que concurrieron plenipotenciarios de todas las naciones beligerantes; y, por último, el 30 de Abril se celebró el congreso de Aquisgrán firmandose el tratado de este nombre que puso término á las diferencias europeas. Bien comprendía Ensenada que entre Inglaterra y Fran-

cia, no era ese tratado otra cosa que una tregua fingida, un armisticio; pero yá era tiempo que España descansase de tan estériles luchas. ¿Que reportó á nuestra nacion seguir con Francia sus sangrientas aventuras? «La ventaja de colocar á un Borbon en Parma, débil compensacion á tantos sacrificios» dice el Sr. Ghehardt en su Hist. gen. de España.

El tratado de Aquisgrán no podia menos de complacer á Ensenada, por que alcanzó lo que tanto mortificaba sus planes, á saber: el derecho de visita á los buques ingleses en la India y el reconocimiento de las demas cuestiones relativas á América. Con esto, economias, y páz duradera, nuestro marqués aguardaba cauteloso la restitucion de Gibraltar, parte de su enemiga con el Reino Unido, y esperaba confiado, por que sentia bullir en su cerebro un caudal de ideas movidas por espíritu activo y emprendedor, capáz de realizar, con órden y con tiempo, las mas atrevidas concepciones.

Hecha la páz tan deseada por el paternal corazon de Fernando VI, dióse Ensenada á trabajar con ahinco en pró del fomento intelectual y material de España.

Desempeñaba á la sazón el ministerio de

Estado el Sr. D. José de Carvajal y Lancaster, hombre íntegro, recto á toda prueba é inflexible, que hacía justicia á Ensenada reconociendo su valor, pero poco de acuerdo con él en achaques de simpatías, tenía por Inglaterra tantas como nuestro marqués había manifestado por la Francia.

De esta suerte, los afectos de uno al chocar con los del otro, se esterilizaban á la pár y la política neutral, tan suspirada por el rey, fué resultante de tamaña conjuncion.

Como consecuencia lógica, las intrigas diplomáticas no se daban punto de reposo cerca de Fernando VI y el duque de Duras, embajador de Francia, buscaba el valimento de Ensenada; pero Keene, embajador de Inglaterra, que se hallaba en gran predicamento con Carvajal, inutilizaba los amaños del francés; de suerte que cada cual procuraba el desprestigio del que creía su adversario. No escapó á la penetracion del monarca el móvil que impulsaba intriga tanta, y, haciendo *oidos de mercader*, preocupose del bien público exclusivamente, que era el objeto de sus aspiraciones.

En vano procuró Francia malquistar á Fernando con Londrés, atribuyendo á esta córte designios infaustos con respecto á la política

colonial, y en vano trató Inglaterra de buscar la alianza de España atribuyendo á la córte de Versalles la intencion de un tratado en oposicion al de Aranjuez, en vano; ni Duras ni Keene torcian el firme propósito del rey; y, así, más foscos que alborozados, hubieron de escribir á sus respectivas córtés, que nada era bastante á torcer la irreprochable neutralidad de la política española. Duras, como francés, más impresionable, enojóse; pero Keene que á fuér de inglés era menos tornadizo y más templado, escribia á su gobierno. «Es necesario tener paciencia y cultivar la amistad del gobierno español teniendo con él grandes miramientos, no ofendiéndole en cosa alguna y aprovechando todas las circunstancias para dirigirle otra vez con destreza y precaucion al fin propuesto.»

Ahogó Ensenada sus simpatias, con lo cual ganó mucho España, no solo por lo que ellas en libertad hubieran aventurado sinó tambien porque el activo fomentador de la riqueza, consagró todo su tiempo al progreso nacional, tarea santa que constituyó el objeto de sus afanes, de sus desvelos, y que habia de esclarecer su nombre para regocijo de la historia y ejemplo de los hombres públicos. Entonces

fué cuando concibió el colosal proyecto de canalización que estudiaremos en el resúmen de esta memoria; entonces fué cuando favoreció mayormente á la agricultura abriendo canales de riego, plantando millones de árboles, para regularizar los beneficios de la atmósfera, y abriendo caminos para regularizar los beneficios de la tierra. Entonces fué cuando con segur activa tajó los obstáculos de colonizacion y abolió la contribucion llamada de millones, tan funesta para Castilla (1750.)

Hizo consignar fuertes sumas para el desarrollo de las fábricas y manufacturas, y favoreció la construccion de buques mercantes, facilitando cuanto el Estado podia conceder á este objeto y despojándola de gabelas.

Los decretos que prohibian bajo pena de la vida la exportacion de metales preciosos, fueron anulados, haciendo, con tan sábia medida, que ingresaran en la nacion capitales extranjeros. Constituyó una junta para formar la estadística de la riqueza pública. (1) Simplificó las oficinas; abolió el arrendamiento de los tributos, é hizo que el Erario los administrase, con lo cual destruyó un depresivo monopolio

---

(1) Este monumental trabajo hállase en el Archivo de Simancas consignado en gruesos volúmenes que ocupan toda una sala.

y acrecentó en un tercio los ingresos. Envió al extranjero jóvenes pensionados para que aprendiesen é importasen á España los adelantos de otras naciones. (1750 al 51.) Eligió cuatro literatos para hacerlos escritores públicos y fomentar así las bellas letras. Estableció escuelas de náutica, ciencias exactas, pintura y grabado. Hizo formar el magnífico índice de Códigos arábigos que existe en el Escorial. Difundió las observaciones astronómicas de Jorge Juan, é hizo imprimir por cuenta del Erario las obras siguientes: «Relacion histórica del viaje á la América meridional.—Disertacion histórica y geográfica sobre el meridiano de demarcacion entre los dominios de España y Portugal.—Resúmen del arte de la navegacion.—Tratado de mecánica aplicado á la construccion de buques» escritas por aquel gran matemático y famoso navegante, bajo cuya dirección construyó el Observatorio Astronómico de Cádiz; y, finalmente, utilizó para el bien público los servicios de los hombres superiores, sin mirar la secta en que comulgaban ni la cuna de donde se alzaron.

Apenas existe un ramo del saber que Ensenada no tratase de aclimatar ó fomentar en nuestra pátria. Ganoso de cultura pública,



nombró una Comision de eruditos que, á espensas del Erario, recorriera la naci3n en busca de monumentos hist3ricos; y si estas Comisiones no hubieran cesado despues de su caida, Espa3a no hubiera perdido los tesoros arqueol3gicos que con menguada suerte han pasado nuestras fronteras. Constituy3 en Madrid la Academia de San Fernando para el cultivo de nobles y bellas artes, é hizo renacer la escuela espa3ola de pintura, que dormia desde luengos a3os.

Imprimió gran actividad en las obras del canal de Castilla la Vieja y en las de navegacion del Ebro, porque acariciaba un plan vastisimo, que indicaremos á su tiempo, en cuyo plan engranaba la gran carretera del Guadarrama que abri3 r3pidamente, prestando á entrambas Castillas uno de los m3s grandes medios para su desarrollo comercial.

Todavia se admira esta obra grandiosa, y no puede el viajero que sube aquellas ásperas montañas olvidar la existencia fecunda de Ensenada. Al contemplar en la elevada cima de aquellas soledades el colosal leon de marmol blanco, cariátide del siglo XVIII, al leer aquella inscripcion latina que recuerda tan feliz periódo, el espa3ol amante de sus glorias

debe descubrir la cabeza y rendir homenaje de admiración al génio.

Regocija el alma pasar la vista por las diferentes pragmáticas, cédulas y decretos cuyo fin trascendental y práctico honra á aquella monarquía. Por unas se estirpa la vagancia; por otras se flajelan las malas costumbres y torpes hábitos, castigando á los jugadores y gentes de mal vivir; ora se prohíben los duelos y desafíos; y, en fin, nótase que la prodigalidad con que mimaba Ensenada á la virtud, era tanta como el rigor que empleaba para reprimir el vicio. No de otra suerte se imita entre los hombres la infinita justicia de la Providencia: pia y clemente con los hombres de buena voluntad; con los perversos severa é inflexible.

Recompensó Fernando al gran repúblico con el insigne toison de oro (12 Abril 1750) y algunos meses despues, con el título de caballero gran cruz de la Órden de San Juan; recompensas que, si honraban un nombre esclarecido, acreditaban al rey de justo, título más preciado por los buenos que todo linaje de distinciones.

La Hacienda, apesar de tantos gastos como originó ese fértil periodo de reformas que acabamos de reseñar rápidamente, y apesar de la

reduccion de tributos; de los socorros enviados á las provincias andaluzas, víctimas de la espantosa miseria que las azotó en 1751, los rendimientos de la Hacienda al principiarse el ejercicio de 1752, eran de

Reales . . . . . 360.538,440.

Rendimientos que jamás llegaron antes de Ensenada á. . . . . 212.000.000.

Resulta un *superavit* en números redondos de 148.000.000 á favor de la gestion de nuestro protagonista.

Estas cifras y aquellas reformas son más elocuentes que cuantas páginas pudiéramos emborronar. Son la más alta apologia en honor del político y del hacendista.

Así és que los hombres de saber, yá adictos, yá adversos á su política, rindieron ante sus gestiones económicas homenaje de admiracion; que la virtud y el saber se imponen pasando por miserias, como el nativo torrente de la montaña pasa deslumbrador por los abrojos.

El padre Isla le presentaba como modelo de gobernantes; Feijoó le dedica el tomo II de sus Cartas familiares, y alabóle el entonces jóven y ya famoso jurisconsulto Capomanes.

En conclusion; despues de la caída del mar-

qués, oyendo el rey quejarse á uno de sus ministros que estaba enfermo á causa del mucho trabajo que sobre sí tenia, dijole en tono de reproche: «He despedido un ministro que ha cumplido siempre todos los deberes de su cargo, sin haberse quejado nunca de un dolor de cabeza.»

Llegado el año 1753, zanjáronse las diferencias con Roma, y el 11 de Enero firmóse un concordato por el cardenal Monseñor Gonzaga de parte de Su Santidad, y por el Sr. de Figueroa, hechura de Ensenada y representante de España para el efecto. Con tál motivo, el marqués fué objeto de elevada distinción como apuntaremos en seguida.

Entra el ilustre Ensenada en este momento histórico en el apogeo de sus prodigiosas facultades; tiene cincuenta y un años; la experiencia ha blanqueado su cabello que parece nítida nieve llamada á entibiar los impetuosos ardores de la juventud, pero su corazón late vigoroso, y el talento con que pródicamente le dotó el Altísimo, ofrecen á la pátria nuevo caudal de beneficios. Mas el misterioso rasgo que parece marcar á las naciones el límite de su ventura, iba á trazarse desgraciadamente.

Asi como la vid es despojada de sus frutos

luego que dorados la engalanan, así los pueblos pierden á sus hombres luego que la reflexion y la esperiencia les maduran.

Ensenada unia ya á sus notables aptitudes esa filosofia sublime que surge de los conocimientos de la vida y de la observacion de nuestros semejantes. Él mismo nos lo prueba si leemos sus cartas dirigidas al infante D. Felipe, que son un modelo de prudencia y de humildad cristiana. No las copiamos por no hacer mas voluminoso este trabajo (1) pero extractemos una que dirige á Monseñor Valenti en contestacion á la oferta que le hace del Capelo Cardenalicio en nombre del Papa Benedicto XIV. Extractémosla, siquiera por vindicar á nuestro personaje de calificaciones que otro muy ilustre de nuestra época hále dirigido, en nuestro sentir injustamente.

Ensenada rehusa con no finjada modestia; no se reconoce con virtudes para aceptar la dignidad que se le ofrece y esclama: «De algunos pares de años á esta parte conozco que este mundo es una pura vanidad» y luego, recordando su origen, como si preveyera que sus palabras habrian de contradecir á esos autores

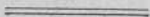
---

(1) Archivo de su heredero, el actual marqués de la Ensenada.

que amenguan sus conquistas fantaseando sobre su pretendido ilustre nacimiento, dice: «me acuerdo mucho de mi humilde cuna, y yó mismo me asusto de mi actual considerable posicion »

Está bosquejado el personaje.

Sigamos ahora los sucesos políticos para fijar con más facilidad aquellos que le derrumbaron y poder deducir más claramente sus ideas y sus tendencias.



### III.

No cesaban los ingleses en sus amaños ni los franceses en sus pretensiones, cada cual procurando que el fiél de la política española se inclinase á su favor.

El embajador Duras, queria establecer el *pacto de familia* amontonando contra Inglaterra todo género de insidiosas suspicacias. El embajador Keene, conforme á su añejo propósito, estrechaba más y más las amistades con Carvajal, al par que sembraba contra Ensenada todo linaje de malas semillas.

Nuestro marqués era la pesadilla, no yá de Keene solo, si que además de toda la Gran Bretaña; que tál influia en la poderosa Albion el plan político de tan insigne estadísta.

La perseverancia es una cualidad casi siempre vencedora; la obra constante, la perpetua labor, por taimadas que en sí sean, logran salvar dificultades, asi como la persistente gota de agua logra taladrar la roca.

Tal aconteció; muerto el ministro Carvajal (8 Abril 1754) produciendo honda pena en el afectuoso corazón del monarca, quedaba visiblemente esperanzada la política traspirenaica; pero Keene que habiase granjeado la amistad del duque de Huescar, primer gentil hombre de Cámara y duque de Alba despues, asi como la del conde de Valparaiso, caballero de la reina, redobló sus esfuerzos, movió todos los resortes pacientemente organizados y triunfó, logrando que á Carvajal sucediera D. Ricardo Wall, á la sazón embajador de España en Lóndres.

Era D. Ricardo Wall irlandés de origen, grande amigo de Keene, y adversario declarado del marqués de la Ensenada; asi és que tan pronto como tuvo conocimiento de su elevación, avinose con el duque de Huescar, encargado interinamente del ministerio vacante, y la campaña contra nuestro héroe comenzó sin tregua.

Engolfado el marqués en su constante estudio de reformas, no se apercibió hasta que vió separados por el de Huescar muchos empleados adictos á su persona.

El jesuita Rábago y el cantante Farinelli, entablaron contra los enemigos de Ensenada



una encarnizada lucha palaciega, pero en vano; el 17 de Mayo llegó Wall, tomó posesion de su cargo, y aliado con Huescar, Valparaiso y Keene, aseguró el triunfo.

Estaba dotado el nuevo ministro de una elocuencia superior á la de Ensenada, y la elocuencia es un arma de tan fino temple, que en todas las latitudes del globo, así en las muchedumbres como en los palacios, rara vez deja de hacer su efecto hiriendo á quien amaga. Así és que nuestro protagonista sintió pronto la sacudida que inevitablemente le rodeaba, y solo pensó ya en *caer sin producir estrépito*.

Mas los sucesos, superiores á la voluntad humana, habian de precipitarse luego y precipitar la caida del marqués.

Hé aquí la causa.

Tratóse secretamente entre España y Portugal de permutar los pueblos del Uruguay por la Colonia del Sacramento, é iba á firmarse este tratado sin consentimiento de Ensenada, con quien no contaron porque estaban ciertos de su oposicion.

Si que se hubiera opuesto, por que de este negocio solo Inglaterra sacaba utilidades, navegando sin estorbo allende los mares y pò-

niendo la primera piedra á la política colonial que perseguía, ventajas que Ensenada habia procurado entorpecer.

Iba á firmarse, decimos, cuando el marqués o supo, y como su inmenso talento hallaba trazas siempre de desbaratar cuanto queria, dióselas tales, qué, en efecto, echó por tierra la permuta tan artificiosamente laborada por Inglaterra.

Para lograrlo, escribió á D. Carlos de Nápoles, quien, como heredero presunto á la corona de España, tenia derecho á poner mano en el convenio. Aconsejado D. Carlos por Ensenada, formuló enérgica protesta contra el tratado y desde luego se anuló (1754.)

Sintióse ofendido D. Fernando por la inopinada injerencia de su gran ministro y por el desaire que ella le acarreó, y este fué, en nuestro juicio, el único motivo de enojo que nuestro héroe proporcionó á su rey.

A partir de este acontecimiento, empezó el monarca á recelar de Somodevilla, y éste, por la inveterada ley de represalias, comenzó á romper con la política ajustada por el soberano.

Como en el trueque, de antiguo proyectado por los ingleses, salian perjudicadas las miras de la Compañía de Jesús, que en todo el Para-

guay esparcieron benéfica influencia con las doctrinas del Salvador, y como Ensenada se sirvió de tan importante sociedad para atacar los planes de sus adversarios, he aquí por qué se le acusó de adicto á la compañía de Jesús.

Arreciaron contra él las influencias inglesas; vió derrocado su prestigio; la desconfianza de la corona; vió, tal vez sin razon mas con apariencias de ella, que la política inglesa iba á preponderar, y partiendo el sol y el campo, se lanzó abiertamente á hostilizarla.

Conviene advertir en justificacion á la mala voluntad con que Ensenada distinguió á Inglaterra, que abrigó siempre temores y recelos acerca del doble fondo con que jugaba la Gran Bretaña su política. Suponíala egoista y pérfida, y creía que todos sus halagos del momento tenían por objeto mermar nuestro prestigio en las Indias; desleir nuestras fuerzas en tratos y convenios, para lograr élla penetrar en el centro de la América del Sur y trocar un continente que la estaba tan vedado, en ricas factorias con que engrosar su comercio y su marina.

Tal éra su pensamiento respecto de Inglaterra; y con suspicacias tales, júzguese la im-

presión que causarían en su ánimo los vuelos con que se inauguraba la política, y el lisonjero predicamento que cerca del rey alcanzaban, al parecer, los amigos de la Gran Bretaña.

Propúsose luchar, empeñando en la contienda todo su prestigio y exponiéndose á chocar con la impopularidad, temor eterno de todo gobernante. Con la ayuda del embajador de Francia, secretamente negoció un proyecto de alianza indisoluble entre las dos ramas de la casa de Borbón; procuróse un informe detallado de los agravios inferidos por los ingleses en las Antillas; anticipó fondos á la Compañía francesa de las Indias Orientales, á fin de ayudar las hostilidades que en América preparaba Francia contra Inglaterra; púsose de acuerdo con Versalles para proyectar un ataque general contra los establecimientos británicos del Golfo de Méjico; y con el propósito de expulsar á los ingleses del rio Wallin, instruyó á aquel virey para que dispusiera una expedicion con destino á Campeche.

Bien se nota en actividad tanta y tanto génio, que daba la batalla con bizarro empuje y que, asi como leon en lucha postrimera, se disponia á un combate digno de su fama.

El embajador británico que, grandemente interesado en espiar los propósitos de Ensenada, consagraba toda su fina astucia á conseguir su objeto, informöse al punto y al punto informó á sus partidarios del oculto volcan que bajo sus pies hervia.

La duda cesó y á la vacilacion sobrevino la enérgica dureza. Fernando, vivamente impresionado, conoció que Ensenada no podia continuar en su consejo; y, con profundo pesar, accediendo á las reiteradas instancias de los yá numerosos adversarios del marqués, dió contra él, por fin, auto de prision. (20 Julio 1754).

Durmiendo tranquilamente estaba el vencido coloso, bien ageno de su derrota, cuando los soldados penetraron en su cámara, se apoderaron de él, y, subiéndole á un carruaje que en la calle le estaba prevenido, se pusieron en marcha con direccion á Granada, punto destinado para su destierro.

Cuando el valeroso toro cae en la arena acuchillado y muerto, lánzase á él la muchedumbre, y osada palmea aquel nervioso cuerpo que poco antes la causaba espanto; no de otro modo la villana gentecilla cebóse en la caída del magnate.

Los malvados y los ignorantes, que en todos tiempos y en todos los pueblos son compadres, diéronse á calumniar al gran repúblico con la misma algarabía que antes le aduláran.

Las más elevadas concepciones fueron objeto de befa y de sarcásmo; pero no hay que estrañarlos; siempre los pérfidos y los torpes se cebarán en todo: en el rico, si ellos carecen de fortuna; en el poderoso, si ellos son impotentes; y en el sábio porque no pueden llegar á su nivel

En la Real Academia de la historia existen varios libelos de los que esparciéronse profusamente contra Ensenada, y alguna de las groseras coplas que se cantaban por calles y plazuelas. Semejantes comparsas solo concurren á los funerales de los grandes.

Son los buhos que graznan porque el sol se pone. Son las espinas de la corona que ciñe el hombre esclarecido.

No eran ajenos los ingleses á la inaudita algarabía con que la chusma saludó la caída de Ensenada; y nos induce á creerlo así, el júbilo que inhábilmente manifestaron celebrando el acontecimiento en Lóndres con fiestas y regocijos.

«La caída de Ensenada causó más ruido

que una revolucion,» dice el marqués de Noailles; y, en efecto, el ruido de una revolucion anuncia algo extraordinario para la vida de los pueblos, y algo extraordinario ocurrió á España con la caída del ilustre magnate.

Los enemigos de Ensenada asustados de su obra, asi como lo estarían los pajarillos si lograran aprisionar un águila, temían al proscrito, y, ansiosos de aniquinarle para siempre, buscaron entre sus papeles particulares motivo para una grave condenacion. Apoderáronse de su correspondencia secreta con las cortes de Versalles y Nápoles y con la reina Isabel Farnesio, y pidieron ejemplar castigo. Mas la reina Doña Bárbara de Braganza, con noble energía rechazó semejante ensañamiento, diciendo que á hombre á quien tantos servicios se debían, no éra honrado aniquilarle por tan poco.

Una rara coincidencia debió advertir á los implacables detractores de la justicia con que aquella ilustre dama se expresó. En efecto, entre los papeles ocupados, existían varias minutas escritas de pluma de Ensenada y por él tachadas y enmendadas. He aquí alguna.

#### **Puntos de gobierno.**

«Comercio. Universidades. Academias.

Cartas Geográficas. Archivos y poblacion.» Esta minuta consta en una hoja de papel en 4.º que, como la siguiente, que consta de cinco pliegos bien nutridos, se hallan en el archivo del actual marqués de la Ensenada; héla aquí.

### Asuntos que despachar.

«Navegacion del Ebro. Hospital de Madrid. Archivo de Madrid. Construcccion de barcos. Colegio de Cirujía de Cádiz. Montes y plantios. Ordenanzas de ministerio económico. Idem de guerra. Idem de marina. Idem de guardias de Corps. Idem de Infanteria. Idem generales. Fundicion de artilleria. Cuarteles de tránsito. Cria caballar. Puerto y muelle de Barcelona. Idem de Palma de Mallorca. Método de estudios, etc., etc.» (1)

Tambien debieron hallar sus enemigos la minuta de una carta dirigida á Farinelli en Mayo anterior, en la cual le suplicaba interpusiera su valimiento cerca del rey para que le admitiese la renuncia de su cargo; le ruega no descansa hasta conseguirlo «porque—dice—yá estoy gastado.»

Sobrellevando con gran fuerza de alma su

---

(1) Rodríguez Villa.



desgracia, hallábase en Granada nuestro protagonista cuando le confiscaron sus bienes; y más que la privación de ellos debió apesadumbrarle el inventario que se hizo y del cual se apoderó el público haciendo de él sus enemigos caja de truenos que sin piedad le disparaban. Si, debió apesadumbrarle, porque no hay duda que el inventario se exageró demasiadamente para irritar al populacho, cuya torpe fantasía es más propicia á deprimir que á enaltecer al génio.

El erudito Lafuente y el historiador inglés Coxe, creén que, en efecto, con menguado propósito se abultó el inventario; y nosotros no nos ocupariamos siquiera de ese desdeñable documento, sinó fuera porque nos sirve de comprobante del apasionamiento y encono con que fué tratado el ilustre proscrito:

Veámoslo.

Hay una partida de 100.000 pesos, valor del oro; otra del de la plata de 292.000. Su espadín está tasado en la enormidad de 7000. Sus alhajas que eran en efecto muchas, en 92.000. El collar de la Orden en 18.000. Los objetos de china en 2.000.000 de pesos, suma fantástica, porque la representación de ese dinero en el siglo XVIII, era mayor que lo es ahora, y con

ella podia comprarse entonces no yá todos los objetos de china de un palacio, sinó todos los que podrian existir en Madrid.

Las pinturas están tasadas en 100.000 pesos; es decir que el valor de la china era veinte veces mayor que el de las pinturas: ¿no se propondrian sus perseguidores presentar al noble magnate ante el pais, como un Heliogábalo, más dado á las sensaciones de la materia que á los sublimes goces del espíritu? Creible es al verles despues tasar los jamones en 14.000 pesos y decir que tenia además *quinientas arrobas de chocolate y una crecidisima porcion de pescados en escabeche, aceite y garbanzos cuyo valor es IMPONDERABLE!!!...*

Enoja, ciertamente, ver como algunos autores haciéndose éco servil de tales mezquinidades, llenan páginas hablando de las *camisas y medias del marqués, de las gorgueras planchadas en Paris* y de tantas fruslerias, producto de la exageracion é indignas de la historia y del historiador.

Júzguesele en política; examínesele en administracion, y despréciense mezquinidades que solo al ócio, enjendrador de las murmuraciones, pueden acomodarse.

Abandonemos pues semejante inventario

al desdén y continuemos examinando la situación política subsiguiente, la cual nos muestra el papel que España representaba en el flujo y reflujo de las dos grandes naciones rivales.

Por ella veremos la significación de las ideas políticas de nuestro personaje, que tendían á alternar amistosamente con Francia, por lo que ocurrir pudiera; á disputar á la Gran Bretaña su preponderancia marítima y á afianzar nuestro prestigio allende el Oceano.

---

## IV.

El pesar con que el bondadoso monarca cedió á las exigencias de los enemigos de Ensenada, fué tan grande como la violencia que hubo de hacerse para mostrar menosprecio á las singulares dotes del caído.

Dolíale á Fernando VI, no solo por que le parecia injusto; no solo por que gustaba de la prolongacion en el poder de hombres duchos y prácticos, sinó tambien por que la muerte del íntegro Carvajal y la separacion de Ensenada, hacianle entrever que su ferviente anhelo de política neutral podia frustrarse.

La inhábil conducta del gabinete de Versalles habiase hecho acreedora á un cierto desvío que aprovechaban diplomáticamente los ingleses. El público desprestigio de la reina viuda, envuelta entre las calumnias con que el populacho distinguió á Ensenada; y el encono por do quier manifestado contra el P. Rábago

y el favorito Farinelli (1) simpáticos á la Francia, daban de cierto modo el triunfo á los amigos de Inglaterra que, acaudillados por el duque de Huescar, conde de Valparaiso y D. Ricardo Wall, é inspirados sagázmente por el embajador de Lóndres, casi disponian del gobierno.

En vano nuestro ilustre desterrado atacóles noblemente al defenderse de los cargos que le dirigieron; la politica habia tomado vuelos contrarios á su causa y agitóse en el vacío.

El afán que mostró entonces la Gran Bretaña para malquistar abiertamente las ramas borbónicas de España y Francia, una vez desembarazado de Ensenada el famoso Pitt, alma de aquel gobierno, llegó hasta el punto de ofrecer sacrificar sus posesiones en la costa de los Mosquitos, la Bahía de Honduras, y, si con esto no lo conseguia, aun la plaza de Gibraltar.

Tales ofertas fueron rechazadas por Fernando para mostrar así á la Francia que si aflojó con ella sus correspondencias, no fué por estrecharlas con su eterna rival.

Si las hubiera aceptado, afianzára en América los lazos de nuestro comercio, y hubiera

(1) Cárlos Broschi, cantor napolitano, logró gran privanza de los reyes; aunque, en verdad, jamas abusó de ella; fué mal quisto del pueblo que, groseramente, le apodaba el *Capón*.

guardado la llave de Africa, en cuyas vastas zonas podria España algun dia hacer tremolar la bandera gualda y roja, esparciendo las doctrinas de Jesús, que han sido y serán eternamente mensajeras de libertad y de progreso. Si las hubiera aceptado, no seria hoy tan difícil alcanzar la union Ibérica, ideal de una política patriótica, y si bien hubiéramos arriesgado las iras de la Francia, no hubiéramos sentido las inglesas, ni Cárlos III hubiera firmado despues el malhadado *pacto de familia* que nos condujo á nuevas desdichadas aventuras.

Ensenada, apesar del afrancesamiento que le achacan, tal vez hubiera aceptado, que su sentir político era sacrificar todos los afectos en áras de la pátria; pero tal vez el diestro Pitt no hubiera dado á Ensenada los medios que ofreció al para él menos temible ministro Wall. No aceptó Fernando VI por no ensangrentar su historia y por no romper con su leal y caballeroso pensamiento; y este es un motivo para juzgar de sus cortos alcances políticos, pero que nos obliga á reverenciar su modestia, su hidalguia, y el amor paternal hacia sus pueblos, para los cuales anhelaba, más que grandeza y poderio, páz y sosiego.

En estas circunstancias, agravóse la cruel

enfermedad que aquejaba á Doña Bárbara de Braganza, y tantos padecimientos, con angelical paciencia soportados por esa reina virtuosísima, iban á tener un triste fin.

Fernando, que la amaba con delirio, sintió su corazón lacerado, y el crepúsculo de la inteligencia inicióse en aquel rey á quien con justicia ha llamado un historiador ilustre el *Marco Aurelio* de España.

El 27 de Agosto de 1758, elevó al cielo su alma la agrégia consorte de Fernando; y éste, herido por dolor tan intenso, apartóse de los negocios buscando en el aislamiento lenitivo á su pesar. Pero, en vano; Fernando VI era uno de esos hombres en los cuales el corazón es soberano de todo su organismo; en los cuales el sentimiento lo armoniza todo, y tan acerba pena enturbió la luz de su cerebro, y la inteligencia se agitó débil, vacilante, yá desprovista de vigor.

Tan honrado monarca perdió el juicio, y á los 46 años de edad, y 13 de un reinado que puede servir de norma á los reyes sucesivos, su cuerpo consiguió descanso eterno (Agosto 1759.)

---

Finalizaba el año 1759, cuando entró en España D. Carlos, rey de Nápoles, que con el nombre de Carlos III iba á inaugurar en España el reinado que la historia marca como más floreciente en la dinastía de Borbón.

Mientras su llegada, su madre Doña Isabel Farnesio regentó la monarquía por disposición testamentaria de Fernando VI, y el nombre de Ensenada volvió á pronunciarse con cariño en las conversaciones de palacio.

No era Carlos III hombre que olvidára los buenos servicios de aquel político ilustre á quien sin rebozo distinguía, pero rey primero que hombre, quiso, antes de levantarle su destierro, tantear la opinión pública. No le era esta todavía favorable á Somodevilla, y el cargo que le hacían de protector de la Compañía de Jesús, era la causa de que, apesar de ser mudable y tornadiza, persistiese, despues de cinco años, la pública opinión en sus rencores.

Venía con Don Carlos el caballero siciliano Leopoldo de Gregorio, marqués de Squilace, gran hacendista y admirador de Ensenada; y como todos los espíritus elevados gustan darse de mano con hombres superiores, sin pararse en infortunios, no tardó en sostener con el caído una muy cordial correspondencia. En-



senada por mediacion de ella, solicitó besar la mano al nuevo rey, y Squilace consiguiólo, no sin alejar antes de la córte á Farinelli y dispensar favor á los *filósofos*, para de esta suerte evitar suspicacias y recelos.

El 13 de Mayo de 1760, levantóse por fin el destierro á nuestro protagonista que regresó á Madrid, donde fué objeto de honrosas distinciones de parte del monarca que tanto se complacia en agasajar á los hombres de elevada inteligencia.

Diéronle suntuosos banquetes el duque de Losada, y el marqués de Squilace, con cuyos obsequios parecia que el eclipsado astro iba á lucir de nuevo en los horizontes de la política. Pero no fué así. Ensenada no volvió á manejar las ásperas riendas de la gobernacion, si bien muchas de sus reformas y aspiraciones fueron llevadas á la práctica por Cárlos III, y no pocas contribuyeron al esplendor de este monarca.

Supo Ensenada conservarse alejado de los negocios públicos, y procuró restaurar su antiguo prestigio, sustrayéndose á todo linaje de intrigas y fiando en que los sucesos habrian de rehabilitarle.

Mas las arterías de sus adversarios que el

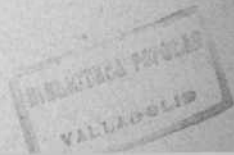
asediaban sin cesar, complicáronle en el público descontento que en Madrid latía por prevenciones infundadas hácia la córte. Pudo el marqués eludir esas celadas, oponiendo á los ocultos dardos la ferrada cota de su proceder, exento de artificios y manejos.

Un extraño *run run* llenaba los espacios, cual si los relampagueos de sorda revolucion quisieran conmover al pueblo, y era que ciertos elementos fraguaban la caída de los primeros consejeros del monarca.

Como consecuencia de esas maquinaciones, estallaron en Madrid los sucesos de Abril (1766) que produjeron el motin llamado de *Esquilache*, harto complejo para describirle aqui; y entonces, los enemigos de nuestro personaje, mezcláronse entre las turbas gritando: ¡*Viva el marqués de la Ensenada!* gritos sediciosos que inconscientemente fueron acogidos por los adictos al magnate.

Como se comprende pronto, semejante manifestacion iba enderezada á complicar á nuestro héroe en los sucesos; y tan villana hazaña fué coronada por el éxito.

El motin de *Esquilache* sigue todavia envuelto en las sombras del misterio, sin que pueda decirse fijamente la causa de algazara



tan ruidosa. La disposicion tomada por el gobierno acerca de las capas y sombreros, no fué sinó una coyuntura hábilmente preparada. Dicen unos que entre las amotinadas turbas vieron personas de calidad y servidores del duque de Alba; y otros, los *regalistas* de entonces, achacan el motin á los jesuitas. (1)

La pasion con que combatian las tendencias políticas de entonces, que más que políticas eran personales; el empeño de algunos escritores por lucir donosuras del ingenio á espensas de la claridad; y la fantasia de los novelistas, han enmarañado de tal suerte estos acontecimientos, que no es fácil emitir acerca de ellos un exacto juicic, ni, por tanto, decir si Ensenada fué conocedor de aquella trama.

Creemos que nó; creemos que en 1766, el gran repúblico solo aspiraba á ver desenvolverse los sucesos para tomar el partido que mas cuadrase á la ventura de la pátria, á la que habia consagrado su existencia.

Restablecido el público sosiego con la expulsion de Squilace y la subida al poder del elemento avanzado, cuya representacion llevó

(1) Cretineau-Joly para eximir á la compañía de Jesús de esta acusacion, afirma que el duque de Alba confesó ser uno de los que fraguaron el motin.

elfamoso conde de Aranda, realizáronse enérgicas medidas contra el partido ultramontano, y víctima de ellas fué Ensenada, cuyo destierro quedó decretado nuevamente: yá por hacerle sospechoso las pretendidas simpatías hácia la compañía de Jesus, yá por haberse victoreado su nombre en el motin, y, principalmente, por que su gran talento era una constante amenaza contra sus rivales.

Cumpliendo la órden de destierro salió el marqués de la Ensenada para Medina del Campo (Abril 1766) en cuyo momento dá fin su carrera política, tan fecunda en beneficios para la pátria como gloriosa para su ilustre nombre.

Durante los primeros años de su destierro sostuvo activa correspondencia con varios personajes, pero ni ésta ni otras particularidades de su vida privada son para tratadas aquí.

Si Dios nos concede tiempo y medios, otra ocasión nos servirá para escribir acerca de hombre tan egrejo una obra que, de índole distinta á la presente, nos ofrezca abierto campo donde demos á la pluma rienda libre.

Réstanos añadir para finalizar este bosquejo, que el ilustre proscrito, con resignacion cristiana, deslizó su vida en obras de caridad;

en estudios constantes, y en piadosos ejercicios, convencido ya perfectamente de que «las grandezas humanas son una pura vanidad.»

Y su hermosa figura fué encorvándose como sándalo encendido que, después de iluminar su círculo perfumándole, se convierte en calcinada pavesa.

A las tres de la mañana del 2 de Diciembre de 1781, y á los 79 años de edad, dejó de existir el gran hombre de Estado, cuya vida, como dice Navarrete, «debe servir de ejemplo á los hombres públicos que con iguales conocimientos y virtudes, se propongan contribuir á la gloria del rey y á la prosperidad de la patria.»

---

## RESUMEN.



### I.

La ojeada histórico-política que acabamos de describir, no tiene ni podía tener la pretension de constituir un libro, que ni esto se nos pide, ni debíamos hacer alardes, siempre va-

nos y más en la ocasión presente, en que se trata de concretar el tipo moral del personaje, delinear sus mas salientes rasgos, y enderezar la labor al fin que se prescribe en el Certámen. Distraer la atención del lector con minuciosas descripciones, si curiosas, ajenas á nuestra empresa; ampliar el trabajo copiando documentos, yá por conocidos nada pertinentes, y entretener el precioso tiempo parándonos á adobar menudencias y detalles, tareas son que huelgan; que se nivelan malamente con el criterio elevado del autor del tema, (1) y que apesar de su caudal copioso, mas achican que agrandan el asunto.

Vamos pues á su fondo.

Veamos, yá bosquejada la figura, cuales son las ideas que la animan, cuales sus tendencias, cuál su objeto.

El pensamiento de Ensenada, desenvuelto con libres vuelos en la vida del trabajo, ilustrado en el estudio á que irresistiblemente le inducia su espíritu gigante, y templado al calor de un patriotismo irreprochable, habia de elevarse á los ideales más puros de la ciencia de gobernar, y para gobernar habia de transi-

(1) El entonces ministro de Fomento, Excmo. Sr. D. Germán Gamazo.

gir prudentemente con lo conveniente y con lo bueno; que no siempre lo bueno es conveniente.

Administrar, conducir, guiar, llevar el peso de una sociedad que incesantemente se reforma, renace y se manifiesta, con la diversidad de pasiones é intereses que surgen de su seno; reglar las nuevas exigencias sin herir con violencia las espirantes; armonizar un todo, constituido de partes heterogéneas, esto es transigir; esto es refrenar los vuelos del personal deseo; inspirarse en el público, para de esta suerte, encaminarle al soberano ideal que le dá impulso.

Ensenada, desde el primer paso dado en su espléndida carrera, estudió atentamente y en detalle, las propensiones, los instintos y aptitudes de la nacion española, y cuando llegó á la cumbre, aplicólas diestramente á la comun prosperidad, introduciendo en ellas los elementos esenciales para su florecimiento.

Siendo insensato colocar la sociedad al nivel de sus ideas por suerte de encantamiento ó magia, contúvolas con heroismo, procurando,—¡obra prolija!,—modificar aquella para lograr armonizarse por completo.

He ahí por qué tachábanle de regalista

cuando el doctrinarismo acrecía, y he ahí por qué le acusaban de jesuita cuando ese Satanás incomparable que se llamó Voltaire, comenzó á fustigar las sagradas tradiciones vertiendo su influencia inopinada.

Ensenada, cual piloto experto que navega por procelosos mares, baja ó sube segun que el Oceano amenazaba borrasca ó calma chicha.

Era liberal, y ningun hombre de su época (inclusos Aranda y Floridablanca) dió pruebas más prácticas de amor á las libertades públicas, pero más prudente ó menos sectario, recordaba que si el libre albedrio fué un don de Dios á nuestros primeros padres, sirvióles para perder el Paraiso. Sabia que el libre albedrio principia donde principia el primer destello de nuestra voluntad, y que, unido á la existencia, la sigue hasta la tumba; pero que la voluntad presupene la facultad de elegir el bien; de realizar lo bueno y lo bello, sin cuyo presupuesto, el libre albedrio se trocará en una funesta condicion acreedora al yugo.

Era liberal; sabia que cada deber para con el Estado concede un derecho político y que los derechos políticos dan al hombre conciencia de su dignidad, ensanche en sus mas nobles facultades; que la práctica de los derechos



políticos, eleva al hombre identificándole con la cosa pública; que le saca de su aislamiento, como individuo, poniendo su existencia en común con la de todos sus conciudadanos; que le dá, en fin, una garantía moral que le pertenece; pero que la concesión de ellos, además de estudio, reflexión, análisis y actividad de espíritu, requiere observación atenta de costumbres, de intereses y pasiones, á fin de colocar al pueblo en situación de que defina sus derechos y sepa cumplir con sus deberes; no por temor al castigo, sino por idea consciente de que esos deberes son correlativos á aquellos derechos.

La libertad de un pueblo debe estar nivelada con su cultura y discernimiento; por que ese don tan querido, en manos de un pueblo ignorante, se trueca en arma contra el progreso; en manos de un pueblo cobarde, le conduce á la abyección, y en manos de un pueblo vicioso, al salvajismo.

Por eso Ensenada se afaná en difundir la ilustración; por eso abrió academias é hizo imprimir libros, y casi refrenó la Inquisición, cuyos rigores contra las ideas no revistieron el arbitrario carácter que en épocas anteriores.

Si Ensenada no hubiera sido liberal, no

hubiera permitido en España la propaganda de las ideas avanzadas que yá bullían allende el Pirineo; no hubiera protegido al P. Feijóo contra las persecuciones que le amenazaron por sus escritos heterodoxos; no hubiera transigido con los *filósofos*; y, por último, no hubiera enviado al extranjero comisiones de jóvenes instruidos, con el propósito de que aprendieran las nuevas costumbres y se saturaran de las nuevas ideas para importarlas á España.

Pero este gran estadista que habia hecho elogios del *habeas corpus* de los Ingleses, tenia que bajar la cabeza ante una sociedad no reorganizada todavia; ante una sociedad dividida y trastornada por las reminiscencias de los últimos habsburgos, cuya política recordábase aún en la humeante sangre tan pródigamente derramada.

Cuando la páz sonreia; cuando el gran repúblico podía sondár sin peligro la opinion en punto á libertades, holgábase ensayando modos de ilustrar al país, para que aquellos antiguos *vasallos*, pudieran llegar á la categoria de *ciudadanos*, categoria que solo se alcanza con virtudes y cultura, si es que no há de sér una palabra vana.

España entonces, más guerrera que ilustrada; mas aventurera que laboriosa; mas fanática que creyente, no permitía á Ensenada abrir los cauces de las libertades públicas sin gran parsimonia, asi como labrador experto que en tierra pedrejosa, no hunde el arado sin cautela.

Los gobernantes sinceramente liberales, no se distinguen por alradeos más ó menos prudentes, sino por su gestion política de transacion y de adelanto. ¿En que momento desmintió Ensenada esta conducta? Jamás.

Tocante á política internacional, conocedor del derecho público de todas las naciones, enderezaba su conducta á respetarle y hacerle respetado; y cuando alguna le infringia, hacia la saber con su leal diplomacia, que toleraba *por evitar disputas*, pero yá hemos visto que su tolerancia estribaba en tener ó no fuerzas *para poder pedir con probabilidades de éxito*.

Sus flexibilidades con Francia, consistian en que de la ruptura de las ramas de Borbón, dependian los planes de política colonial, abrigados por la Gran Bretaña; y teniendo en mucho el marqués el porvenir marítimo de España, y no queriendo que Inglaterra creciese ni en su poder naval ni en sus posesiones ul-

tramarinas, — crecimiento que de hacerse seria á espensas nuestras, — mostrábase amenazante; apto para alianzas borbónicas, que impedían á los ingleses decidirse á sus antojos.

Otra hubiérase mostrado su conducta política á haber visto trazas de ensanchar en Europa el poder continental de su patria; vr. gr.; con la devolucion de Gibraltar y teniendo en Portugal fácil influencia, pues su amor á Francia no era sinó ley de conveniencias; que hombres de Estado como Ensenada no aman á ninguna nacion como á la suya.

Bien hemos visto que no erraba; que hemos perdido nuestras posesiones ultramarinas ó poco menos; que Portugal es poco menos que una colonia de la Gran Bretaña, y que Gibraltar no se recupera sinó como pensaba Ensenada recuperarle; y esta situacion se deriva del abandono navál que tanto ha distinguido á España despues de la muerte de aquel patricio.

Respecto á Administracion, asombran sus ideas. Cuando pensamos lo que este hombre excepcional hubiera realizado á seguir en el poder hasta su muerte, y recordamos su caida, apénase nuestra alma.

Por el plán de reformas cuya senda trazó, iba España á recabar la grandeza que un dia causára asombro á las naciones; pero iba á recabarla, no con el acero trocado en armas que llevan la muerte, sinó en herramientas que llevan la vida.

Examinemos sus propósitos.

Con la canalización de Castilla la Vieja, los estudios para el canal de Guadarrama, la navegacion del Ebro y sus tentativas de canalizar el Tajo, se proponia hendir la península con cuatro grandes artérias que teniendo á Madrid por centro, partieran: á Santander por el canal de Castilla; al puerto de Alfaques por el canal de Aragon; á Sevilla por el de Guadarrama, y á Lisboa aprovechando el Tajo.

Con la gran carretera del puerto, habian de converger los proyectados caminos de Santander, Vizcaya y Guipúzcoa, de Castilla y Galicia, de Cataluña y Valencia, como sendas de actividad que convergen á un centro de inteligencia. Júzguese que grado de prosperidad alcanzaria el comercio con tales reformas que tendian á multiplicar la actividad individual, facilitando trasportes y contactos, y á multiplicar las operaciones del cambio facilitando mercados.

Con la plantacion de árboles, que tan febrilmente habia emprendido, se proponia poblar de bosques los collados, para atraer á las llanuras esa humedad fertilizadora tan necesaria en los campos como el oxígeno al pulmon, y para evitar la desecacion del suelo, desgracia que ahora más que entonces amenaza á nuestra pátria por que la imprevisora segúr há descuajado sin piedad montes y arboledas.

Cuando Ensenada dice al rey Fernando «en los últimos tres años se han plantado mas de tres millones de árboles pero hay que plantar muchos más» nos prueba que yá veia el peligro que amenazaba á la agricultura, peligro que, lo repetimos, existe hoy mas que nunca, por lo que deben los gobiernos consagrar especial esmero al fomento del arbolado; por que no solo atrae las lluvias y templá los rigores de la influencia solar, sinó que, ademas, tanto en sus raices como en sus copas, mantiene fresca bienhechora; y, finalmente, porque al despojarse anualmente del follaje, aumenta la capa de *humus* que en combinacion con las aguas pluviales, fertiliza la tierra que se rotura.

En Pérsia, en la Siria y otras regiones, en que la barbárie de los hombres ha devastado los plantios y montes con ciego furor, el suelo

se ha desecado yá, y háse trocado hoy en abrasadores desiertos que son improductivos aun á costa de sobrehumano esfuerzo.

Deben los hombres de gobierno inspirarse en Ensenada, modelo fácil de seguir como es fácil de comprender, y no escuchar la voz de la vanidad, si por acaso les brinda con otros, cuyo brillo consiste en la categoria de la nacion que gobiernan; en la ventura de sus armas ó en la novedad que les dá la fantasia; nó en quilates, que su aparente ley es mas menguada de lo que parece. No es nuestro ilustre compatriota tendedor de lazos, ni enmarañador maquiavélico de políticas, ni audáz iniciador de teorías, tan huecas de prácticas resultas como henchidas de campaneó y erudición inútil; no es tampoco el sofisticó magnate que, arrullado por universal aplauso, pretende hacer del globo tablero de ajedrez cuyas piezas caprichosamente mueve; nó, que estas prendas se ostentan con pedantería y fuerza bruta; con soberbia, indigna de la humanidad y oro á montones; todo eso es talco y vidrio roto que deslumbra en el fondo de un teatro bañado por bengalas; mientras que la labor de nuestro héroe, fundada en el progreso lento, pero seguro, circunscrita á la ventura que solo el mo-

ral y material fomento proporciona, sinó es de las brillantes, es la única que enjendra, arraiga y perpetúa el decoro y la independencia de los pueblos.

Bien de la pátria merecerán los que le imiten, y en la historia vivirán sus nombres, amados siempre de las generaciones futuras.

El esforzado impulso con que el marqués fomentó la marina, yá lo hemos dicho, tendia á afianzar nuestro prestigio en América mas fuertemente que el logrado en el siglo XVI, por que este fundábase en la fuerza, y el que Ensenada pretendia, en las relaciones de mútuo progreso, utilidad mútua y adelanto.

Como hasta fines del siglo XVIII la América no era más que una extension politica de Europa, sus posesiones eran objeto de codicia, y no pocas veces *comun pretesto para provocar disputas*; y el marqués queria, ultimando sus proyectos navales, que España en aquellas latitudes fuera la más preponderante, ventaja que la historia y el derecho la conceden aunque se la hayan arrebatado los acaecimientos.

La administración, pues, de Ensenada, tenia todos los caracteres que puede exigir la ciencia, que son: ilustrada, justa y liberal. Era



ilustrada, porque tendia á difundir los adelantos y la civilización; era justa, porque atendida, en cuanto es posible, al derecho escrito, al cuidarse de los intereses colectivos, siempre la equidad presidia sus determinaciones; y era liberal, por que su codicia administrativa, terminaba allí donde el reposo y bienestar públicos daban comienzo.

Creemos haber sintetizado las ideas de gobierno del marqués de la Ensenada bajo los aspectos politico-administrativos, y sentiríamos haber pecado de difusión, para evitar lo cual, hemos creído conveniente dar á esta memoria forma espositiva primero, por modo narrativo, y analítica después

Adrede hemos dejado para lo último el juicio de las ideas económicas de nuestro personaje; y, para mejor fijarlas, estableceremos un paralelo entre Ensenada y los mas ilustres gobernantes de su época.

Pero no teman nuestros lectores; el paralelo será breve y de él podrá sacarse alguna sustancia que, como corolario de nuestras disquisiciones las dé termino.

## II.

Los economistas mas notables de la época que venimos desplegando son: Fajardo, Ensenada, y Campomanes, en España; Mazarino Colbert y Quesnmay en Francia; Pitt y Fox, en Inglaterra,

Fajardo decia: «que los tributos no se habian de imponer á las cosas de absoluta necesidad, sinó á las menos precisas y á las que sirvan á las delicias.» Teoria poco justa, en opinion nuestra, porque las cosas de absoluta necesidad son en el hombre inculto muy reducidas, aumentan en el hombre civilizado, y su civilizacion no es precisammente un signo de riqueza material.

Campomanes decia: «que el modo del tributo no defraudára al que cobra ni al que paga; y que correspondiera á todos los contribuyentes sobre sus productos en una exacta proporcion.» Mazzarino y Colbert, tendian al sis-

tema luego formulado por Quesnny y que dió origen á la escuela *fisiocrática*. Esta escuela, consiste en la emancipacion de toda traba artificial y en el reconocimiento de que la produccion agrícola es el único manantial de la riqueza, siendo, por tanto, la única tributable, y proclamando el principio de que el trabajo y el capital, subordinados á la accion del individuo deben ser libres; por eso los *fisiócratas* han escrito en sus banderas las divisas *dejar obrar, dejar pasar*.

Pitt y Fox coinciden con nuestro marqués de la Ensenada cuyo principio descansa en «que todo el que utiliza dentro de la nacion, á su espensa y amparo, debe tributar con arreglo á sus utilidades; y que el corto número de tributarios, obliga el exceso de la tributacion, que seca las fuentes de la riqueza pública.»

Los *fisiócratas* parten de un error evidente, porque suponen que el poder productor solo reside en la tierra; y esto no es verdad.

En el comercio, en la industria, en todas las manifestaciones de la actividad, al igual que en la agricultura, el individuo no hace más que un cierto uso de sus facultades físicas y morales; que la obra se verifica siempre por las fuerzas activas de la naturaleza.

Las fuerzas vejetativas del suelo, cooperan, es verdad, con las del agricultor; mas las fuerzas físicas y las propiedades inherentes á los cuerpos; ¿no cooperan tambien al trabajo industrial, al ejercicio del cambio, y, en fin, á toda actividad humana?

Claro que sí, y por tanto, proclamamos las ideas de Ensenada, diciendo: «Toda utilidad obtenida dentro de la nación, es tributable, en proporcion armónica con su importancia.»

Ahora bien; la tributacion puede ser *directa é indirecta*.

Nuestro marqués era partidario de la *directa*, por que es mas económica, mas moral, mas cierta y más justa.

Mas económica y moral: por que no há menester, como la indirecta, esa pleyade de empleados que absorben una buena parte de la contribucion, y que por sus fiscalizaciones deprimen al contribuyente. Mas cierta: por que no se funda como la otra en rendimientos alterables, precarios, como los consumos, que fluctuan, dependiendo su equilibrio del suministro ó de la demanda. Y mas justa: por que no el que más consume debe pagar más, sino el que disfruta de más ganancias líquidas.

Hé ahí las ideas económicas de Ensenada.

Empero, la averiguacion de esas ganancias; la cordial inteligencia entre el contribuyente y el Estado, necesaria para reglar en la práctica tan morales, económicos, ciertos y justos principios; ¿podian armonizarse en España en la época de Ensenada?

He aqui la ventaja de Pitt.

La Gran Bretaña cumplia ya en aquella sazón sus deberes para con el Estado de una manera religiosa, y este gran elemento de todo gobernante; esta esencial virtud de todo pueblo culto, desgraciadamente, para el marqués, no era otra cosa que una bella esperanza que le acompañó á la tumba y sobrevivió hasta nosotros.

No hay paralelo adecuado entre Ensenada y los economistas de Felipe V, Fernando VI y Carlos III. Ninguno, por grande que haya sido, puede ofrecernos puntos de semejanza. No solo en sus ideas económicas, pero tampoco en sus gestiones; que los moldes fabricados por nuestro protagonista eran asáz holgados para todos.

Busquemos en las naciones extranjeras sus mas renombrados varones y veamos si hay alguno que pueda formar un paralelo con el nuestro. Y no se tache nuestro vuelo de en-

tusiasta por la gloria española, nó; que Duras, Noailles, Keene y Bristol, bajo diversas impresiones, coinciden en que Ensenada es una de las grandes figuras de Europa.

Willans Coxe dice que «su penetracion, sus vastos conocimientos, su exactitud y su actividad en la direccion de los negocios, no tenian límites y que rara vez habrían sido excedidos por nadie.» Y esto lo dice un extranjero, un inglés; es decir, un hijo de la poderosa Albion tan aborrecida por Ensenada; de aquel pueblo que le odiaba y que celebró su caida con fiestas y regocijos públicos. (1)

Muchos son los trabajos que han visto la luz pública encaminados á tratar de este coloso, envuelto en la modestia de su condicion civil; mas nada de ellos hemos de utilizar para llegar al fin que perseguimos. Asi como los frutos son los que mas claramente determinan la naturaleza del árbol, asi los hechos de Ensenada nos bastan para coronar nuestro empeño.

¿Fué Colbert superior á Ensenada?

Nó, Colbert heredó de Mazzarino la obra ya empezada; no tuvo que hacer más que con-

(1) Coxe *España bajo la dinastia de Borbón*

tinuarla, y, sin embargo, no es tan grande como la que nuestro compatriota en menos tiempo llevó á cabo desde sus cimientos.

Colbert protegió la industria y el comercio, pero á espensas de la agricultura. Ensenada protejió por igual y sin antagonismo á estos tres ramos de riqueza.

Colbert creó instituciones científicas; la Academia de bellas artes, el Observatorio de París; fomentó la marina, pero agobió al país con sus impuestos. Ensenada hizo más; tambien creó Academias, institutos científicos, el Observatorio de Cadiz, la escuela de Bellas Artes de Madrid, fomentó la marina, y, al revés que Colbert, en vez de aumentar las cargas, rebajólas.

Colbert, al fin, cayó por sus errores, que tambien los grandes hombres yerran; y para que cayese Ensenada fué menester la accion perseverante de la diplomacia más astuta de la tierra

No és, pues, Colbert comparable con Ensenada.

Tampoco lo és el insigne estadista Fox, pues si bien ámbos coinciden en algunos puntos, ni Fox tenía la templanza de Ensenada ni llegó nunca á su altura.

Pitt, solo ese hombre de Estado, tan grande

como dichoso, puede medirse con Ensenada; y para mas parecerse, hasta la Providencia decretó para entre ambos la misma época, el mismo nacimiento y hasta la misma edad. (1)

Ensenada y Pitt. Dos rayos de luz idéntica, encerrado uno en un cráneo británico y otro en un cráneo ibero; dos fuerzas iguales con diverso rumbo; dos ideas que se unen, sujetas á dos corazones que se rechazan.

Encargados de guiar dos naciones, antagónicas por carácter, por pasiones y por intereses, se comprenden; pero chocan sin cesar siendo adversarios poderosos, cuyo valor y alcances miden el uno por el otro.

Ensenada quiere que Inglaterra pierda su influencia marítima, que le estorba en sus planes, y para herirla en Ultramar, alienta el descontento en la Nueva Inglaterra, que produjo luego la revolucion separatista y mas tarde la república de los Estados Unidos: Pitt al igual, estorba nuestro engrandecimiento marítimo para lograr sus planes; dificulta las alianzas borbónicas y procura descoyuntar nuestra política colonial, introduciendo discordias en nuestras

(1) Nos referimos á Guillermo Pitt, conde de Chatan, padre del segundo Guillermo Pitt, famoso orador y ministro enemigo de la república francesa.



posesiones de allende el Oceano, que mas tarde dán lugar á las repúblicas hispano-americanas.

Ensenada, simpático al movimiento filosófico que se opera al otro lado del Pirineo, rompe con sus afectos y se inclina á la Compañía de Jesús, por evitar los sucesos del Uruguay elaborados por Pitt.

Pitt, simpático á las ideas mas avanzadas, se hace llevar moribundo al parlamento para protestar contra el reconocimiento de la república Norte Americana.

El español concibe reformas politico-económicas que se estrellan en un pueblo clásico y mal trecho.

El inglés sustenta esas mismas ideas que arraigan en un pueblo despreocupado y floreciente.

Ensenada no quiere alianzas con Inglaterra por que vé en ella un rival marítimo de quien no debe fiarse.

Pitt lo comprende, y todo lo arriesga por que cambie España de política, empezando por derribar á su adversario y concluyendo por ofrecer una buena pieza de las posesiones británicas.

En esta lucha, los elementos de ambas in-

teligencias eran iguales y el vencimiento imposible; pero Pitt tenía á su lado el poder inmenso de la Gran Bretaña; un parlamento que le comprendía; su completa marina y su caudaloso tesoro; mientras que Ensenada carecía de esos poderosos auxiliares; y á más, se hallaba rodeado de palaciegos insensatos que no llegaron á comprenderle; y por eso cayó.

Ensenada y Pitt; dos rivales que parecían dos hermanos; dos hermanos luchando por intereses de nacionalidad opuestos; dos grandes varones para la humanidad; dos grandes nombres para la historia de los pueblos.

¡Ah! si en las tinieblas del sepulcro dán principio los esplendores del espíritu; si al romperse la trabazon de carne y huesos y el álito inmortal que nos dignifica, las álmás juntánse, seguramente que las álmás de Ensenada y Pitt se reunieron; que olvidaron sus luchas de la tierra y que hánse elevado juntas hasta confundirse en la region ignota, desde la cual deben mirarse con desden, todas las vanidades, todas las ilusiones, todas las grandezas de los hombres.

---

## EL MOTIN DE SQUILACE.

---

### I.

Es el reinado de Cárlos III, el mas floreciente de la dinastia de Borbón, lo cual no obsta para que, en nuestro humilde juicio, no sea este monarca el mas grande de la rama española, ni el mas patriota, ni el más prudente, como se dice y escribe de ordinario, olvidando, con notoria injusticia, á su hermano mayor Fernando VI, cuarto hijo del duque de Anjou.

Faltóle siempre á Cárlos III un conocimiento íntimo del pueblo español, y, particularmente á su venida de Nápoles, era absolutamente ajeno á las costumbres, propensiones y flaquezas de la nacion que estaba llamado á gobernar. Muy aficionado á los hábitos franceses y costumbres italianas, habia perdido de

su memoria hasta las bellezas incomparables del habla castellana, y así, rodeada la corte de palaciegos italianos, deslizaba sus negocios por camino muy opuesto al de la popularidad. Nadie creyera fijándose en el primer periodo de su reinado, que había de arraigar tan profundamente como arraigó á la postre; é indicio claro és del natural talento del monarca el acomodamiento con que luego se ciñó á las circunstancias de lugar y tiempo. Ley es esta de espíritus elevados, y en la historia claramente se refleja; las inclinaciones naturales se domeñan; las ideas se rectifican y los propósitos se adaptan al general concierto á fin de que resulte, de una íntima conjunción entre el impulso y el movimiento, el equilibrio social, indispensable factor para el progreso.

Para que esto sucediera, fué menester la algarada popular acaeciãa en Madrid el 25 de Marzo de 1766, que se llamó *motin de Squilace*; y creemos que fué menester, porque sin ella, ni hubiera comenzado para España el período de las reformas, ni hubiera salido la política de aquella *extranjeromania* que dominó á los soberanos españoles, ni quizás la rama de Borbón hubiera llegado á florecer como floreció, sin duda, injertada por la sávia popular,

tan necesaria á todas las dinastias de la tierra.

Entre los diferentes favoritos de Cárlos III, descollaban los ministros Grimaldi y Squilace, ambos italianos, y por ende astutos y perspicuos. Dotado el primero de una muy cultivada inteligencia, de cuna ilustre y de modales distinguidos, propendia, no obstante, mas que á labrar la dicha de su nueva pátria, á lisonjear el ardoroso caracter del rey, yá con zalameras atenciones, yá con sus aficiones venatorias, yá, en fin, con simulados afectos hácia la política francesa, cuya alianza él denominaba *negocio del corazón*.

Por el contrario el segundo; Leopoldo de Gregorio, antes de ser marqués de Squilace, adolecia de una educacion tosca y rudimentaria, que no se afinó á pesar de soplarle favorable la fortuna; antes al revés, sus modales rudos y su acento acre, doblaron su destemplanza, haciéndole déspota y altanero, rayano á la groseria. Menospreciaba sin disimulo la pública opinion, revistiendo la suya de aceradas formas; abominaba las costumbres que no le eran familiares; y, hombre algebráico, frio y asáz económico, venia á ser la antitesis del carácter nacional de aquel entonces.

Los eternos laboreos de Francia é Inglaterra reflejábanse á la sazón en Madrid mas que en los tiempos de Ensenada y Carvajal. El *pacto de familia*, tan tenazmente rehusado por el sin par Fernando VI, habiase firmado hacía cinco años; habiáanse yá cosechado las primicias de sus amargos frutos, y la nacion entera empezaba á mostrar el descontento que sordamente la alteraba, y la repugnancia con que veia asediado el trono por influencias extrangeras. Principalmente la nobleza atizaba sin rebozo la indignacion pública; ya habia Voltaire, con sus carcajadas diabólicas, fustigado las añejas preocupaciones y hecho la apología del español conde de Aranda; el Estado, empobrecido, seguia bajo la direccion de los italianos Grimaldi y Squilace, mientras que excluidos patricios como Ensenada, Losada y otros de superiores y acreditados talentos, rondaban las secretarías semejjando desheredados párias. El malestar abajo, el descontento arriba y la atmósfera preñada de electrismo por todas partes; hé ahí la situacion de España al comenzar la primavera de 1766.

Poco hacia falta, en verdad, para que la tempestad se elaborase; solo un pretexto, y este pretexto vino envuelto en un decreto impo-

lítico y en un privilegio, odioso como todos. El decreto tendia á prohibir el traje de la usanza española: la luenga capa y el chambergo de ampulosas alas, prendas á las cuales Squilace atribuía pernicioso influjo sobre las costumbres que tanto abominaba. A semejanza de Pedro el Grande de Rusia, que hizo cortar las barbas y los hábitos talares de los moscovitas, Squilace quería cortar las capas de los españoles. Vano empeño en un pueblo como el nuestro, que es sin duda, el de espíritu mas libre de la tierra. El carácter español, que á todo se conforma menos á lo que se le impone, tenia que hacer cuestion de vida ó muerte la imposicion del extranjero; así es que, menospreciando el aseo que Madrid debia á Squilace, olvidando las mejoras que en su calles realizó, y la moral administracion que iba iniciando, dió al traste con su paciencia, y rugió como el trueno de lejanas nubes. Entonces aparecieron los primeros pasquines que se conocieron en Madrid; pasquines escritos con saña contra el Gobierno, intencionados, y de redaccion que á las claras indicaba no ser obra de chisqueros ni rufianes. Siguió el decreto al privilegio, consistente en conceder monopolio á favor de cierta sociedad de los artículos de mayor consumo; pronto se

tocaron las resultas de tan injusta concesion con la subida del precio del pan, del aceite, del carbon, etc., etc., y estó fué el botafuego aplicado á la cargada mina.

Era el 26 de marzo.

El pueblo asistia á la procesion del Domingo de Ramos, y, como obedeciendo á una consigna, presentáronse los hombres embozados en las tradicionales capas y luciendo los gachos sombreros proscritos por Squilace. La procesion tomó un tinte extraño, sombrío é imponente, pero en nada se turbó el acto religioso. Mas cuando hubo terminado; cuando los hombres salieron del templo con las benditas palmas, remolináronse, primero en corros murmuradores; alguno, con tono declamatorio, excitaba aquí y allí los grupos, y ese entusiasmo que aletea en el corazon siempre que se habla de la pátria, comenzó á sacudir los espíritus embriagándoles prontamente con fuego abrasador.

Los grupos se desparramaron cual bandada de águilas, y, besando las alas de sus chambergos y recogiendo con majestad el vuelo de sus capas, encamináronse en tropel hácia la vivienda del favorito, gritando á una: ¡*Viva España!* ¡*Viva el rey!* ¡*Muera Squilace!*



## II.

Es locura asáz probada querer contener con la fuerza las manifestaciones populares cuando obedecen á un sentimiento nacional; en los pueblos heróicos, la efusion de sangre embravece, ciega, y áun suele desviarles de su generoso instinto. No de otra suerte el arroyo que fecunda la tierra se trueca en daño anegándola si se le opondre dique. Los guardias wálones dieron cara á los manifestantes, consiguiendo rechazarles en el primer momento con el fuego de sus armas, pero muy luego comenzaron á oírse gritos de venganza; la guardia era extranjera, y sangre española salpicaba las calles. No fué menester más; el pueblo, airado, lánzase á ella, y, cuerpo á cuerpo, la vence, la arrolla y la aplasta; espárcese luego por la capital, rompiendo los faroles que se debían á la iniciativa del odiado ministro, á quien buscan jadeantes, así como lebre de caza busca la pieza que se oculta.

Por dicha, Squilace se hallaba á buen cubierto en el Palacio de Oriente, mansion sagrada para los amotinados.

Los duques de Medinaceli y de Arcos, tan simpáticos al pueblo, dirígenle la voz para aplacarle; pero en vano, el furor dominaba yá y sin cesar pedían la cabeza del magnate.

La córte, en tanto, reunida en Palacio, consternada por tan inopinada explosion, daba órdenes sin concierto que inútilmente se cumplían.

A las tres de la tarde, el rey oyó distintamente los gritos del pueblo que avanzaba por la Plaza de Oriente, y, animoso, recordando á los antiguos monarcas españoles, abrió el balcón y presentóse á las amotinadas turbas.

Súbitamente dominó respetuoso silencio. Cárlos III, entonces, dirigió la voz al pueblo, capitulando con sus pretensiones; y el pacto entre el pueblo y el rey estipulóse con rara solemnidad. Un monje, elevando en la diestra mano un Crucifijo, vá leyendo los puntos esenciales sobre que descansa el deseo popular, y el rey afirma con movimientos de cabeza uno por uno. En virtud de este convenio, Squilace sería separado de la gobernación del país, sucediéndole un ministro español; el decreto rela-

tivo á las capas y sombreros seria anulado, asi como el monopolio sobre abastecimientos; y, finalmente, quedaban exentos de toda culpa los individuos del motin. Los grupos prorrumpieron en gritos de ¡viva el rey! y, derramándose por calles y plazuelas iban ensalzando la bondad de Cárlos III.

Poco despues de anohecido se publicó la amnistia general, y el sosiego volvió á la coronada villa, como si jamás hubiesen ocurrido turbulencias.

.....

No hubiera pasado de estos limites la asonada popular si los consejeros del rey hubiéranse ceñido al natural bondadoso del monarca, pero enojados tal vez contra el populacho, ó tal vez ganosos de venganza, diéronse á denostarle; abultaron el acto que el rey acababa de realizar; imaginaron tenebrosos complots, haciendo ver á la real familia imaginarios peligros, y de tal suerte trabajaron su abatido aliento, que hicieron decidir una fuga al sitio de Aranjuez. Nada mas impolitico que esta huida, mayormente tratándose de un pueblo hidalgo y generoso, que habia de sentirse herido en presencia de un acto que ni se avenia con su dig-

nidad ni con el decoro del monarca, á quien amaba sin falsía.

Si Grimaldi y Squilace, y—¿por qué no decirlo?—si el rey mismo hubieran conocido mas á fondo el pueblo cuyos destinos gobernaban, no hubieran abrigado temor alguno, ni hubiéranse excitado nuevamente los ánimos, ni hubieran dado lugar á que se fijase en las esquinas este audáz pareado, cuyo autor es difícil indicar.

«Si volvieran los walones  
no reinarán los Borbones.»

En efecto: despues de media noche, á favor de la absoluta soledad en que las calles de Madrid se hallaban, el rey, su familia, Squilace y la real servidumbre, acompañados de algunos guardias, salieron del Palacio caminando á pié hasta la Puerta de Alcalá, donde les esperaban varios carruajes que á todo correr les condujeron á Aranjuez.

No bien se divulgó la noticia, una explosion de furor agitó al pueblo de Madrid, que instantáneamente animó las calles cercanas á Palacio, y persuadido de la fuga, desbordóse, gritando que la capitulacion habia sido violada. Mas imponente, más airada, más numerosa

que el día anterior, la algarada revistió un carácter distinto. Apoderáronse las turbas de las armas que habian á mano, asi como de cajas de guerra, y se organizaron en grupos, que, á tambor batiente, ocuparon sitios estratégicos; cerraron las puertas de la villa, sin permitir salir á nadie, fuese quien fuese, y pedian con desaforados gritos la cabeza de Squilace. Por la noche, el pueblo era absoluto dueño de Madrid, porque las tropas españolas, picadas de igual resentimiento, no quisieron oponerse al alboroto; y era de ver al noble populacho, tan injustamente menospreciado, respetar todo cuanto le rodeaba; era de ver aquella dominadora soberana masa, contenida solo por su propio instinto, pulular militarmente por calles y plazuelas, precedidos de mujeres y chiquillos, que con hachas encendidas y los ramos repartidos en el día anterior, daban al imponente clamoreo entonacion pintoresca y animada.

Alguien ofreció dinero en abundancia, pero el generoso pueblo rehusó altivo; y por eso, y por su correcto proceder durante las cuarenta y ocho horas que dominó, ganóse el título de honrado que ha justificado en todas sus alteraciones y que ningun otro pueblo del mundo puede disputarle.

Un cochero, bizarro caudillo de las turbas, marchó á Aranjuez, portador de respetuosa carta, en la que suplicaban al rey que regresara á la coronada villa. Cárlos III envió su respuesta al Ayuntamiento, diciendo que se hallaba enfermo, que le habian hecho dos sangrias, y que no podia regresar; que lo haria tan luego como estuviera restablecido, siempre y cuando que el pueblo diera manifiestas pruebas de respeto y obediencia hacia su real persona; devolviera las armas á los sitios de donde las tomó, y el sosiego público fuera irreprochable.

En esta respuesta anunciaba el monarca la separacion de Squilace y su reemplazo por don Miguel Múzquiz, así como su decision de llevar á cabo las promesas hechas verbalmente el Domingo de Ramos.

El Ayuntamiento hizo pública enseguida la respuesta del soberano; el pueblo vitoreó con entusiasmo al rey; volvió las armas á los cuarteles, abrazando fraternalmente á los soldados é inmediatamente disolviéronse los grupos, volviendo cada cual á sus faenas, no sin reparar antes los desperfectos ocasionados.

De modo tan caballeroso se condujo el pueblo de Madrid, «que—dice un autor extranjero

—era preciso haber sido testigo ocular de aquel suceso para creer que acababa de turbar el sosiego público una insurrección.»

Profundísimo pesar causó en el ánimo de Carlos III la algarada que acabamos de describir; tanto, que manifestó deseos de trasladar la Corte á Sevilla, y si bien es verdad que accedió á la voluntad del pueblo, tan rudamente manifestada, también lo es que procuró castigar severamente á los que él consideró promovedores.

Como acontece siempre en casos tales, los bandos que en aquella sazón agitábanse alrededor del trono, se achacaban unos á otros el delito que unos y otros calificaban asáz duramente. Decían los regalistas que la Compañía de Jesús había atizado los ánimos, y para comprobar esta inculpación, citaban los *vivas* que en su honor pronunciaron los amotinados, así como al marqués de la Ensenada, personaje á quien se atribuían aficiones jesuíticas. Pero la imparcialidad, deber ineludible del hojeador de crónicas, nos obliga á considerar injusta semejante inculpación: porque los jesuitas, tanto por gratitud cuanto por interés, eran sinceramente adictos al gobierno de Carlos III. Sabían que el duque de Choiseul, primer minis-

tro de Francia, y acerbo enemigo de los discípulos de Loyola, habia de aprovechar la sustancia de cualquier desórden para lograr, como logró, un nuevo estado de cosas de todo en todo adverso á la Compañia de Jesús. Fueron ciertamente vitoreados los jesuitas, mas, no es extraño, porque contribuyeron á aplacar las iras populares, haciendo uso del envidiable predicamento de que gozaban en Madrid; y fué tambien vitoreado Ensenada, pero con objeto de inutilizarle para la combinacion futura, lo cual lograron hábilmente con pronunciar su nombre en el motin, como despues probaron los acaecimientos.

Lo que resulta evidente és, que entre las turbas iban criados de gentes de calidad, y no pocos servidores del duque de Alba, amigo de Choiseul, de Pombal, y enemigo de los jesuitas. Y si no se suele errar atribuyendo los sucesos misteriosos á aquellos en cuyo provecho se rinden las resultas, de verdad que no pueden atribuirse á la Compañia de Jesús, cuyas desdichas en el reinado de Cárlos III arrancaron del apuntado motin. Historiadores tan graves y rectos como Schœll, Ranke, Coxe, Adam y Sismondi, descargan á los jesuitas de semejante inculpacion; y cuenta que esos eruditos escritores son



irreconciliables adversarios de las huestes de Loyola.

Cretineau-Joly (Clement XIV et les Jesuites, fólío 167) afirma, que el duque de Alba declaró al Gran Inquisidor obispo de Salamanca, que él fué uno de los promovedores del motin de Squilace, y que tomó parte en la confeccion de ciertos documentos célebres que tanto impresionaron al rey, todo lo cual hizo con el propósito de fomentar el ódio contra la Compañía de Jesús. Y en el *Diario* del protestante Cristophe de Mourrt IX, p. 222) se lee, que el duque de Alba hizo por escrito idéntica declaración á Cárlos III, despues de expulsados de España los jesuitas.

La influencia que el motin ejerció en el ánimo del monarca dió lugar á que fuese llamado á la córte el conde de Aranda, á la sazón gobernador de Valencia; y este hombre célebre, tan popular por su energía como por sus ideas avanzadas, constituyó situacion política con españoles diestros en los negocios y reputados por su saber. El marqués de la Ensenada fué desterrado á Medina del Campo, donde más tarde murió en edad propecta; el de Squilace, expulsado de los dominios españoles para siempre; y con esto, y algunas providen-

cias debidas á la firmeza y vigor del conde de Aranda, revestido con la alta dignidad de presidente de Castilla y capitán general, calmóse la agitacion de los ánimos que sordamente sobrevivió al motin.

El propósito del decreto contra las capas y sombreros, obtúvose con la ingeniosa idea de vestir con esas prendas al verdugo y sus ayudantes; singular medida cuyo éxito nos prueba cómo en los pueblos impresionables y altivos pueden realizarse reformas las más delicadas, si se procura con habilidad y prudente maña no herir sus ardorosos instintos.

---

## ARANDA.

---

Esta éra de libertad y filosofia que caracteriza al siglo en que vivimos, se enjendró á los promedios del anterior, cuando los enciclopedistas franceses comenzaron su organizacion activa y secreta que habia de producir la revolucion del 93, madre de todo linage de grandezas ora convenientes, ora abominables. Dos hombres extraordinarios, uno por su sabiduria y otro por su poder, encabezaban aquella escogida pleyada de reformadores. El sábio era Voltaire, el filósofo de Francia; el poderoso era Federico el *grande* de Prusia. Uno y otro se afanaban sin descanso por atraer á su partido á cuantos hombres se hallasen avocados á engranar en los destinos de todos los pueblos de Europa; Voltaire iniciaba en sus maquinaciones á los que le admiraban como filósofo, y Federico á cuantos se enamoraban de la yá entonces famosa táctica militar prusiana. Asi es que todos los espíritus cultivados que iban

á Francia con el afán de imponerse del movimiento intelectual, tornaban á sus hogares convertidos en sectarios de Voltaire; y cuantos militares distinguidos iban á Prusia á fin de estudiar la táctica militar, volvian muy devotos de Federico, encantados de su desprendimiento, de su noble trato, de su elocuencia, de su buen humor y de tantas otras cualidades que le adornaban y de las cuales usaba con destreza y prodigalidad, para alcanzar ese poder de atraccion y simpatia que todos los historiadores le reconocen.

En nuestra península contaban los enciclopedistas con vários adeptos, la mayor parte hombres de linaje y cercanos al poder; pero los más autorizados, los que, segun algunos cronistas, acaudillaban masónicamente en España y Portugal, eran el conde de Aranda y el marqués de Pombal, capitán general de Valencia y primer ministro de Portugal respectivamente.

Era el conde de Aranda hombre de alcances no comunes; de sangre aragonesa, y por tanto, de carácter firme, noble y generoso. Aprendió en Francia, entre otras cosas, un esmerado trato de gentes que hacía raro contraste con sus maneras algo rudas; y en Prusia se

instruyó mucho como militar, lo cual le dió considerable ascendiente en los primeros dias del reinado de Cárlos III. Squilace, austero y receloso, no veia con buenos ojos al general filósofo; antes bien le temia profundamente y por eso trabajó el ánimo del rey para que lo enviase á Valencia de capitan general y no lo retuviese en la córte donde el duque de Alba y otros nobles sospechosos por sus ideas filosóficas, iban imponiéndose secretamente. Y en Valencia estuvo, manteniendo correspondencia frecuente con el rey de Prusia y con el filósofo de Francia, hasta que aconteció el motin de Squilace cuyo desenlace dió por resultado la subida al poder de nuestro protagonista. Conviene reparar en que el famoso motin sirvió para el triunfo de los enciclopedistas, y que este triunfo venia precedido de otro, semejante en resultas, obtenido en Portugal. Por eso nosotros pensamos que fué obra de los filósofos yá organizados en lógias y yá acordados para constituir el Gran Oriente de España. No cabe dudar que Cárlos III fué un buen rey, pero cabe dudar si su talento correspondia á la alta mision que le habia confiado el cielo.

Nosotros creemos que en este punto dejaba algo que desear y que tenia, así mismo, menos

condiciones que su hermano y antecesor Fernando VI para guiar los destinos de nación tan combatida como la nuestra. Nosotros creemos que éra harto impresionable, supersticioso, accesible á la lisonja, irresoluto y un tanto tornadizo; contraste singular de sus hábitos caseiros en los cuales demostraba una constancia frívola que raya en monomania. Nosotros creemos que hábiles manejos dieron de sí el motin de Squilace y la espulsion de los jesuitas, su natural resulta, de cuyo suceso importantísimo no hacemos ahora mérito por que le consagramos en otra ocasion la meditacion y el espacio que merece; creemos que al triunfo de Aranda concurrieron todos los preparativos mañosamente calculados por los enciclopedistas y las debilidades personales de Carlos, á quien asi se le exaltaba con una carta falsa como se le conquistaba con la caceria de una alimaña. (1)

Una vez Aranda en el poder, los promovedores del motin, asi como triunfantes en su propósito, depusieron sus enconos y aclamaron

(1) Tan grande era su afán por esta caza que tenia un diario en el cual apuntaba las alimañas que habia muerto en su vida, jactandose de haber hecho con eso un gran servicio á su reino. Según dicho diario, Carlos III habia dado muerte por su mano á 5323 zorras y 539 lobos.

al nuevo ministro sin disimulo. ¿Cómo pudo ser obra de los jesuitas el motin de Squilace cuando los caudillos se daban el parabién por la subida del conde de Aranda de quién habia dicho Voltaire que éra el más aceptable de los españoles? Esta reflexion debió haberse hecho D. Carlos antes de encadenar los sucesos al carro del nuevo magnate. Pero el rey, sumamente enojado, no pensaba á la sazón en otra cosa que en restablecer el órden y trasladar la corte á Sevilla, por que Madrid érale extraordinariamente antipático. Aranda dióse trazas adecuadas al momento para afianzar su poder y para hacerle fecundo en resultas en la prevision de que fuese poco duradero. Inmediatamente llamó al jéfe que capitaneó las turbas y le dijo: «Voy á reunir á vuestros amigos y cuento con vos para restablecer la tranquilidad.» Reunió en efecto á los caudillos del motin y dirigióles una arenga entusiasta, terminándola con las siguientes enérgicas palabras. «El órden es ahora necesario; el rey lo pide, el conde de Aranda lo desea y yó lo mando.» Y como si sus frases contuvieran irresistible mágia, el órden se restableció. Enseguida fué nombrado presidente del consejo de Castilla é inauguró una política de tolerancia cuyos

alcances no penetró el rey, agradablemente impresionado de la tranquilidad pública prontamente alcanzada por el nuevo ministro.

La tranquilidad sí, pero nó el sosiego de la nobleza y mucho menos la satisfaccion del clero, quienes temian un orden de cosas cuya sola sospecha les aterraba, por que sospechaban que el conde de Aranda era capaz de todo linaje de heregias. (1)

No se amoldaba, en verdad, la instruccion vastísima del conde á la sociedad en que vivia; su espíritu elevado hacíale digno de otra época y contrario de aquella en que el fervor religioso mediase todavia por los grados del fanatismo. En verdad que propendia á avanzar rápidamente y que no eran parte á moderar sus ímpetus, ni la tradicion del pueblo ni la magestad del rey. Hombre de ideas, tal vez algo sectario, caminaba sin reparo en estorbos por sagrados que fuesen, con tal de recabar para

(1) «Él es el único español de quien la posteridad puede decir que quería grabar en el frontispicio de todas las iglesias y reunir en un mismo escudo los nombres de Lutero, Calvino, Guillermo Peen y Jesucristo; que quería que se vendiesen los candeleros de plata y los vasos sagrados y se invirtiese su producto, en puertos posadas y caminos.

—Langle—*Viaje á España* 1785.

Æchæll dice que solo cifraba su gloria en ser contado entre los enemigos de la religion.



su pátria los grados de cultura que tanto enviaba á otras naciones. Preocupábale el inmoderado afán de los españoles por la vida clerical, y era declarado adversario de las costumbres monacales tan identificadas entonces con el caracter público. Asi, tan luego como se afianzó en el poder, fustigó los privilegios de los conventos, castigando ejemplarmente los abusos cometidos por los frailes; logró un breve del papa para formalizar el tribunal de la Rota, cámara establecida en Madrid, compuesta de eclesiásticos españoles elegidos por el papa pero propuestos por el rey; mermó el privilegio de asilo que tenian las iglesias en favor de los criminales, y recabó para el Gobierno el derecho de censura de libros y publicaciones, antes vinculado en la iglesia. Para dar á la Inquisicion el golpe mortal, privóla de cerca de 2.000.000 á que ascendian anualmente los impuestos y confiscaciones á los delincuentes, reduciendo la mision del Santo Oficio á entender no más que en los delitos de heregia contumáz y apostasia. Ante semejantes reformas que constituyen principalmente la aureola popular de aquella monarquia, Cárlos III comenzó á inquietarse creyendo como muchos de los nobles, que los enciclope-

distas ayudaban al ministro en su voracidad antireligiosa. Sea lo que quiera; ayudado ó nó, de acuerdo ó sin acuerdo con los filósofos de Francia y Prusia, lo cierto és que Aranda no se daba punto de reposo y que, á seguir algunos años más por aquellos derroteros, España hubiérase colocado en punto á negocios de conciencia, á la altura de la nacion más avanzada de Europa. Pero no podia continuar mucho tiempo en el poder hombre de tanto mérito, que estaba á la vez dotado de tan vehemente caracter, que llegó á rayar en temerario. A propósito de esto, cuéntase que hablando el rey con él un dia acerca de su empeño en reformar los asuntos de la iglesia, llamóle cabeza dura, y que él sin inmutarse, contestó.—Señor, conozco un hombre que me gana á testarudo—¿Y quién es ese hombre?—preguntóle Cárlos; Aranda repuso imperturbablemente.—S. M. Cárlos III, rey de España y de las Indias.—Otra vez insultó sin reparo á Grimaldi delante del rey, y finalmente, como no sabia ni queria disfrazar sus afectos, solia apabullar á sus enemigos con apóstrofes no muy corteses para ser dirigidos en la Córte; asi como protegía sin rebozo á los hombres de superior inteligencia, y preferentemente á aquellos que

profesaban distinta religion que la Católica. Entre estos últimos figura el famoso Olavide, colonizador de Sierra Morena y fundador de la Carolina. Este Olavide era un ilustrado literato que nació en Lima y que se distinguió mucho por sus escritos contra los jesuitas y su aborrecimiento á la Inquisicion, de la que fué víctima al fin de sus dias; colonizó por orden de Aranda la Sierra Morena á la cual llevó, con preferencia, extranjeros protestantes, dando lugar al desarrollo de una poblacion jamás conocida ni esperada en la nación más ortodoxa de la tierra. Semejante orden de cosas comenzó á acobardar al rey, quien no obstante, admiraba la energia, el patriotismo y nobleza de su primer ministro, al que debia la primera estadística de poblacion que se hizo en España, la organizacion del ejército, la reforma de las escuelas públicas, y una guía de reformas administrativas del mayor mérito. Empero todo eso y mucho más de que consideraba capaz al conde de Aranda, no bastó á aplacar las crecientes suspicacias de Cárlos III, y antes bien servia para redoblar los recelos y temores de los cortesanos todos, con excepcion de Campomanes que ya comenzaba á brillar con primera magnitud. Asi es que en 1772 fué depues-

to, dando plaza al favor de Grimaldi y destinado bien á despecho de este y como premio á sus talentos, á la embajada de Paris.

Antes de salir Aranda para su nuevo destino, sembró en Madrid un gérmen contrario á la política clerical, y sobre todo una camarilla enemiga de Grimaldi. Ese gérmen y esa camarilla, produjeron copiosos frutos y engrosaron con la ayuda del marqués de Pombal, que desde el vecino reino atizaba los odios contra Grimaldi, y favorecía el partido de Aranda que se llamó «partido aragonés» La malhadada espedicion contra Argel en la cual el honor de las armas españolas sufrió honda mella, (Junio 1775) y la disputa por los limites portugueses y españoles en las respectivas colonias de la América del Sur, colmaron la indignacion popular adversa á Grimaldi, y nuevos temores de conmocion relampaguearon en el horizonte de la política española. El rey, aunque tenáz en su cariño hácia Grimaldi, recordaba con horror las escenas que le obligaron á la despedida de Squilace, y resolvióse á retirar de los negocios á Grimaldi colmándole no obstante de favores y destinándole á la embajada de Roma. Ese puesto le ocupaba á la sazón D. José Moñino, conde de Flo-

rida Blanca, á quien la historia designa como el mas sabio y prudente de los ministros que abillantaron la monarquía de Carlos III. Florida Blanca vino de Roma á encargarse del Gobierno, con lo cual sufrió solemne chasco el de Aranda, que esperaba, asi como el partido aragonés, volver á guiar la política española. Era el nuevo ministro un espíritu asáz cultivado, eminente jurisconsulto, neutral á las intrigas políticas de aquel entonces y protegido por la ilustre casa de Osuna. De superior capacidad, conciliador muy instruido en materias eclesiásticas, y en buen predicamento con Roma, se grangeó rápidamente el afecto del rey inaugurando el período más fértil de aquella monarquía. (1777)

---

## II.

No podremos asegurar si los enciclopedistas tenían, como suponen muchos historiadores, lazos secretos que guiaban á un fin comun la accion individual y colectiva, pero bien claro se vé estudiando con atención, que á la desgracia ó la fortuna de uno iban unidos los trabajos y disposiciones de todos. Aranda era secundado desde Prusia, desde Francia y desde Portugal, por Federico, Voltaire y Pombal, como estos lo eran á su véz por Aranda en muchas determinaciones. El mismo espíritu y hasta idéntico procedimiento se esparcia para el logro de fines anticlericales en todos esós pueblos, y la expulsión de la Compañía de Jesús claramente nos revela que se verificó de igual suerte en várias naciones, como respondiendo á un solo y supremo motor.

Los enciclopedistas habian llevado su espíritu á la Nueva Inglaterra, y este fué el botafuego

que encendió la revolucion contra la metròpòli. El inmortal Franklin, representante del Norte-America en Paris, intimó grandemente con el conde de Aranda, y créese que el sábio americano era uno de los iniciados en aquella especie de franc-masoneria. No hay duda que ellos produjeron el estado de cosas que después del 1780 removiò al mundo, y que produjo como primera manifestacion, la revolucion francesa. Aranda, ardiente y tenáz, se afanaba porque el nuevo aliento filosófico inundase á España, y ese ardor y esos afanes fueron los que hiciéronle incompatible con el caracter de Cárlos III, naturalmente afecto á la tradicion y enemigo de mudanzas. Por eso no logró el poder de nuevo y por eso hubo de permanecer en Paris desde donde velaba sin cesar por la dicha de su pátria.

Si Aranda se adelantó á su época, si no podia por eso mismo engranar en la sociedad española de entonces, no dejó sin embargo de prestar importantes servicios que el historiador recto debe reconocer y aplaudir. Uno de los que más dignos son de alabanza y que más claramente determinan el talento previsor y el espíritu profético de este español ilustre, se contiene en la memoria que vamos á copiar

aquí, por que es un documento poco conocido (1) y digno de la mayor loa. Este documento lo escribía Aranda temeroso de que la independencia de la Nueva Inglaterra, recientemente firmada, pusiera en peligro la seguridad de las posesiones españolas y dice así:

SEÑOR.

«El amor que profeso á la persona angusta de V. M., la gratitud que le debo por tantas bondades con que ha tenido á bien colmarme, y el afecto con que miro á mi país, me mueven á dar cuenta á V. M. de una idea á que doy la mayor importancia en las circunstancias actuales.

»Acabo de ajustar y firmar en virtud de ordenes y poderes que se ha dignado darme V. M., un tratado de paz con Inglaterra. Esta negociacion, que segun los testimonios lisongeros de palabra y por escrito de V. M., debo creer he logrado desempeñar conforme á sus reales intenciones; ha dejado en mi alma, debo confesarlo, un sentimiento penoso.

»La independencia de las colonias inglesas queda reconocida, y este es para mi un motivo de dolor y temor. Francia tiene pocas posesiones en América; pero ha debido considerar que España su íntima aliada, tiene muchas, y que desde hoy se halla espuesta á las mas terribles conmociones. Desde el principio, ha obrado Francia en contra de sus verdaderos intereses, alentando y apoyando esta independencia, y con fre-

(1) Manuscrito, existente en la coleccion del duque de San Fernando.



cuencia lo ha declarado así á los ministros de aquella nacion. ¿Qué de mas próspero podia acontecer á Francia que ver como se destruian mutuamente los ingleses y norte-americanos en una guerra de partido, que no podia menos de aumentar su poder favoreciendo sus intereses? La antipatia que reina entre Francia é Inglaterra, cegó al gabinete francés que se olvidó de que su interés consistia en permanecer tranquilo espectador de esta lucha; y una vez lanzado en la arena nos comprometió por desdicha, á consecuencia del pacto de familia, á una guerra completamente contraria á nuestra propia causa.

«No es este lugar de examinar la opinion de algunos hombres de estado, tanto nacionales como extranjeros, en la cual estoy conforme acerca de las dificultades de conservar nuestro dominio en América. Jamás han podido conservarse por mucho tiempo posesiones tan vastas, colocadas á tan gran distancia de la metrópoli. A esta causa general á todas las colonias, hay que agregar otras especiales á las posesiones españolas, á saber: la dificultad de enviar socorros necesarios; las vejaciones de algunos gobernadores para con sus desgraciados habitantes; la distancia que los separa de la autoridad suprema á que pueden recurrir pidiendo el desagravio de sus ofensas, lo cual es causa de que á veces trascurren años sin que se atienda á sus reclamaciones; las venganzas á que permanecen expuestos mientras tanto por parte de las autoridades locales; la dificultad de conocer bien la verdad á tan gran distancia; y finalmente, los medios que los vireyes y gobernadores como españoles, no pueden dejar de tener de obtener manifestaciones favorables á España, circunstancias que reunidas todas, no pueden menos de descontentar á los habitantes de América, moviéndolo-

los á hacer esfuerzos á fin de conseguir la independencia tan luego como la ocasion les sea propicia.

«Así, pues, sin entrar en ninguna de estas consideraciones, me ceñiré en la actualidad á la que nos ocupa relativamente al temor de vernos espuestos á serios peligros por parte de la nueva potencia que acabamos de reconocer, en un paisen que no existe ninguna otra en estado de cortar su vuelo. Esta república federal nació pigmea por decirlo así y ha necesitado del apoyo y fuerzas de dos estados tan poderosos como España y Francia para conseguir la independencia. Llegará un dia en que crezca y se torne gigante y aun coloso temible en aquellas regiones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias, y solo pensará en su engrandecimiento. La libertad de conciencia, la facilidad de establecer una poblacion nueva en terrenos inmensos, así como las ventajas de un gobierno naciente, les atraerá agricultores y artesanos de todas las naciones; y dentro de pocos años veremos con verdadero dolor la existencia tiránica de ese coloso de que voy hablando.

«El primer paso de esta potencia, cuando haya logrado engrandecimiento, será el apoderarse de las Floridas á fin de dominar el golfo de Méjico. Despues de molestarnos así en nuestras relaciones con la nueva España, aspirar á la conquista de este vasto imperio, que no podremos defender contra una potencia formidable establecida en el mismo continente y vecina suya.

«Estos temores son muy fundados, señor; y deben realizarse dentro de breves años sino presenciarnos antes otras conmociones mas funestas en nuestras Américas. Justifica este modo de pensar lo que ha acontecido en todos los siglos y en todas las naciones que han empezado á engrandecerse. Do quiera el hombre

es el mismo; la diferencia de los climas no cambió la naturaleza de nuestros sentimientos, y el que encuentra ocasion de adquirir poder y elevarse no la desperdicia jamás. ¿Cómo podremos, pues, prometernos que los norte-americanos respeten el reino de Nueva España, cuando tengan medios de apoderarse de aquel rico y hermoso país? Una política cuerda nos aconseja que tomemos precauciones contra los males que pueden sobrevenir. Este pensamiento ocupó toda mi atención desde que como ministro plenipotenciario de V. M., y conforme su voluntad real é instrucciones, firmé la paz de Paris, estudiando negocio tan importante con todo el cuidado de que soy capaz; y despues de muchas reflexiones que me han sugerido los conocimientos, tanto militares como políticos que he podido adquirir en mi larga carrera, creo firmemente que no nos queda para evitar las grandes pérdidas que nos amenazan, mas que el recurso que voy á tener la honra de esponer á V. M.

»Debe V. M. deshacerse de todas sus posesiones en el continente de ambas Américas, conservando tan solo las islas de Cuba y Puerto Rico, en la parte septentrional y alguna que otra que pueda convenir en la parte meridional, con objeto de que nos sirvan como escala ó depósito para el comercio español.

»A fin de realizar este gran pensamiento de un modo que convenga á España, deben de establecerse tres infantes en América, uno como rey de Méjico; otro como rey del Perú, y otro como rey de Costafirme, tomando V. M. el título de emperador.

»Las concesiones de esta inmensa cesion podrian ser que los tres nuevos reyes y sus sucesores, reconociesen á V. M. y á los príncipes que ocupen el trono despues por jefes supremos de la familia; que el rey de Méjico

pagase cada año como teudo por la cesion de aquel reino, una contribucion en plata de un número determinado de marcos, que se enviarian en barras para acuñarlos en las casas de moneda de Madrid y Sevilla. Lo mismo haria el rey de Perú, pagando en oro de sus posesiones.

»El de la Costafirme remitiria cada año su contribucion en géneros coloniales, sobre todo en tabaco, para abastecer los estancos del reino.

»Estos soberanos y sus hijos, deberian casarse siempre con infantas de España ó de su familia, y los príncipes españoles se enlazarian con princesas de los reinos de Ultramar. De este modo se estableceria una union íntima entre las cuatro coronas, y antes de sentarse en el trono cualquiera de estos soberanos deberia jurar solemnemente que cumpliria con estas condiciones.

»El comercio habria de hacerse bajo el pié de la más estricta reciprocidad, debiendo considerarse las cuatro naciones como unidas por la más estrecha alianza ofensiva y defensiva para su conservacion y prosperidad.

»No hallándose nuestras fábricas en estado de abastecer á América de todos los objetos manufacturados de que pudiera tener necesidad, seria preciso que Francia, aliada nuestra, les suministrase todos los articulos que nos viéramos nosotros imposibilitados de enviar, con exclusion absoluta de Inglaterra. Para este fin, los tres soberanos al sentarse en sus tronos respectivos, ajustarian tratados formales de comercio con España y Francia, cuidando mucho de escluir á los ingleses. Como poseedores de nuevos estados, podrian hacer libremente lo que más les conviniera.

»De la ejecucion de semejante plan resultarian las

ventajas siguientes: la contribucion de los tres reinos del Nuevo Mundo seria mucho más provechosa para España que los socorros en dinero que en la actualidad envia América; la poblacion aumentaria cesando la emigracion continua á tan lejanas posesiones; y una vez estrechamente unidos los tres reinos de América por medio de las obligaciones propuestas, no hay en Europa potencia que pudiera igualarse á su poder ni al de España y Francia en nuestro continente. Al mismo tiempo habria fuerza para impedir el engrandecimiento de las colonias americanas, ó el de cualquiera otra potencia que quisiera establecerse en aquella parte del mundo. Con la union de los nuevos reinos y España, el comercio español cambiaria los productos nacionales por los géneros coloniales que pudiéramos necesitar para nuestro consumo. Por este medio se aumentaria nuestra marina mercante, y la militar por consiguiente seria respetada en todos los mares. Las islas que arriba he citado, administrándolas bien y poniéndolas en buen estado de defensa, nos bastarian para nuestro comercio, sin necesidad de otras posesiones, y finalmente disfrutaríamos de todas las ventajas que nos dá la posesion de América sin ninguno de sus inconvenientes.

»Tales son, Señor, mis ideas relativas á este punto delicado; si logra merecer la soberana aprobacion de V. M. entraré en mas detalladas aclaraciones, explicando el medio de ponerlas en ejecucion con el sigilo y precauciones que conviene, de modo que Inglaterra no lo note, hasta tanto que los tres infantes se hallen en camino y más cerca de América que de Europa, no pudiéndose por lo tanto ya oponer. Este seria un golpe terrible para tan orgulloso rival; pero de antemano habriamos de preparar las medidas que importára tomar para ponernos á cubierto de los efectos de su cólera.

»Para asegurar la ejecucion de este plan, conven-  
drá ponerse de acuerdo con Francia, nuestra íntima  
aliada, quien se prestará á ello sin dificultad al ver  
ventajas que habrá de reportar del estable-  
cimiento de su familia entre los tronos del Nuevo  
Mundo, asi como de la proteccion especial que se dará  
á su comercio en todo aquel hemisferio, escluyendo á  
Inglaterra su implacable rival. Poco hace todavia que  
he llegado de Paris con objeto de disfrutar la licen-  
cia que logré para asuntos personales. Si asi lo desea  
V. M. regresaré al punto á mi embajada diciendo que  
he despachado ya mis negocios. En aquella capital  
gozo de consideracion plena, honránme los reyes con  
su benevolencia, y sus ministros me ponen buena cara.  
No sé si me engaño; pero abrigo esperanzas de que  
apruebe el proyecto de que se trata, como asimismo  
que lo llevaré á cabo con el secreto y prudencia con-  
veniente. Tambien puede V. M. contar conmigo en lo fu-  
turo para los detalles interiores de tan vasto proyec-  
to, del modo que agrada á V. M.; porque el que concie-  
be una idea se halla mas que otro ninguno en estado  
de ejecutarla. Conocidos son á V. M. mi celo y fideli-  
dad, ningun negocio de cuantos V. M. ha dignado  
confiarme ha salido mal, y tengo confianza que este  
se logrará lo mismo, á juzgar por mi deseo inalterable  
de consagrar mi sosiego, mis intereses y mi vida al  
servicio de V. M. Dios etc.

Bien se vé por tan notable documento, que  
el conde de Aranda estaba dotado de un ca-  
racter grandemente previsor. El *pacto de fami-  
lia*, funesta decision de Carlos III, nos enca-  
denaba á la política francesa que, en lo tocante

á negocios coloniales habia de sernos perjudicial, porque tanto interesaba á Francia la emancipacion de las colonias inglesas como perjudicaba á España, la cual debia huir de ejemplos que á la corta ó á la larga habrian de imitar nuestras colonias. Por eso discurria tan previsoramente el famoso Aranda. En cuanto al nuevo trono mexicano cuya fundacion aconseja, en verdad que hubiera sido un sólido broche de nuestro poder ultramarino, y conviene advertir para justificar el cálculo de Aranda, que los mexicanos eran entonces monárquicos ardientes, y soñaban con que ocupase el trono de sus antiguos emperadores algun soberano español.

Ahora, cuando los acaecimientos se han desenvuelto de modo bien nefasto para España, puede juzgarse con cuanta prevision y con qué elevado criterio se escribió el documento que precede.

Yá lo hemos dicho en otra ocasion; las rivalidades de Pitt y de Ensenada enjendraron esa pugna colonial de que Aranda queria librar á España, y yá en Londres se conspiraba para que los sediciosos Vidalle y Miranda ayudasen el alzamiento de Tupac-Aymarú en la América española, felizmente sofocado.

Tan hondamente preocupaban estos nego-

cios al conde, que renunció á su embajada de París, enfrió un tanto sus relaciones con los enciclopedistas franceses, que pugnaban yá sin rebozo por la libertad absoluta en todos los pueblos, y regresó á Madrid dispuesto á emprender una briosa campaña, liberal sí, mas sin que se mermase en nada el bienestar y la integridad de la pátria, cuyos objetos eran á sus ojos mas dignos de atencion que cuantos ensueños pudo asimilarse de sus amigos los volterianos. La imparcialidad nos obliga á decir que más que el provecho, era el orgullo el que influia en Carlos III al desoir los prudentes consejos de Aranda, por que las posesiones de Ultramar apenas producian á España por entonces 5 á 6 millones de duros, cuya suma era insuficiente para el gasto de la marina militar que originaban. Florida Blanca oponíase tambien á los proyectos de Aranda, y esta fué una de las causas que obligaron al ex-embajador á declararse en contra de aquel ministro á quien poco antes habia hecho justicia noblemente. Florida Blanca no era capaz de sufrir la guerra que le hacian sus contrarios y menos cuando comenzó á serle adverso el poderoso influjo del conde de Aranda y en 10 de Octubre de 1788, presentó al rey un *memorial* relatando sus actos ministeriales desde 1777 y



solicitó el retiro. Pero, en vano, Cárlos III amaba con pasion á su ministro y no quiso acceder; al revés, le dijo que se sentia yá viejo, que su muerte estaba próxima y queria que Florida Blanca continuase en los negocios y en ellos siguiese despues de su muerte, queriendo asi legar á su sucesor el más amado de sus ministros. En efecto, Florida Blanca éra merecedor de distincion semejante, porque á un liberalismo de buen linaje, agregaba la prudencia y rectitud más acrisoladas: Poco tiempo después (Diciembre de 1788) Cárlos III bajó al sepulcro á los 72 años de edad y 29 de su reinado.

La monarquia de Cárlos III se presta á singulares reflexiones, por que ella nos demuestra, cómo por diversos caminos se llega á determinados fines; cómo el progreso se impone, mal que pese á sus naturales obstáculos, y cómo los pueblos recaban sus derechos cuando la civilizacion les alienta, sin apelar á violentos medios. Fué Cárlos III el rey que más acentuó la autoridad personal; la figura del monarca y la de su primer ministro constituian el Estado; ni se hallaba bajo la influencia del extrangerismo cortesano de Felipe V ni dotado del natural sencillo y expansivo de Fernando VI. Su autoridad lo invadia todo, y asi hacia decapitar á un desventurado por el

delito de cojer bellotas, ó destruir un bardo de conejos, como firmaba el pacto de familia y encadenaba al pais á una série de peligrosas aventuras; aquella monarquía—dice el divino Balmes—era el arca santa á la cual no era lícito tocar, ni mirar siquiera, sin cometer sacrilegio.

Debia extraordinarios beneficios á la Compañía de Jesus; era fanático hasta la superstición; aborrecia á los filósofos, tanto por la estension de su talento cuanto por la educacion que recibiera; y sin embargo, en su tiempo se expulsó á los jesuitas; se domoñó la Inquisición; se organizaron los franc-masones, y un nuevo poder comenzó á latir en el seno de aquella tan soberana autoridad. Ese poder inopinado y preexistente, turbulento y generoso, expansivo y tiránico, sábio y ciego, todo á la par, contenia en su aparente podredumbre una magestad y una soberanía que en breve habria de parearse con el trono; la magestad del pueblo, la soberanía nacional. Una docena de años despues del incomparable reinado de Fernando VI, bastaron para determinar ese avance sobre el cual flota el espíritu ardoroso del conde de Aranda; al cual conducian las meditadas gestiones del de Florida Blanca y la inconsciencia absoluta de Carlos III; su incons-

ciencia, sí, que á eso se debe todo el progreso moral de aquella monarquía.

Entre Fernando VI y Carlos III, hay lo que hay entre el sábio y el erudito; entre el impulso y la acción; entre la idea y la palabra. Por eso nosotros, algún día, cuando en el ardor de la juventud leíamos la historia, dijimos que era el de Carlos III el mejor de los reinados; y ahora, cuando en vez de leer meditamos, y en vez de seguir el curso de la imaginación nos entregamos al análisis, ahora, cuando la cálida ceniza vá plateando nuestro cabello, nos persuadimos de que la breve monarquía de Fernando VI es la sola incomparable de la casa de Borbón.

Carlos III arrojó á los jesuitas, nó por que creyera que eran un estorbo á las nuevas ideas, ni por que temiera nada de su inmenso poder, sinó porque obraron fuertemente en su carácter impresionable, manejos de los filósofos que se le entraron por las puertas de palacio cautelosamente; y ¿qué mas? Carlos III, rey de lleno en la magestad personal, sancionó sin darse cuenta de lo que hacia, la república de los Estados-Unidos, coloso que háse alzado allende el Oceano enfrente de las monarquías y que amenaza convertir la vieja Europa en un espléndido museo antropológico. Era el espíritu moderno, del cual sin propósito y sin conoci-

miento se convirtió Carlos en paladin activo.

Ante semejante estado, llegó á temer Aranda mismo que las cosas iban con harta velocidad; he ahí por qué reaccionó un tanto, y he ahí por qué preveía la pérdida de nuestras posesiones ultramarinas, absorbidas por el ejemplo del coloso, como ahora podemos preveer la pérdida de nuestra agricultura, de nuestra industria y de nuestro comercio, que serán absorbidos á la larga por ese gigante dotado por la naturaleza y por la ciencia de todo linaje de grandezas.

A la muerte de Carlos III, su hijo el príncipe de Asturias fué proclamado rey.

Contaba Carlos IV yá cuarenta años cuando subió al trono y era el momento elegido por el tiempo para dár paso á las nuevas ideas, tan laboriosamente contenidas. Francia fué el pueblo encargado de sus primeras manifestaciones; y éllas son de tal magnitud, tan complejas y trascendentales, que demandan especial estudio y campo diverso de este en que nos hemos colocado.

Entonces, al finalizar el siglo XVIII, nació el Estado llano con exuberante vigor; los franceses rompieron con las tradiciones y Luis XVI vióse obligado á pactar. (Mayo de 1789) Apare-

cen yá en la historia dos poderes, dos magestades, dos soberanías que solo una gran dosis de prudencia y tino puede amalgamar, yá que ambas de por sí son dos antítesis opuestas.

Vertiginosamente se desarrollaban los sucesos allende el Pirineo llenando de estupor á todas las naciones de Europa, las cuales fueron verificando esa reaccion imprudente que se desencadena en el espíritu humano en frente del estrépito que el progreso suele producir.

Florida Blanca depuso sin tardanza sus aficiones liberales é hizose puntilloso en demasia, llegando á figurar en Europa durante aquel periodo, como uno de los ministros que más enérgicamente se oponian al estado de cosas que se iniciaba en París. Aranda, bien que prevenido, hizo de tales repugnancias nuevo apoyo para sus hostilidades, y sin rebozo mostrábase simpático al movimiento. Privaba yá en Palacio el favorito Godoy, grotesca figura política que tan sombrías páginas ha llenado en nuestra historia, y por correlacion con sus nacientes ambiciones, alióse á Aranda, logrando á poco esfuerzo la caída de Florida Blanca (1792.) Nuevamente nuestro protagonista en el poder, guió la política por los cauces revolucionarios, dando lugar á una mudanza súbita que pasmó á las demás potencias.

El representante de la Asamblea francesa, Mr. Bourgoing, fué reconocido por la magestad católica de Carlos IV; el antiguo embajador de S. M. cristianísima Luis XVI, salió de Madrid, y la escarapela tricolor celebró en España amoroso aunque breve consorcio con la flor de lys. Ningun pueblo de Europa existia más íntimamente ligado con la Francia que el pueblo español, á juzgar por la política nuevamente inaugurada, y esas ligaduras no se hubieran roto si los bárbaros sucesos de Setiembre y los delirios subsiguientes, no hubieran ensangrentado de tan horrible modo la política francesa.

El conde de Aranda, anciano yá y abatido por tanta lucha, mostróse indignado contra la república vecina, que en verdad daba sus primeros vagidos con bien horribles demostraciones de tiranía. No pudo comprender que sus nobles y levantadas aspiraciones tuvieran tan espantoso desenlace; recapituló, y hallo tal vez culpable su conciencia. Entonces, al leve esfuerzo de Gedoy cayó del Gobierno (Nov. 1792) muriendo al finalizar el siglo, yá anciano, pero brioso todavía para rectificar alguna de sus providencias que sirvieron de amargor á sus postrimerias, si bien no han sido estériles para su patria.

## CONCLUSION.

---

El estudio de la Historia es uno de los mas esenciales á la humanidad, porque él nos conduce á provechosas enseñanzas del pasado íntimamente ligadas con el presente. Pero es menester gran prevención para su estudio por que todos los fenómenos que se producen y desenvuelven á través de los siglos, reconocen causas ciertas que deben buscarse en el carácter, progreso y necesidades de la sociedad en que brotan, y en la propensión, tendencias y pasiones de los hombres de superiores talentos que la influyen. Por eso nos há parecido útil examinar tales elementos y narrar separadamente las cualidades de los personajes que más se han distinguido durante la primera etapa de la casa de Borbón, etapa que tiene su comienzo y término en el comienzo y término del siglo XVIII. Conociendo menudamente esos personajes, puede la imaginación representárselos á poco esfuerzo analítico que realice;

puede el conocimiento inducir á lo que pudiéramos llamar familiaridad con el individuo que se estudia, y por este modo comprendemos fácilmente el por qué de tantos acaecimientos que al primer golpe de vista parecen surgidos del acaso, palabra vacía de sentido é inventada por la negligencia del raciocinio. Nada hay mas pernicioso que leer la historia sin que el espíritu analítico colabore de una manera activa. Por falta de esa colaboración creemos nosotros que la humanidad ha desperdiciado sabrosas esperiencias algunas veces, y muchas otras ha incurrido en pecado de injusticia. Hasta ahora, y aún ahora todavía, se han juzgado sin depuración bastantes figuras de primer orden que viven á través de las edades. Esta en que vivimos, que es sin disputa la más observadora y que lleva al estudio tan poderosos elementos de análisis, se halla obligada á reconstituir la Historia vindicando á muchos hombres, principalmente á los sojuzgados en la edad antigua y en la media. Porque, en efecto, la figura de Nerón, vr. gr.: ¿puede hoy aceptársela de buen grado dotada de los horrores y vilipendios con que aparece estudiada sin prevenciones? ¿Cómo creer que el discípulo de Séneca, el emperador artista por excelencia, diera muerte horrorosa á su propia madre en



cuyo seno acrecentó su elevado sentimiento estético, ni envenenára á Británico, ni repudiára viciosamente á su primera esposa, ni matára de un puntapié á Poppea su segunda, ni decapitára á sus maestros Séneca, Lucano y Petronio, ni incendiára á Roma por pueril capricho, ni envileciéra á su pueblo por el absurdo gusto de envilecerse él mismo? ¿No sería menos absurdo sospechar que Galba, su sucesor, interesado en su desprestigio, asalariase á los cronistas sus favoritos para que dierran libre rienda á la fantasía, á los rencores y al delirio en menoscabo de su sucesor? Pues eso que nos ocurre, en cuanto á Nerón se refiere, puede decirse de tantos otros personajes romanos, esbozados por la pasión y que aparecen falseados, ora por sus proezas, ora por sus crueldades. Y eso mismo acontece tambien en la edad media, y tal cual podemos contemplar si bien se mira en la historia de estos últimos siglos. La pasión y el modo con que se ha escrito la Historia hasta nuestra querida época de independencía y libertad; la monotonía con que se atribuyen abominables hechos á soberanos que caen en beneficio de soberanos que se alzan; el empeño en dotar á los caidos de los vicios mas odiosos y antifísicos, y hacer de los triunfantes especie de semi-dioses; la imagina-

ción menos cultivada que ardiente de los historiadores antiguos; y, en fin, la prodigalidad con que eran mimados por los poderosos: ¿no deben pesar en el ánimo del que comenta las pasadas épocas?

Hé ahí por qué nos hemos entregado con verdadero deleite al estudio crítico de los personajes que han ejercido mas directa acción en los sucesos del siglo próximo pasado; que conociéndolos, podremos deducir después lógicamente las consecuencias de su gestión, investigaremos los móviles que la dieron impulso, y, examinando las partes, podremos darnos cuenta del conjunto. Empero este conato nuestro es harto chico en relación con el fin que se persigue, y por bien empleado podrá darse solo en el caso de que otros mas superiores espíritus le den cabal remate. Debe estudiarse la dinastía de Borbón: con Felipe V, en sus esposas María Luisa é Isabel Farnesio; y en personajes como Portocarrero, Orri, Arias, Macanáz, Montellano, Daubeton, Grimaldo y tantos otros que imprimieron carácter al primer período de su monarquía; así como los que se desenvolvieron en el segundo, tales como Patiño, La Cuadra, Campillo y Farinelli. Con Fernando VI debe estudiarse en Doña Bárbara de Braganza, su única esposa, y en Carvajal, Hues-

car, Valparaiso, Vall y Duras; y, por último, con Cárlos III á su esposa Amalia de Sajonia, Grimaldi, Squilace, Floridablanca, Choiseul, Ganganelli, (mas tarde Clemente XIV) y Campomanes.

El estudio de esos personajes aclarará los celajes que torturan al observador en el siglo XVIII y nos dará claridad en cuanto á la exaltación de los Borbones al trono de España; á las guerras de sucesión; al famoso cuanto desdichado pacto de familia; á la arbitraria expulsión de los jesuitas, y por último, al progreso de la filosofía racional que preparó la fisonomía característica del siglo XIX. Por semejante método, el trabajo resultará considerable y tal vez penoso, pero nada importa tanto como obtener los frutos de la Historia, que solo se sazonan con el tiempo y con la meditación.



## ÍNDICE.

	Pág.
Prolegómenos. . . . .	III
La princesa de los Ursinos. . . . .	1
Alberoni. . . . .	25
Riperdá. . . . .	53
Ensenada.. . . .	69
El motin de Squilace. . . . .	156
Aranda. . . . .	171
Conclusion. . . . .	199





## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

**Media hora de sol á las 12 de la noche!**

**El ideal de un pueblo de vagos.**

**Faraon el tambor.**

**Reseña histórica del Comercio.**

**Doña Maria de Molina.**

**Nicolás Dumontel.**

**La Crisis Castellana.** (En colaboracion con  
el Sr. Guzman.)









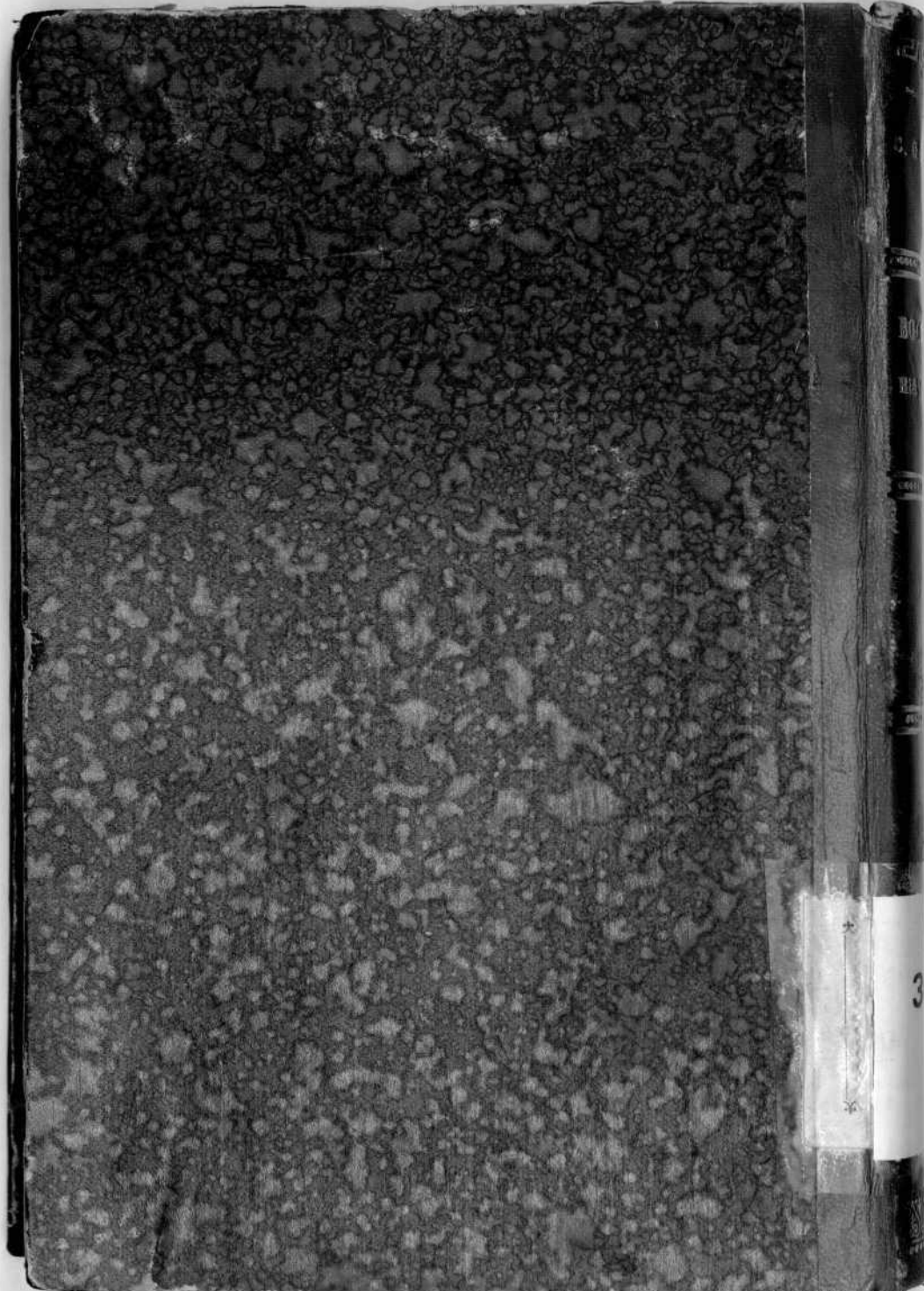
SL 3656

2282



10000162155





LIBRARY  
BIBLIOTHECA  
CANTONIA  
1850

3



E. GARIBIAS

BOCETOS

HISTORICOS

SL  
3656

